

A painting of a woman with dark hair and bangs, wearing a brown raincoat, standing in the rain. Her eyes are closed and her mouth is open as if shouting or crying. Water is falling all around her. The background shows trees with some yellow leaves, suggesting an autumn setting. The overall mood is dramatic and intense.

*Frida
Blyton*

**LAS MELLIZAS
O'SULLIVAN**

Lectulandia

Comienza un nuevo trimestre en Santa Clara, y las mellizas Pat e Isabel O'Sullivan continúan con sus vivencias en el primer grado de esta escuela, junto a sus viejas amigas y también junto a algunas nuevas alumnas, con las que no siempre lograrán llevarse bien.

En este nuevo trimestre se une a ellas su prima Alison, una niña presumida y mimada a la que no le resultará nada fácil adaptarse al internado.

Lectulandia

Enid Blyton

Las mellizas O'Sullivan

Santa Clara 2

ePub r1.1

Ishamael 23.06.13

Título original: *The O'Sullivan Twins*
Enid Blyton, 1942
Traducción: María Dolores Raich Ullán
Ilustraciones: W. Lindsay Cable
Diseño de portada: Pablo Ramirez

Editor digital: Ishamael
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Capítulo 1

TRIMESTRE DE PASCUA EN SANTA CLARA

—¡Madre! —exclamó Pat O'Sullivan, levantando los ojos de la carta que estaba leyendo—. ¿Sabes que prima Alison, la que estuvo en el colegio Redroofs con nosotras, va a ir a Santa Clara el próximo trimestre?

Isabel, la hermana gemela de Pat, procedía, asimismo, a leer la misiva, y las dos oscuras cabezas de ambas muchachas se rozaban casi, abstraídas en la lectura, ante la mesa donde se hallaban desayunando.

—Sí, ya sé —respondió su madre con una sonrisa—. Vuestra tía Sara escribió diciéndomelo. Cuando supo lo entusiasmadas que estabais vosotras con Santa Clara, decidió enviar a Alison allí también. De este modo, podréis cuidar un poco de ella durante el primer trimestre.

—Alison es algo presumida —comentó Pat—. La vimos estas vacaciones dándoselas de princesa. Por si fuera poco, lleva la permanente. ¡Acuérdate de eso, mamá!

—¡Qué horrible! —profirió la señora O'Sullivan—. ¡A su edad! ¡Cuánto le convendrá ir a Santa Clara!

—Si mal no recuerdo —intervino el señor O'Sullivan, levantando la vista de su periódico y mirando a las mellizas con ojos centelleantes—, nosotros teníamos también un par de chicas espantosamente presumidas en el curso de las últimas vacaciones. ¡«*Por nada del mundo*» querían ir a Santa Clara! Se figuraban que sería un colegio horrible, sencillamente detestable.

Pat e Isabel se pusieron como la grana.

—No nos recuerdes eso, papá —suplicó Pat—. Éramos unas estúpidas. Al principio nos portamos tan pésimamente en Santa Clara, que todo el mundo nos llamaba las Mellizas Presumidas.

—¡O las Estiradas! —agregó Isabel con una risita burlona—. ¡Válgame Dios! ¡No comprendo como nadie podía soportarnos!

—Lo cierto es que lo pasamos muy mal al principio —reconoció Pat—. Conste que lo tuvimos bien merecido. Espero que Alison no llegará ni con mucho a nuestro grado de fatuidad.

—Sospecho que será aún peor que nosotras —repuso Isabel—. ¡Es tan vanidosa! Oye, mamá, ¿no podrías invitar a Alison a pasar dos o tres días aquí antes de que volvamos a Santa Clara? Así podríamos hacerle unas pocas advertencias.

—Me parece muy bien —convino la señora O'Sullivan—. Sería una atención por nuestra parte.

—No «*del todo*» —replicó Isabel sonriendo—. Lo que ocurre es que ni Pat ni yo queremos cargar con una prima boba y vanidosa y, para evitarlo, no estaría mal que la tuviésemos unos días a nuestro lado, a fin de prepararla un poquito.

—¿Algo así como ponerla en forma, eh? —masculló el señor O'Sullivan, mirando por encima de su periódico—. La verdad es que me sorprendería mucho que lograseis convertir a esa monita presumida en una muchacha como es debido. En mi vida he visto una chica tan malcriada.

—Es un acierto que vaya a Santa Clara —suspiró Pat, untando una tostada con mermelada—. ¿No te parece, papá, que Isabel y yo somos más personas desde que vamos allí?

—Eso requiere un poco de reflexión —repuso su padre con ánimo de inquietarlas—. Vamos a ver... Pues, sí... en conjunto estoy bastante satisfecho de vosotras. ¿Y tú, mamá, qué dices a esto?

—¡Ah! Pues opino que se han vuelto muy juiciosas desde que van a Santa Clara —declaró la señora O'Sullivan—. Al principio, no querían ir ni a tres tirones, asegurando que no se aplicarían en absoluto; pero la señorita Theobald, esto es, la Directora, consignó un excelente comportamiento en el informe escolar. Por consiguiente, confío en que lo pasarán muy bien este trimestre.

—No quisiera que las vacaciones acabasen nunca —confesó Pat—, pero no puedo menos de sentir cierta excitación ante la perspectiva de volver a la vieja Mademoiselle Abominable, y a la señorita Roberts, y o...

—¿«*Mademoiselle Abominable*»? —exclamó; el señor O'Sullivan, asombrado. ¿Es ese su verdadero nombre?

—¡Oh, no, papá! —repuso Pat—. Solemos llamarla así por su costumbre de decir «*C'est abominable!*» a todo pasto. Al principio, Isabel y yo éramos pésimas alumnas de gramática francesa y Mademoiselle solía escribir la palabra «*Abominable*» sobre nuestros ejercicios. No obstante, es una buena persona.

—Será también muy divertido volver a ver a todas nuestras compañeras —murmuró Isabel—. Vamos, mamá. Escribe a tía Sara que deje venir a prima Alison la semana que viene, antes de nuestro regreso al colegio.

Total que la señora O'Sullivan escribió a su cuñada y la prima Alison llegó dos días antes de que las muchachas volviesen, al internado.

Alison era una jovencita muy linda de rizado cabello castaño cobrizo, boca de pimpollo y grandes ojos azules.

—Se parece a aquella muñeca que teníamos —dijo Pat a Isabel—. Se llamaba Ángela, ¿te acuerdas? Daría cualquier cosa porque Alison no prodigase tanto esa estúpida sonrisa.

—Seguramente alguien le ha dicho que tiene una sonrisa encantadora o algo parecido —gruñó Isabel—. A juzgar por su aire de suficiencia, se figura ser una

especie de estrella de cine.

Alison estaba satisfechísima de estar con sus primas en vísperas de su ingreso en Santa Clara, pues, al igual que la mayoría de las muchachas, se sentía algo nerviosa ante la perspectiva de ir a un nuevo colegio. A poco, todas se acostumbraban al ambiente de la casa, pero los primeros días resultaban siempre un poco desconcertantes, sobre todo para las novatas.

—Contadme cosas del colegio —insistió Alison aquella tarde, mientras se hallaban las tres en el viejo estudio—. Supongo que no es uno de esos colegios en que la obligan a una a jugar aunque no quiera y demás zarandajas.

—Pues verás, Alison —explicó Pat, guiñando un ojo a Isabel—. Precisamente Santa Clara es el colegio más razonable que existe en el reino —agregó la muchacha con voz solemne—. Todas las alumnas deben saber limpiar zapatos...

—Hacer el té... —coreó Isabel.

—Y preparar tostadas —prosiguió Pat—. Además, deben aprender a hacerse la cama...

—Y a echar remiendos a su ropa si tiene la desgracia de rasgársela —agregó Isabel, gozando inmensamente ante la horrorizada expresión de Alison.

—Un momento —interrumpió ésta, enderezándose en su silla—. ¿Qué significa todo esto de limpiar zapatos y preparar el té y las tostadas? ¡Apuesto cualquier cosa a que no os obligan a hacerlo!

Las dos mellizas se echaron a reír.

—¡Ya lo creo que sí! —aseguró Pat—. Atiende, Alison: las alumnas de primero y segundo grado tienen que servir a las mayores. Cuando éstas nos dan una voz debemos acudir o ver qué desean y hacerlo sin chistar.

—Pues confieso que me parece horrible —refunfuñó Alison, sonrojándose de ira—. ¿Qué tal son las chicas? ¿Resultan también tan fastidiosas?

—¡Espantosas! —espetó Pat solemnemente—. Por el estilo de nosotras dos. ¡A buen seguro las detestarás!

—Según eso, Santa Clara no se parece en absoluto a Redroofs, el colegio adonde fuimos las tres el curso pasado —coligió Alison tristemente—. ¿Qué tal es nuestra profesora? ¿Estaré en la misma clase que vosotras?

—Creo que sí —afirmó Pat—. Pertenecemos al primer grado y no creo que nos pasen al segundo todavía. Nuestra profesora es la señorita Roberts. Es de buena ley, pero, a veces, resulta algo sarcástica. Si no la toma una por las buenas, suele arrepentirse.

—Y Madeimoselle es también de las que se las trae —comentó Isabel—. Es muy gruesa, con unos pies enormes... y un genio de padre y muy señor mío cuando le da por gritar.

—Según eso, es una persona horrible —balbuceó Alison, alarmada, recordando a

la profesora de francés con cara de ratón del colegio Redroofs.

—¡Bah! —exclamó Pat sonriendo—. En realidad, no es mala del todo. Tiene buen corazón. De todos modos, no debes preocuparte, Alison. Isabel y yo cuidaremos de ti y te pondremos en antecedentes de todo.

—Gracias —musitó Alison, sinceramente reconocida—. Supongo que compartiré vuestro dormitorio. ¿Qué tal es el ama de llaves?

—Lleva allí muchísimos años —declaró Pat—. Por lo visto, cuidó ya de nuestras madres, tías y hasta de nuestras abuelas. Adivina nuestras correrías nocturnas y no consiente ninguna tontería. Pero es muy cariñosa cuando está una enferma de verdad.

Alison se enteró de una porción de cosas referentes a Santa Clara en el curso de los dos días que permaneció con las mellizas. A su modo de ver, éstas habían cambiado mucho desde los tiempos del colegio Redroofs. Procedió, pues, a observarlas atentamente para averiguar en qué consistía aquel cambio.

«*¡Parecen más sensatas!* —se dijo la muchacha—. *En Redroofs se daban mucho pisto y pasaban por orgullosas. Claro está que allí tenían algo de qué enorgullecerse, pues pertenecían al grado superior. En cambio, ahora, me figuro que están entre las más jovencitas del colegio. Y a mí me sucederá lo mismo*».

Por fin, llegó el día en que las tres tuvieron que partir a su internado. Sus equipajes estaban listos. La señora O'Sullivan introdujo en la maleta de Alison los mismos pasteles y golosinas que había comprado para las mellizas. Todos los bultos ostentaban la correspondiente etiqueta y, al presente, los tres grandes baúles y las tres maletitas se hallaban en el vestíbulo, en espera de ser recogidos.

La señora O'Sullivan decidió acudir a despedirlas a Londres. Pat e Isabel se sentían emocionadas ante la perspectiva de ver de nuevo a sus amigas. Alison semejaba muy tranquila, satisfecha de contar con la compañía de las mellizas.

A su llegada al andén de donde debía partir el tren, la excitación de las dos hermanas alcanzó su punto cumbre.

—¡Mira! ¡Allí está Janet! ¡Eh, Janet, Janet! ¿Cómo te han tratado las vacaciones? ¡Oh, ahí está Hilary! ¡Hola, Hilary! Mira, ésta es nuestra prima Alison, que va a venir con nosotras a Santa Clara este trimestre. ¡Ah, ahí vienen Doris y Sheila!

Todas las muchachas se agolparon en torno a las mellizas, hablando y riendo. Alison fue presentada a todas ellas y, naturalmente, la muchacha quedó muy agradecida a las mellizas por ahorrarle la tirantez del primer encuentro con chicas desconocidas.

Una profesora de rostro apacible se acercó al grupo con un carnet en la mano.

—¡Buenos días, Pat! ¡Buenos días, Isabel! Según veo, seguís pareciéndoos como dos gotas de agua. ¿Es ésta vuestra prima, Alison O'Sullivan? Bien, ya está marcada en mi lista. ¿Cómo estás, Alison? Soy la señorita Roberts, vuestra profesora de primer grado. ¡Apuesto a que las mellizas ya te habrán advertido lo fiera y salvaje

que soy!

Y, esbozando una sonrisa, la maestra se dirigió al grupo siguiente, a fin, de proseguir su tarea de comprobar si todas las alumnas de primero y segundo grado se hallaban allí presentes para acomodarlas en el tren antes de la hora prevista para la partida.

—¿Hay alguna chica nueva este trimestre? —preguntó Pat mirando en torno a sí—. Creo que la única será Alison.

—Nada de eso —repuso Isabel dando a su hermana con el codo—. ¡Mira, allí hay otra!

En efecto, siguiendo con la mirada la dirección indicada por su hermana, Pat vio a una muchacha esbelta y bastante agraciada un, poco aparte de las demás. La desconocida tenía cara de rabiosa y no parecía dispuesta a trabar amistad con nadie. Pat observó que no había acudido nadie a despedirla.

—Es «nueva» —comentó Pat—. ¿La pondrán en nuestra clase? Aseguraría que tiene muy mal genio. ¿Qué sucederá si algún día se enzarza con Janet?

Janet tenía el genio muy vivo y se encolerizaba fácilmente. Pero sus arrebatos se le pasaban muy pronto; en cambio, aquella muchacha desconocida parecía huraña, además de irritable, y no simpatizaron con ella.

—¡Allí viene otra alumna nueva! —profirió Isabel—. ¡Parece muy simpática! Supongo que la pondrán en nuestra clase.

La segunda desconocida tenía un aspecto muy distinto de la anterior. Era menudita, con negros bucles ondeantes y centelleantes ojos de un tono azul intenso. Iba acompañada de sus padres.

—A juzgar por su larga cabellera el padre debe de ser un artista o un músico —dedujo Pat.

—Ya «sé» quién es —intervino Hilary Wentworth, que se hallaba por allí cerca—. Se trata de Max Oriell, el famoso pintor. Ha hecho un retrato de mi tía sencillamente maravilloso. Le vi una o dos veces mientras posaba. Seguramente, ésa es su hija. Se parecen muchísimo.

—Tiene cara de lista —murmuró Pat—. Confío en que la pondrán en nuestra clase.

—¡Subid todas a vuestros vagones! —gritó la señorita Roberts con voz clara—. El tren sale dentro de tres minutos. ¡Ha llegado la hora de las despedidas!

Tras despedirse de sus familiares, las muchachas subieron al tren y procedieron a acomodarse con sus respectivos grupos de amigas. Alison reflexionó que las alumnas del grado superior que caminaban, reposadamente por el andén, eran muy mayores y formales. Al verlas, se sintió muy chiquita.

—Ésa es Winifred Jones, nuestra jefa —susurró Pat, al tiempo que pasaba ante ellas una esbelta muchacha de grave aspecto—. Además de inteligente, es

simpatiquísima.

—¡Me daría miedo dirigirle la palabra! —masculló Alison.

—Al principio, a nosotras nos sucedía lo mismo —la tranquilizó Isabel—. Mira, ésa es Belinda Towers, la jefa de la sección de deportes. Pat y yo tuvimos una trifulca con ella el último trimestre, pero no tardamos en averiguar que afortunadamente, es de buena pasta. ¡Ojalá nos apunte para intervenir en unos partidos este trimestre! Sería estupendo, ¿verdad, Pat?

Sonó el pito. Un sinfín de pañuelos se agitaron desde las ventanillas. El tren arrancó lentamente, lleno a rebosar de alumnas de Santa Clara. ¡Era cuestión de volver a estudiar de nuevo!

Capítulo 2

ADAPTÁNDOSE AL AMBIENTE ESCOLAR

Los dos primeros días de un nuevo trimestre suelen ser siempre muy agitados. No hay horarios fijos, nadie cumple rigurosamente el reglamento y todo el mundo anda atareado deshaciendo maletas... y comiendo golosinas procedentes del hogar.

Al principio, las mellizas echaron mucho de menos a su madre y el ambiente hogareño, al igual que la mayoría de sus compañeras, pero había tanto que hacer que, en realidad, no quedaba tiempo para lamentarse o preocuparse. Así, pues, en general, todas las internas se adaptaron pronto a la rutina escolar. Resultó muy divertido saludar de nuevo a todas las profesoras, sentarse en los pupitres de la misma vieja aula y comprobar si el tintero en forma de gato con dos rabos seguían en el pupitre de Janet.

Se repartieron nuevos libros, libretas, gomas, reglas y plumas.

—¡Qué bonitas son las nuevas libretas! —exclamaba Mademoiselle, echando una ojeada circular a la clase con sus grandes ojos radiantes de satisfacción—. ¡Qué gusto dará llenarlas de hermosas composiciones en francés! ¿Qué estás refunfuñando, Doris? Supongo que este trimestre no vas a hacerme salir canas como el anterior. ¡Qué pena! ¡Mira qué mechón gris, «*ma chère*» Doris! ¡Fuiste tú la causante de él el último trimestre!

Y, al tiempo que así se expresaba, Mademoiselle se arrancó una cana de su espesa cabellera de estopa, mirando cómicamente a Doris.

—Haré todo lo que pueda, Mademoiselle —prometió Doris—. Pero temo que nunca, jamás sabré pronunciar la «*r*» francesa correctamente. ¡Nunca!

—¡R-r-r-r! —profirió Mademoiselle, haciendo vibrar la letra en su garganta con extraordinaria habilidad.

Todas se rieron. Mademoiselle semejaba un perro gruñendo, pero nadie, se atrevió a aventurar el comentario.

Las demás profesoras dieron la bienvenida a las muchachas a su manera. La señorita Roberts las había visto ya a casi todas en el tren. Alison no podía menos de sentir viva simpatía por ella, pese a temer un poco la severidad de sus reprimendas. Realmente, la señorita Roberts dominaba el arte de humillar a las culpables.

La directora del grupo dedicó unas palabras a las mellizas.

—Bien, Pat e Isabel. Con sólo miraros compruebo que os habréis propuesto portaros bien este trimestre. Lo llevas escrito en la cara, Pat, y me consta que Isabel sigue siempre tu ejemplo. ¿Qué os parece si este trimestre logrased algunos primeros puestos?

—Me encantaría —respondió Pat ávidamente—. Solíamos tenerlos en Redroofs, el colegio adonde íbamos antes. Ahora que nos hemos acostumbrado a Santa Clara podremos trabajar con más rapidez y aprovechamiento.

La encargada del ropero estaba en su habitación, repartiendo toallas, sábanas y almohadas, y advirtiendo a las muchachas que tendrían que coserse los botones y remendar cualquier rasgadura en la clase de costura.

—¡Pero si yo no sé remendar sábanas ni nada! —se lamentó Alison, consternada.

—Es posible que tu madre te haya mandado aquí para que aprendas a hacerlo, entre otras cosas —sugirió el ama con una dilatada sonrisa—. Me figuro que piensas casarte algún día y ponerte al frente de tu hogar, ¿no? Pues en ese caso debes aprender a cuidar de tu ropa y a remendarla cuando convenga. De todos modos, me parece que no tienes por qué preocuparte mucho. Tu madre te lo ha mandado todo nuevo. Por tanto, a menos que «te empeñes» en agujerear las sábanas y en arrancarte los botones, no creo que tengas gran cosa que remendar durante «este» trimestre.

Todas las muchachas debían ir a saludar particularmente a la señorita Theobald. Alison fue con Pat e Isabel. Mientras aguardaba con ellas ante la puerta del salón, la jovencita se sentía muy nerviosa.

—¿Qué debo «decirle»? —susurró, tímida—. ¿Es muy seria?

En aquel momento se abrió la puerta dando paso a Janet e Hilary.

—Ahora os toca a vosotras —murmuró esta última.

Las tres chicas entraron en la sala. Alison simpatizó al punto con la señorita Theobald, la Directora. La grave expresión de su rostro podía trocarse en una encantadora sonrisa cuando la cuestión lo requería.

—Bien, Pat e Isabel —dijo sonriendo a las tres primas—. Me alegro de volver a veros con ese aspecto tan risueño. Recuerdo que el último trimestre, cuando os vi por primera vez, estabais enfurruñadas y apenas pronunciasteis una palabra. Pero esta vez las cosas han cambiado. Estoy segura de que haréis cuanto podáis por vuestro grado y también por el colegio.

—Por supuesto, señorita Theobald —asintieron las mellizas, con expresión radiante.

—¿Conque ésta es vuestra prima, otra O'Sullivan? —inquirió la señorita Theobald volviéndose a Alison—. Supongo que la señorita Roberts estará encantada con tres O'Sullivan trabajando con ahínco en el mismo grado. Eres muy afortunada de contar con dos juiciosas primas para ayudarte durante este primer trimestre, Alison.

—Sí, señorita Theobald —balbuceó Alison, todavía muy nerviosa.

—Ahora, ya podéis marcharos —declaró la señorita Theobald—. Recordad, Pat e Isabel, que estoy a vuestra disposición si surge cualquier dificultad. De modo que no temáis acudir aquí en caso necesario, ¿eh?

Las tres muchachas salieron de la estancia, todas algo asustadas, pero

gratísimamente impresionadas por la simpatía de la Directora. Al punto, se dirigieron a la sala común para que la viese prima Alison.

—¿Pero no está reservada para nosotras solas? —se lamentó Alison, desilusionada, echando una mirada circular a la gran estancia; compartida por las alumnas de primero y segundo grado—. ¡Qué horrible algarabía!

Había, en efecto, mucha bulla. Las muchachas hablaban y reían a un tiempo. Alguien había puesto el gramófono y, para colmo, otra chica manipulaba los mandos del aparato de radio instalado en el otro extremo del enorme aposento, arrancándole toda clase de ruidos y parásitos.

—Pronto te acostumbrarás al ruido —aseguró Pat alegremente—. Es un ambiente muy agradable y muy cordial. Mira, Alison: aquí tienes parte de un estante para poner tus cosas, como por ejemplo tus cajitas de galletas o pasteles, tu labor de aguja o de punto, y el libro de la biblioteca que estés leyendo. Esta otra parte nos pertenece a mí y a Isabel. Procura mantener en orden la tuya para no ocupar todo el sitio.

Las mellizas mostraron a su prima todos los rincones del colegio: las grandes aulas con hermosas vistas al jardín; el enorme gimnasio; la bella sala de pintura, en el último piso, bajo el tejado, con una excelente luz del norte; el laboratorio; y hasta la sala de equipajes, donde cada muchacha tenía un armarito para guardar los zapatos y una percha para su abrigo y sus vestidos de calle.

—¿Estaré en el mismo dormitorio que vosotras, Pat? —inquirió Alison, tímidamente, atisbando el interior de las grandes estancias donde todas las noches dormían ocho muchachas en otras tantas alcobas independientes todas ellas entre sí.

—Se lo preguntaré a Hilary —decidió Pat—. Ella es la jefa de nuestra clase y seguramente lo sabrá. ¡Eh, Hilary! ¿Sabes si nuestra prima Alison dormirá con nosotras?

Hilary sacó una lista de nombres.

—Dormitorio 8 —leyó en voz alta—. Hilary Wentworth, Pat e Isabel O'Sullivan, Doris Elward, Kathleen Gregory, Sheila Naylor, Jane Robin y Alison O'Sullivan. Ésa es la lista de nuestro dormitorio. Como veis es la misma que la del trimestre anterior, a excepción de Vera Johns, que ha pasado al número 9, sin duda para ceder su puesto a Alison.

—¡Magnífico! —celebró Pat—. ¡Estarás con nosotras, Alison! No se puede negar que tienes suerte.

Las tres alumnas nuevas pasaron al primer grado con la señorita Roberts. La muchacha alta con cara de mal genio se llamaba Margery Fentworthy. Parecía lo suficiente mayor para pertenecer al segundo grado, pero sus compañeras no tardaron en comprobar que estaría muy atrasada, incluso para un primer grado.

—¿No te parece un poco rara? —dijo Pat a Isabel tras una mañana de clase con Margery—. Le importa un bledo todo lo que hace o dice. Tengo el presentimiento de

que puede ser espantosamente grosera. ¡Cielos! ¡La que se armará si se indispone con Mademoiselle!

Margery Fentworthy se mantenía al margen de todo el mundo. Estaba siempre leyendo y, si alguna le dirigía la palabra, contestaba tan sucintamente que su interlocutora no se atrevía a decirle nada más. De haber sabido sonreír, Margery habría sido una chica muy agraciada, pero —al decir de Pat— parecía siempre que le debiesen y no le pagasen.

Lucy Oriell, la otra alumna nueva, era el polo opuesto de Margery. Poseía una gran inteligencia, pero como sólo contaba catorce años y medio, fue destinada al primer grado, al menos por aquel trimestre. Nada le costaba. Tenía una memoria excelente y estaba siempre alegre y risueña.

—¡Hay que ver cómo habla en francés con Mademoiselle! —se lamentó Doris—. ¡Y cómo dibuja! ¡Y cómo recita kilómetros y kilómetros de Shakespeare! ¡Pensar que a mí me lleva tanto tiempo aprender dos versos correctamente!

Todas se rieron. Doris era una guasona con muchísimo talento. ¡Sabía despertar la hilaridad de la gente! Además de saber bailar en serio y en broma, tenía la habilidad de remedar a los demás a las mil maravillas, dado lo cual resultaba aún más incomprensible que no acertase a imitar el acento francés de Mademoiselle. Todo el mundo simpatizaba con Doris.

—¡Es una perfecta estúpida... pero adorable! —solía decir Janet.

—¿Qué te parecen las tres chicas nuevas, Janet? —preguntó Hilary, mordiendo el extremo del lápiz mientras intentaba resolver un problema de aritmética propuesto por la señorita Roberts.

Pat e Isabel se hallaban allí cerca, con el oído atento. Echando hacia atrás su oscura cabellera, Janet expuso su parecer con estas palabras:

—Lucy Oriell es un sol. Lista, inteligente, juiciosa, alegre y cordial. Margery Fentworthy es un ser irascible e indiferente con alguna especie de «*pasado*».

—¿A qué te refieres? —preguntó Pat, asombrada.

—Atiende a mis palabras —masculló Janet, que podía ser muy perspicaz cuando quería—. Hay algo misterioso detrás de ese curioso aislamiento de Margery, como si nada ni nadie le importase un comino. Además, ¿para qué quiere tener tan mal genio una chica de quince años? Me gustaría saber cómo le fue en el último colegio donde estuvo. ¡Apuesto cualquier cosa a que no trabó amistad con nadie!

Las mellizas contemplaron a Margery, que, como de costumbre, permanecía abstraída en la lectura de un libro.

Por último, Janet dedicó un comentario a la tercera novata del trimestre, esta es, Alison.

—Me figuro que no debo decir gran cosa de Alison, puesto que se trata de vuestra prima. Pero si queréis saber mi sincera opinión os diré que la tengo por una monita

vanidosa y presumida sin una sola idea en su linda cabecita.

—Gracias por tus opiniones, Janet —agradeció Hilary con una carcajada—. Tienes una maravillosa forma de expresar verbalmente lo que pensamos todas las demás... sin atrevernos a decirlo.

Capítulo 3

ALISON APRENDE UNA LECCIÓN

El trimestre pascual se inició con un tiempo muy triste y frío. Las muchachas tiritaban al levantarse por la mañana. Alison detestaba aquel momento. Cuando Hilary le tiraba de las sábanas, la muchacha casi lloraba de rabia. ¡Jamás le había sucedido nada parecido en, el otro colegio!

—¡No hagas eso! —gimoteaba cada vez que su compañera repetía la hazaña—. ¡Precisamente «ahora» me disponía a levantarme!

Todas se sonreían, convencidas de que, a veces, Alison era muy mema. Pasaba horas y horas peinándose y mirándose en el espejo, y, si le salía algún granito en la cara, no cesaba de lamentarse hasta que desaparecía.

—¡Cómo si alguien se fijara aunque tuviese veinte granos! —gruñía Janet, enojada—. ¡No es digna de que la miren la cara a esa vanidosilla!

Al cabo de una o dos semanas, las mellizas tenían la impresión de llevar meses en el colegio. Cada grado se ajustaba a su respectivo horario, trabajando con tesón. Se celebraban partidos de «lacrosse»^[1] tres veces por semana, y cada cual podía ir al campo a entrenarse en sus horas libres. En cuanto a la gimnasia, tenían dos sesiones semanales, y a las mellizas les encantaba. La nueva alumna Margery sobresalía extraordinariamente en todos los ejercicios.

—Es una chica fuerte, ¿verdad? —comentó Pat con admiración, mientras observaban cómo trepaba por la gruesa cuerda que pendía del techo.

—¡Practica el deporte y hace gimnasia como si se las estuviera emprendiendo contra alguien! —comentó Janet, dando en el clavo, como de costumbre—. ¡Fijaos cómo rechina los dientes mientras trepa por esa cuerda! Os aseguro que no me hace ni pizca de gracia marcarle tantos en el «lacrosse». A pesar de mis guantes enguatados, me ha dado varios golpes en los nudillos.

—¡Qué criatura más salvaje! —exclamó Doris, contemplando las contusiones de Janet—. Ayer Belinda la reprendió por hacer deliberadamente la zancadilla en el campo de entrenamiento. ¡Valiente elemento sería en un partido de competición! ¡Metería goles a la viva fuerza, aunque tuviese que derribar por tierra a todas las jugadoras del equipo contrario!

Lucy Oriell era también una excelente jugadora de «lacrosse». Había sido capitana del equipo de «lacrosse» de su antiguo colegio, y era más veloz que el viento.

—Sirve para todo —suspiró Hilary—. ¡Qué afortunada es! ¿Habéis visto alguno de sus cuadros? Son realmente preciosos. Me mostró varias acuarelas que hizo

durante las vacaciones. Me costó trabajo creer que eran obra suya. No cabe duda que ha heredado la habilidad de su padre. A buen seguro, éste gana muchísimo dinero con sus retratos. No es de extrañar, pues, que Lucy lleve unos vestidos tan bonitos.

—Es una lástima que esa estúpida prima vuestra no se esmere más en el juego —refunfuñó Janet, contemplando a Alison en el momento en que ésta intentaba alcanzar una pelota con su red.

La jugada, debida a Kathleen, era facilísima. Pero Alison la erró, como de costumbre.

—¡Oye, Alison! —le gritó Janet—. ¿No habías practicado nunca ningún deporte?

—Sí —respondió Alison, ruborizándose—. He jugado bastante al «hockey», que, por cierto, resulta mucho más divertido que ese estúpido «lacrosse». Prefiero impulsar una pelota que cazarla al vuelo. Solía lucirme en el «hockey», ¿verdad, Pat? ¿Te acuerdas de mis actuaciones en Redroofs?

Como no recordaba que Alison hubiese destacado nunca en ningún deporte, Pat optó por callar. A todo esto, se acercó Belinda Towers y, dirigiéndose a las mellizas, espetó:

—Escuchad, ¿no podríais sacar algún provecho de esa estúpida primita vuestra? Cuando le ordeno que haga prácticas de paro y lanzamiento, se limita a permanecer impasible, balando como un cordero. Necesita una buena inyección de energía y vitalidad.

Pat se echó a reír. En, efecto, Alison «balaba». La palabra no podía ser más acertada.

—Procuraré tomarla por mi cuenta —prometió Pat—. Al fin y al cabo, yo también jugaba muy mal al principio, esto es, en el último trimestre. Trataré, pues, de darle algunos consejos sensatos, como los que recibimos Isabel y yo.

—Está demasiado pagada de sí —masculló Belinda sin rodeos—. Su lánguida sonrisa de mema, sus ojazos azules y su vocecilla de cordero me dan verdadera grima. ¿Por qué no la hacéis triscar un rato? Yo ya no puedo soportarla más.

Total que Pat e Isabel obligaron a Alison a hacer un poco de ejercicio, con gran indignación por parte de ésta.

—¿Por qué me obligáis siempre a practicar este estúpido juego precisamente cuando me propongo terminar la lectura de un libro? —refunfuñó la muchacha—. ¿Por qué me lleváis casi a empujones a dar un paseo cuando hace frío y viento? Si a esto le llamáis cuidarme, preferiría que desistierais.

Para colmo, no tardó en llegarle el turno de servir a dos alumnas del grado superior, Rita Georges y Katie White.

Un buen día, a la hora del té, estas le mandaron una mensajera. Cuando llegó el mensaje, Alison acababa de merendar.

—¡Alison! Rita te necesita. Date prisa. Esta semana te toca a ti servirla en sus

quehaceres.

—¿Qué quehaceres? —farfulló Alison, contrariada, tragándose el último bocado de tarta.

—¿Qué sé yo? Supongo que prepararle el té. Además, creo que se le ha apagado el fuego de su habitación. Tendrás que atizarlo y encenderlo de nuevo.

—¿Encender el fuego yo? —protestó Alison, estallando casi de indignación—. ¡En mi vida he encendido ninguno! ¡No tengo idea de cómo se hace!

—Si no acudes, Alison, se armará un escándalo —le advirtió Isabel—. Katie White no es tan paciente como Rita. Vamos, no seas tontaina.

Sin cesar de murmurar por lo bajo, Alison se dirigió lentamente al estudio de Rita. Ésta levantó la vista con impaciencia al oírla entrar.

—¡Cielo santo! ¿Sueles ser siempre tan calmosa? ¡Qué mala suerte hemos tenido esta semana! ¡«Contigo» de sirvienta nos quedará toda la faena por hacer!

—Remueve el fuego y vuélvelo a encender enseguida —ordenó Katie White, con una grave voz—. En esa alacena encontrarás papel y leña menuda. Apresúrate. Hemos invitado a otras varias muchachas a tomar el té.

¡Pobre Alison! Tras remover el fuego lo mejor que supo, tomó el papel y la leña de la alacena y los dispuso de cualquier manera en la parrilla. Ésta estaba caliente y, al tocarla, la muchacha se quemó la mano.

—¿Qué sucede? —exclamó Rita, sobresaltada al oír el chillido de dolor de la perjudicada.

—¡Me he quemado la mano con la parrilla! —gimió Alison, recogiendo en el pecho el miembro lastimado aun cuando, en realidad, apenas le dolía.

—¿Acaso te imaginabas que la parrilla estaría helada como un carámbano después de soportar el fuego todo el día? —barbotó Rita, impaciente—. Por lo que más quieras, date prisa y enciende ya ese fuego de una vez. Hay una caja de fósforos en la repisa de la chimenea.

Alison tomó los fósforos y, encendiendo uno, lo aplicó al papel; éste llameó al punto. En aquel preciso momento, entraron otras tres muchachas mayores, charlando animadamente. Una de ellas era Belinda Towers. Ninguna se fijó en la alumna de primer grado ocupada en encender el fuego. Alison se sintió muy chiquita e insignificante ante sus decididas compañeras.

El papel ardió por completo. Pero los trocitos de leña no prendieron. Para colmo, no había más papel en la alacena.

—Por favor —balbuceó Alison, volviéndose tímidamente a Rita—. ¿Dónde hay un poco más de papel?

—En aquel escritorio —contestó Rita, sucintamente, mirando a Alison con ceño.

Mientras las mayores seguían hablando, Alison se acercó al escritorio contiguo y echó una ojeada a los papeles contenidos allí. En su mayor parte eran cuartillas

cubiertas con la clara y menuda escritura de Rita.

«*Me figuro que son viejos apuntes —pensó—. A buen seguro, no los quiere ya*».

Y, tomando las cuartillas, las dispuso en la chimenea y les aplicó un fósforo. En aquel preciso instante, llegó a sus oídos una sonora exclamación de Rita.

—¡Eh, escucha! ¡Supongo que no se te habrá ocurrido coger mis ejercicios de francés! ¡Atiza! ¡Pues, sí! ¡La muy borrica ha cogido mis ejercicios de francés!

Al propio tiempo, Rita se precipitó hacia la chimenea y, apartando a Alison a un lado, trató de recuperar las cuartillas. Desgraciadamente, las llamas habían prendido en ellas y la muchacha no pudo salvar ninguna. Sus preciosos ejercicios habían quedado reducidos a un montón de cenizas.

—¡Alison! —vociferó Rita, encolerizada—. ¿Cómo te has atrevido a hacer semejante cosa? Mereces que te caliente las orejas.

—Lo he hecho sin querer —se disculpó la pobre Alison, con lágrimas en los ojos, arrodillada aún junto al hogar—. Me dijiste que tomase el papel de ese escritorio y...

—¿Acaso no sabes distinguir entre el periódico de ayer y los ejercicios de francés de hoy? —rugió la indignada alumna de quinto grado—. ¡Ahora tendré que trabajar una hora extraordinaria para escribir de nuevo todo ese francés!

—¡Y a todo eso, todavía no ha encendido el fuego! —se lamentó Belinda Towers—. Eres tan torpe en los quehaceres domésticos como en el campo de deportes, Alison.

—Dejadme marchar, por favor —lloriqueó Alison, medio muerta de vergüenza ante los acusadores rostros de las muchachas mayores—. No sé encender el fuego. Os aseguro que no sé.

—Pues ya es hora de que aprendas —repuso Rita secamente—. Vamos a ver, ¿dónde está ese papel? Ponlo así... y así. Ahora dispón la leña de modo que las llamas la alcancen y enciendan el carbón. Ahora pon un poco de carbón encima. ¿Pero qué haces, so boba? ¿A quién se le ocurre poner ese trozo tan grande encima? ¡Has aplastado toda la leña! Para encender un fuego debes escoger trocitos pequeños de carbón... Así, como éstos.

Alison no cesaba de llorar, sintiendo profunda lástima de sí misma. Con mano temblorosa, aplicó el fósforo al papel y las llamas prendieron sucesivamente en la leña y en el carbón. ¡Por fin ardía un precioso fuego en el hogar!

—Ahora, pon la tetera en la repisa interior y vete ya, chiquilla —murmuró Katie—. ¿De dónde te sacas todas esas lágrimas? ¡Por amor de Dios, apártate del fuego! ¡De lo contrario, volverás a apagarlo!

Alison salió muy escurrida de la estancia, con las mejillas empapadas de lágrimas. Al pasar ante un espejo, se detuvo a mirarse. Su triste y patético aspecto le recordó al de una estrella de cine a quien había visto llorar en una película. Luego volvió a la sala común, sollozando, convencida de que todo el mundo la

compadecería.

Mas, para su sorpresa, nadie hizo tal cosa ni siquiera la bondadosa Lucy Oriell. Pat la miró y le preguntó qué había sucedido.

Alison relató su aventura. Cuando dijo que había quemado los ejercicios de francés de Rita sus compañeras se quedaron horrorizadas.

—¡Zote! —profirió Janet disgustada—. ¡Qué modo de desacreditar a nuestro grado! ¡Ahora las mayores pensarán que somos unas inútiles!

—¡Qué «horrible» fue ver tantas chicas mayores contra mí! —gimió Alison diciéndose que su cara debía de ofrecer un aspecto realmente conmovedor.

Pero todas sus compañeras daban muestras de enojo.

—Basta ya, Alison —ordenó Hilary—. No estás en ninguna escuela de párvulos. Si te portas como una estúpida, ¿cómo quieres que te traten las mayores? Por amor de Dios, cesa ya de sollozar. Estás sencillamente horrorosa. Tienes los ojos enrojecidos, la nariz hinchada y la boca desfigurada. ¡Si vieras lo requetefeísima que estas!

Eso arreció el llanto de Alison. ¡Con qué amargura lloraba! Janet perdió la paciencia.

—¡Una de dos! —dijo ásperamente—. O cesas de llorar o sales de esta habitación. ¡No tienes derecho a molestarnos de ese modo!

Alison levantó los ojos a su interlocutora. Aquella locuaz Janet semejaba dispuesta a hacer lo que decía. En vista de ello, la desconsolada muchacha optó por reprimir el llanto.

Las mellizas se miraron, sonrientes.

—¡Lección número uno! —cuchicheó Pat...

Capítulo 4

TESSIE TIENE UN SECRETO

El primer acontecimiento importante del trimestre fue el cumpleaños de Tessie. Tessie era una vivaracha alumna de segundo grado, muy aficionada a los chistes y a las bromas. Ella y Janet formaban una pareja de alivio. A menudo las chicas se reían recordando el susto que había dado Janet a la pobre señorita Kennedy el trimestre anterior arrojando petardos a la chimenea de la clase.

—¿Y os acordáis del día en que Tessie escondió el gato negro en el armario de las labores y el bicho saltó sobre la señorita Kennedy obligándola a salir corriendo de la habitación? —evocó Doris entre risas—. ¡Qué divertido! En mi vida me había reído tanto.

La señorita Kennedy ya no estaba en el colegio; la había sustituido la señorita Lewis, una profesora de historia de primera categoría. Las muchachas simpatizaban mucho con ella, excepto en un punto: que no permitía la más leve distracción ni desmán, en sus clases. Incluso la deslenguada Janet era un modelo de buen comportamiento en las clases de la señorita Lewis. Tan sólo la huraña Margery no mostraba el más mínimo interés en las explicaciones de la profesora de historia.

Tessie tenía grandes proyectos para el día de su cumpleaños. Sabía que su familia le enviaría mucho dinero y gran abundancia de golosinas. Tessie era muy generosa y, deseaba que todo el mundo compartiese sus obsequios.

Pero no había bastante para todas. Aun cuando Tessie dispusiera todos los manjares en la mesa a la hora del té, apenas podría ofrecer un bocadillo a cada una de las cuarenta o cincuenta muchachas que componían el primer y segundo grado.

Tessie reflexionó sobre ello y expuso el caso a su gran amiga, Winnie Thomas.

—Oye, Winnie, ¿no te parece que sería preferible compartir mi merienda con unas pocas de mis «*mejores*» amigas en lugar de dar una miseria a todo el mundo?

—Sí, creo que sí —convino Winnie—. ¿Pero a qué hora daremos la fiesta? ¡No podemos invitar a unas pocas preferidas y despertar los celos de las demás!

—Según eso tendremos que celebrar la fiesta cuando no haya nadie excepto las invitadas —decidió Tessie—. Y eso significa que tendrá que ser por la noche. ¡La noche de mi cumpleaños!

—Pero no podremos celebrarla en el dormitorio —repuso Winnie—. Entonces las otras se enterarían. Debemos hacerlo en secreto. De lo contrario, no tendría gracia.

—El dormitorio queda descartado —accedió Tessie—. Pero, si no lo celebramos allí, ¿dónde diablos «*podremos*» meternos sin ser descubiertas?

—¡Ya sé! ¡En aquella salita de música que hay cerca de nuestro dormitorio! —

exclamó Winnie con ojos centelleantes—. Es un lugar ideal. Nunca va nadie allí por la noche. Si echamos las persianas y cerramos la puerta, nadie se enterará de que estamos dentro. Con todo, debemos procurar no hacer mucho ruido. Recuerda que la salita está muy cerca del estudio de Mademoiselle.

—¡Así será más divertido! —comentó Tessie, ahogando una risita—. ¿Cómo podríamos calentar aquella habitación? Hace un frío glacial en ella. Me consta porque tuve que estudiar el piano allí la semana pasada.

—Cogeremos una estufa de petróleo de la alacena de abajo —decidió Winnie—. Algunas tienen petróleo dentro, porque nadie las vacía antes de guardarlas.

—¡Excelente idea! —celebró Tessie, siempre deseosa de que todo resultase perfecto cuando planeaba algo.

De pronto tuvo una ocurrencia.

—Oye, Winnie. ¿Qué te parece si comprase unas salchichas para freírlas encima de la estufa de petróleo? Podría adquirir unas cuantas de esas salchichas no recuerdo cómo se llaman, que la gente suele poner alrededor de los pollos.

Winnie miró a Tessie, regocijada.

—¡No creo que a «nadie» se le haya ocurrido nunca freír salchichas en una fiesta de cumpleaños a altas horas de la noche! —exclamó la muchacha—. A nadie en absoluto, sería maravilloso. ¿Crees que encontramos a mano una sartén?

—¡Puedes estar segura! —afirmó Tessie—. Diré a Gladys, la joven ayudante de la cocinera, que me preste una para aquella noche. Es una buena persona y no se negará. ¡Y si no me la presta, compraré una!

—¡Todo eso promete ser muy divertido, Tessie! —exclamó Winnie, bailoteando de alegría—. ¿Qué esperas tener para tu fiesta, además del pastel de cumpleaños y las salchichas?

—Madre suele mandarme siempre una gran torta con pasas de Corinto, una tarta de jengibre, dulces, galletas y un pastel de bizcocho hecho en casa —declaró Tessie—. Además, tendré mucho dinero para comprar cualquier cosa que nos apetezca, por ejemplo unos botes de melocotón en almíbar. Ya sabes que a todas nos gustan mucho.

Todos los días ambas muchachas cuchicheaban acaloradamente en los rincones. Mademoiselle advirtió su desatención y no tuvo más remedio que reprenderlas.

—¡Tessie! ¡Winnie! ¿Queréis que os mande al primer grado? ¡Os pasáis el tiempo mirando por la ventana sin prestar la más mínima atención a lo que estoy diciendo! ¿Qué travesura estáis planeando?

El comentario se acercaba tanto a la verdad que las dos chicas se pusieron como la grana.

—Es que... pronto será mi cumpleaños, Mademoiselle —farfulló Tessie humildemente, sabedora de que, por lo regular la profesora de francés aceptaba una excusa como aquélla.

—¡Ah, ya comprendo! —exclamó Mademoiselle—. ¿Y también el de nuestra querida Winnie? ¡Vaya, vaya! Pues a pesar de los pesares, haced el favor de prestarme atención, si no queréis que os obligue a escribir una bella composición en francés sobre los cumpleaños.

Las dos muchachas decidieron invitar sólo a seis chicas a la fiesta. Tessie no veía la necesidad de que todas tuviesen que pertenecer al segundo grado.

—¿Sabes? —dijo a su amiga—. Me gustan muchísimo las mellizas O'Sullivan. Son saladísimas. ¿Y si las invitásemos?

—Sí, pero por lo que más quieras no invites a esa horrible prima suya con aires de pavo real —gruñó Winnie.

—Ni hablar —convino Tessie—. No quiero soportarla. Nos limitaremos a invitar a Pat e Isabel, y a Janet. Y, entre las de nuestro grado, a Hetty, Susana y Nora. ¿Qué te parece?

—Me parece muy bien —accedió Winnie.

—Tendremos que procurar que esa entrometida de Erica no sospeche lo de nuestra fiesta —aconsejó Tessie, pensativa—. Es una fisgona de marca mayor, siempre en plan de meter las narices en lo que no le importa. Además, es una despreciable soplona. Estoy segura de que fue con el cuento a la señorita Jenks cuando perdí aquella pelota de «lacrosse».

—Les diremos a todas que guarden el más estricto secreto —decidió Winnie—. ¡Qué divertido será!

Aquel mismo día, Tessie tomó por su cuenta a las mellizas y, llevándoselas a un rincón, les dijo:

—Escuchad: el jueves daré una pequeña fiesta de cumpleaños, con sólo vosotras y otras cinco amigas. ¿Estáis dispuestas a venir?

—¡Oh, sí, con mucho gusto! —accedió Pat, satisfecha de ser invitada por una alumna de segundo grado.

—¿A qué hora? —inquirió Isabel.

—A las doce de la noche —respondió Tessie con una risita.

Las mellizas la miraron, sorprendidas.

—¡Ah! —exclamó Pat, ávidamente—. ¿Será una fiesta de medianoche como la que celebramos el trimestre anterior?

—No, no del todo —replicó Tessie—. No será en el dormitorio, sino en la salita de música que hay cerca de mi habitación. ¿Sabes a cuál me refiero?

—Sí —asintió Pat—. ¡Caramba, qué divertido! ¡Será una fiesta nocturna con todas las de la ley! ¿A quién más piensas invitar?

—A cuatro chicas de mi grado, sin contarme yo —declaró Tessie—, y a Janet y a vosotras dos de vuestro grado. Eso es todo. Acordaos de venir a las doce en punto. ¡Ah! ¡Y escuchad!

—¿Qué? —interrogaron las mellizas.

—No digáis una palabra a nadie —suplicó Tessie—. Hacedos cargo de que no puedo invitar a todo el mundo y, naturalmente, algunas podrían enfadarse por no haber sido invitadas.

—No temas, no diremos una palabra —prometió Pat.

Las mellizas se alejaron, en espera de que Tessie formulara la invitación a Janet. Entonces, las tres cuchichearon juntas, comentando animadamente la fiesta de medianoche. Resultaba muy divertido tener un secreto, aparte del honor que representaba ser invitadas por una alumna de segundo grado entre todas las chicas del primero que eran bastantes.

Alison mostró al punto una gran curiosidad, convencida de que sus primas tenían un secreto, y anduvo importunándolas para que se lo dijeran.

—¡Por Dios, Alison, cállate ya! —instó Pat—. ¿Es que no podemos tener un secreto sin pregonarlo a toda la clase?

—No es cuestión de pregonarlo a toda la clase, sino sólo «a mí»—repuso Alison, abriendo desmesuradamente sus ojos azules, con expresión suplicante.

—Mi querida Alison —objetó Pat—. Decírtelo a ti sería el medio más rápido de decírselo «a todo el colegio». Eres incapaz de guardar un secreto. Vas charlándolo todo.

El comentario no brillaba por lo cortés, pero era la pura verdad. Alison no podía callarse nada, y como por entonces había divulgado ya una porción de pequeñas confidencias de las mellizas, estas se abstenían hacía tiempo de contarle sus secretos.

—Es muy feo eso de tener planes y ocultárselos a las demás —comentó Erica—. Sé que Tessie y Winnie también planean algo... creo que con relación al cumpleaños de Tessie. Ojalá averiguásemos de qué se trata. Lo tendrían bien merecido.

Alison no simpatizaba con Erica. De hecho, Erica gozaba de muy pocas simpatías por lo chismosa, incluso entre las profesoras, pues éstas preferían mil veces ignorar lo que ocurría a que Erica fuese contándoles cuentos.

En consecuencia, Alison optó por no poner en práctica la insinuación de Erica, aun cuando, en, realidad, ardía en deseos de averiguar lo que sucedía. Erica volvió a preguntarle una y otra vez si había descubierto algo, pero Alison se limitaba a menear la cabeza obstinadamente. A pesar de su inconsistencia, no estaba dispuesta a averiguar cosas para contárselas a Erica.

Hetty, Susana y Nora guardaron, asimismo, silencio en lo tocante a la futura fiesta. Por su parte, Winnie tampoco decía una palabra a nadie, como no fuera a las cuatro compañeras de su clase que estaban en el secreto. Por consiguiente, era muy difícil que la cosa llegase a conocimiento de Erica. Ésta barruntaba que el secreto tenía algo que ver con el cumpleaños de Tessie, y que se trataba concretamente de una fiesta. Pero no tenía ni idea de cómo, dónde, ni cuándo se celebraría.

Todo lo planeado fue puesto en práctica sin dilación. Gladys, la criadita de la cocina, se echó a reír cuando Tessie le pidió que prestase una sartén. Gladys se puso una debajo del delantal y fue en busca de Tessie. Por el camino, encontró a Erica.

—¿Qué llevas ahí debajo del delantal, Gladys? —preguntó Erica, adoptando la altanera pose tan detestada por toda la servidumbre.

—Nada de su incumbencia, señorita —replicó Gladys, insolentemente, meneando su linda cabecita.

Enojada, Erica le apartó a un lado el delantal y, al ver la sartén, exclamó:

—¡O-oh! ¿Es para la fiesta de la señorita Tessie?

Era sólo una sospecha, pero Gladys creyó al punto que Erica estaba enterada.

—Bien, señorita, si lo sabe, ¿por qué me lo pregunta? —refunfuñó la criadita—. Tengo que llevarla a la salita de música que hay cerca del dormitorio de la señorita Tessie.

Erica observó a Gladys mientras ésta entraba en la sala de música y metía la sartén en un armario, debajo de un montón de partituras. Aquel mismo día era el cumpleaños de Tessie. Así, pues, la fiesta estaba al caer. Probablemente, se celebraría por la noche. La inquisitiva muchacha se consumía de celos y curiosidad.

Tessie se hallaba disfrutando de un maravilloso cumpleaños. Era una chica muy popular en el colegio, por lo risueña y vivaracha, y sus compañeras la felicitaron, ofreciéndole pequeños obsequios. Tessie pasó una gran caja de bombones a todas las de su clase. De hecho, su abuela se la había mandado para ella, pero Tessie tenía empeño en compartir algo con «todas» sus amigas, ya que no podía invitarlas a todas a su fiesta.

Erica procuró permanecer lo más cerca posible de Tessie y de Winnie en el curso de aquel día, con la esperanza de averiguar algo más de la fiesta. ¡Y vio que Tessie se dirigía a la alacena donde se guardaban las estufas de petróleo y sacaba una grandota de su interior!

No se atrevió a preguntar a Tessie qué pensaba hacer con ella, temerosa de que la muchacha la mandase a paseo como de costumbre. Pero se escondió detrás de una puerta y observó a Tessie a través de la rendija.

Tessie entró en la sala de música, con la pesada estufa a cuestas. Los ojos de Erica centellearon de satisfacción. Aquello significaba que la fiesta se celebraría en aquella habitación.

«Seguramente será después de las once —se dijo la chica—. Ahora ya lo sé todo. ¡Qué bien le está a esa deslenguada de Tessie! ¡Le voy a aguar la fiesta! ¡Así aprenderá a no excluirme de sus convites!».

Pero, una vez satisfecha con la posesión del secreto, a buen seguro Erica no habría intentado nada más de no haber sido sorprendida por Winnie y Tessie en el acto de coger un bombón, de la gran caja que Tessie había hecho pasar a todas sus

compañeras. Tessie la había dejado en la clase, con intención de ofrecer uno a la señorita Lewis, la profesora de historia, y, al verla allí, Erica no pudo resistir la tentación de levantar la tapa y llevarse un bombón a la boca. ¡Al fin, y al cabo, había tantos! Lo malo fue que en aquel preciso momento Tessie y Winnie irrumpieron en el aula.

Al ver a Erica tapando precipitadamente la caja, las recién llegadas se detuvieron en seco, con expresión sorprendida. Saltaba a la vista que Erica tenía un bombón en la boca.

—Eres sencillamente detestable, Erica —masculló Tessie fríamente—. Si te apetecía otro bombón y me lo hubieses pedido, te habría dado gustosamente cuantos hubieses querido. Pero venir a hurtadillas y coger uno de este modo es una acción muy fea y reprobable. Repito: eres realmente detestable.

Ambas muchachas se alejaron sin dar tiempo a Erica a pronunciar una sola palabra. Al fin y al cabo un bombón carecía de importancia. ¿Cómo se atrevía Tessie a hablarle en aquel tono? Erica tenía las mejillas ardientes. De buena gana habría echado la caja de bombones por la ventana.

Pero no se atrevió a hacerlo. Dirigiéndose a su pupitre, se sentó en él con la cabeza gacha.

—¡Llamarme detestable! —farfulló la chica, furiosa—. ¡No puedo consentirlo! ¡Le daré su merecido! ¡Le aguaré su preciosa fiesta! ¡Esta noche velaré hasta verlas salir del dormitorio y, entonces, me las arreglaré para que las pillen a todas «*in fraganti*»!

Capítulo 5

INCIDENCIAS DE LA FIESTA

Todo estaba dispuesto para la fiesta. Tessie había ido ya a la pequeña sala de música a encender la estufa de petróleo para que sus invitadas encontrasen un ambiente acogedor.

—Por la noche nadie se acerca allí —dijo a Winnie, que temía que alguien entrase en la salita y descubriera la estufa—. ¡Verás qué caliente estará la habitación cuando estemos listas para ir!

Las dos muchachas se hallaban en un estado de gran excitación. Tessie había recibido dos pasteles de cumpleaños, con gran contento por su parte, pues ello le había permitido compartir el más grande con todas sus compañeras de grado a la hora del té y reservar el otro para la fiesta de medianoche.

Había galletas, dulces, bombones, una gran torta con pasas de Corinto, y cuatro latas de melocotones con un bote de leche condensada Nestlé para aderezarlos: Había, además, varias ristras de salchichas para freír. ¡La reunión prometía ser divertidísima!

—¡No tenemos nada para beber! —cuchicheó Winnie a Tessie en la clase de aritmética, a última hora de aquella mañana.

—¿Cómo que no? —susurró Tessie—. Tengo un poco de cerveza de jengibre.

Lo de «*cerveza de jengibre*» llegó a oídos de la señorita Jenks.

—Oye, Tessie —inquirió la profesora fríamente—. ¿Qué tiene que ver la cerveza de jengibre con nuestra lección de aritmética?

—Nada, señorita —se disculpó Tessie, sin saber qué decir—. Lo siento, señorita Jenks.

Susana, Hetty y Nora se guiñaron el ojo. ¡Ellas sí sabían a qué venía lo de la cerveza de jengibre! Erica sorprendió los guiños y sonrió para sus adentros. ¡Con qué gusto desbarataría aquella fiesta, la cerveza de jengibre y todo lo demás!

Todo estaba escondido en la sala de música, listo para la noche. Las ocho muchachas no cabían en sí de agitación. Todas ellas habían ido a echar una ojeada de las golosinas almacenadas en el armario. La profesora de música se habría quedado asombradísima si hubiese hecho lo propio, pues en lugar de los habituales montones de viejas partituras, uno o dos metrónomos, varios libros de himnos y demás, habría visto un gran pastel de cumpleaños con la inscripción «*¡Felicidades a Tessie!*», y una enorme caja de hojalata llena de otras golosinas, aparte de ocho voluminosas botellas parduscas de cerveza de jengibre.

—¿Cómo nos las arreglaremos para permanecer despiertas hasta las doce? —

preguntó Pat a Isabel y Janet realmente perpleja.

—No te preocupes, yo estaré despierta a las doce —aseguró Janet, que recientemente había concebido la idea de que podía despertarse a la hora que quisiera con sólo repetir mentalmente dicha hora media docena de veces antes de dormirse—. Diré varias veces «a las doce» antes de cerrar los ojos y me despertaré al dar la primero campanada de medianoche. ¡Veréis como sí!

—Bien, Janet, confío en que no te equivoques —murmuró Pat con expresión de duda—. He intentado poner en práctica ese sistema infinidad de veces sin resultado. Sigo durmiendo como si tal cosa.

—Es una cuestión de fuerza de voluntad —declaró Janet—. No os preocupéis. ¡Os despertaré a la hora convenida!

Total que las mellizas se acostaron tranquilamente a las nueve y media, como de costumbre, confiando en que Janet las despertaría. Ésta hizo lo propio y, repitiendo «a las doce, a las doce», se quedó dormida.

¡Pero, ay! Lo malo fue que dieron las doce y la muchacha siguió durmiendo. Sin duda su fuerza de voluntad andaba un poquito floja aquella noche. El caso fue que las tres alumnas de primer grado se habrían perdido la fiesta de no haber sido porque las de segundo mandaron a Winnie a ver qué sucedía.

Pat se despertó sobresaltada al notar que alguien le tiraba del brazo y la enfocaba con una linterna eléctrica. En el momento en que se disponía a lanzar un grito de espanto, vio que era Winnie la que empuñaba la linterna. Entonces recordó al punto la fiesta.

—¡Por amor de Dios, Pat! —cuchicheó Winnie—. ¿Es que no vais a venir?

—¡Por supuesto que sí! —susurró Pat, apartando las sábanas—. Yo despertaré a las demás.

Y tras deslizar los pies en las zapatillas y ponerse su comfortable bata de franela, fue a despertar a Isabel y Janet. A poco, las tres salieron de puntillas de la habitación y, descendiendo unos peldaños, doblaron una esquina del pasillo donde se hallaba el dormitorio de sus amigas de segundo grado, y entraron en la salita de música, procurando no hacer ruido con la puerta.

La intensidad de la luz eléctrica las obligó a parpadear. Las persianas permanecían echadas y, gracias a la estufa de petróleo, el pequeño aposento estaba calentito como una tostada recién hecha. Las otras cinco muchachas procedían a abrir latas y a disponer el pastel y las galletas sobre la mesa.

—¿Qué os ha sucedido? —preguntó Tessie, sorprendida—. Son las doce y cuarto. Nos hemos dado un hartazgo de esperar. Por fin nos hemos decidido a enviar a Winnie a enterarse.

—Ha sido culpa mía —confesó Janet, dando, contra su costumbre, evidentes muestras de sentirse avergonzada—. Prometí despertarlas... y no lo hice. ¡Caramba!

¡Qué maravilla de pastel!

Las muchachas procedieron a comerse todas las golosinas, riéndose por nada. Era realmente emocionante estar de extranjería en la salita de música, engullendo toda clase de chucherías mientras todo el mundo dormía profundamente.

—¡Oh, Susana! —se lamentó Janet, sin cesar de reírse—. ¡Me has salpicado los pies de zumo de melocotón!

—¡Pues lámetelos! —repuso Susana—. ¡Apuesto a que no puedes!

Janet era muy flexible. Al punto intentó levantar un pie a la altura de la boca para lamerse el zumo de sus desnudos dedos rosados, pero, en su intento, perdió el equilibrio y se cayó del taburete.

—¡Janet! —profirió Tessie, consternada—. ¡Te has sentado encima de las salchichas! ¡Levántate, estúpida! ¡Mis pobres salchichas! ¡Cómo han quedado! ¡Aplastadas como una pasta de fillós!

Las demás no pudieron contener la risa. Por su parte, Tessie trató de comprimir las salchichas con ánimo de devolverles su primitiva forma.

—¿Cuándo las freiremos? —inquirió Isabel, que sentía verdadera pasión por ellas.

—Al final de la fiesta —respondió Tessie—. Esto es, si Janet no las ha despachurrado ya del todo para entonces.

Las muchachas abrieron las botellas de cerveza de jengibre. Cada una de éstas emitió un chasquido bajo la presión del abridor.

—Si alguien oye esos taponazos, sospechará que ocurre algo insólito en esta sala de música —musitó Susana.

—Pero nadie «oír» nada —repuso Tessie—. Todo el mundo duerme a pierna suelta. Nuestras compañeras de dormitorio ignoran que nos hemos escapado. ¡Nadie sabe nuestro secreto!

Pero Tessie se vanagloriaba en vano, porque, por entonces, alguien se hallaba ya al otro lado de la cerrada puerta, atisbando por el ojo de la cerradura y aguzando los oídos para captar cuanto se decía. Erica estaba al cabo de la calle de cuanto sucedía. De pronto, oyó pronunciar su nombre. Envarándose como un huso, la muchacha intentó escuchar el comentario.

Era Tessie la que hablaba, al tiempo que ofrecía bombones a sus invitadas.

—¿Sabéis? —decía la anfitriona, con su clara y bien timbrada voz—. Esta tarde hemos sorprendido a esa chismosa de Erica cogiendo bombones. ¿No os parece el colmo?

—¡Siempre hace cosas por el estilo! —exclamó Pat—. No puede una fiarse de ella en absoluto.

Erica notó que se le llenaban los ojos de lágrimas. Sus compañeras solían decirle cosas desagradables en su propia cara, pero resultaba si cabe más horrible oírlas

criticarla a sus espaldas. No obstante, sus lágrimas de pesar no tardaron en convertirse en lágrimas de ira.

«*¡Primero les daré unos cuantos sustos!* —se dijo Erica, furiosamente—. *Y luego iré en busca de la señorita Jenks. ¡Es lo menos que se merecen esas desalmadas!*».

Y, llamando suavemente con los nudillos a la puerta, se precipitó, con la rapidez de un rayo, dentro de una alacena inmediata, con la esperanza de haber dado un buen susto a las chicas.

En efecto. Las muchachas tuvieron un sobresalto mayúsculo. Todas a una cesaron de hablar, mirándose con ojos desencajados. Tessie depositó la caja de bombones sobre lo mesa, con mano temblorosa.

—¿Qué ha sido eso? —susurró esta última, con voz apenas perceptible.

—Una llamada a la p-p-p-puerta —tartamudeó Winnie.

Sobrevino un silencio sepulcral. Todas contenían la respiración en espera de que se abriese la puerta. Mas ésta no se abrió.

Erica seguía escondida en la alacena. En vista de que nada sucedía, salió de su escondrijo y llamó de nuevo a la puerta, esta vez con más fuerza. Después volvió a esconderse en la alacena, gozando de lo lindo.

Las ocho muchachas reunidas en la sala de música se quedaron casi paralizadas de espanto al oír la segunda llamada.

—Debe de haber alguien ahí fuera —farfulló Tessie, blanca como el papel—. Voy a ver.

Y dirigiéndose valientemente a la puerta, la abrió de par en par. ¡No había nadie en el exterior! Tessie paseó su linterna por el pasillo. Éste se hallaba completamente desierto. Entonces, cerrando la puerta, volvió a su sitio con expresión asustada.

—No había nadie —balbuceó.

—¡Bah, tonterías! —exclamó Janet, empezando a recobrase del susto—. Las puertas no llaman solas. Sin duda se trata de alguien que ha querido gastarnos una broma.

—¡Pero, Janet! —replicó Isabel—. ¡Si nadie sabe que estamos aquí!

—¿Qué os parece si nos volviésemos a la cama sin freír las salchichas? —propuso Tessie.

Eso era demasiado para Isabel.

—¿Después de suspirar por ellas toda una noche? —protestó la chica, indignada.

—¡Cállate, estúpida! —le ordenó Pat, dándole un codazo que por poco la hizo caer de la silla—. ¿Quieres despertar a todo el colegio? ¡Fríe las salchichas, amiga Tessie! ¡Creo que eso de la puerta ha sido el viento!

En consecuencia, las salchichas fueron fritas en la sartén dispuesta encima de la estufa de petróleo. Tessie les daba vueltas con un tenedor, procurando no chillar cuando la grasa caliente saltaba y la salpicaba.

Erica salió de nuevo de la alacena, atraída por el delicioso chirrido de las salchichas en la sartén. El apetitoso olor que llegaba procedente de la salita de música tuvo la virtud de despertarle el apetito. Mientras la chica reflexionaba sobre el partido a tomar, un ruido inesperado la obligó a retroceder velozmente a la alacena. ¿Qué sería aquel rumor?

De pronto, Erica cayó en la cuenta de la cuestión. Era Mademoiselle, velando en su estudio. En ocasiones, la profesora de francés permanecía levantada hasta altas horas de la noche, leyendo y estudiando. ¡Y aquella noche estaba aún en su estudio! Erica sonrió para sí. ¡Ya sabía lo que debía hacer! ¡No se lo diría a la señorita Jenks! ¡Se las arreglaría para que la irascible Mademoiselle descubriese a las chicas por sí sola, y así ella no tendría que dar la cara para nada!

«Iré a llamar a la puerta de Mademoiselle —se dijo Erica—. Entonces volveré rápidamente al dormitorio. Mademoiselle abrirá la puerta, sorprendida, y cuando vea que no hay nadie, se dará una vuelta por el pasillo. ¡La conozco y me consta que lo hará! Excuso decir que no tardará en oler esas salchichas».

Y, conforme a sus planes, Erica recorrió quedamente el pasillo en dirección a la puerta de la pequeña habitación que Mademoiselle utilizaba como estudio, y llamó tres veces a ella con firmeza. ¡Tac, tac, tac!

—«¡Tiens!» —exclamó la voz de Mademoiselle, en el colmo de la sorpresa—. ¿Quién está ahí?

Naturalmente, nadie contestó, pues Erica se había alejado de la puerta con el sigilo de un ratón, en dirección a su dormitorio. La muchacha sospechaba que pronto habría jaleo por allí y no tenía intención de verse metida en él. Eso la indujo a desistir de volver a esconderse en la alacena.

Mademoiselle se levantó de su silla y se acercó a la puerta, desconcertada. En el pasillo no había un alma. La mujer permaneció allí un momento, preguntándose si no habría sufrido un error, cuando he aquí que de pronto, procedente de un punto no muy lejano, llegó a sus oídos una risita ahogada. Entonces advirtió que del fondo del pasillo llegaba un inconfundible olor a... ¡salchichas fritas!

Capítulo 6

MADemoISELLE HACE UN DESCUBRIMIENTO

Mademoiselle no volvía en sí de su asombro. ¿Qué significaba aquello de freír salchichas a la una menos cuarto de la noche? No era posible. Debía de estar soñando. Para comprobarlo, Mademoiselle se dio un fuerte pellizco. Pues no... no soñaba. ¡Estaba bien despierta! Todo cuanto había conseguido pellizcándose era que le saliera un cardenal al día siguiente.

«*¿Pero a quién se le habrá ocurrido freír salchichas a estas horas de la noche?* —se preguntó Mademoiselle, asombrada—. *¿Y de dónde procedía esa risa? ¡Estoy segura de que no era de ese dormitorio más próximo!*».

La profesora de francés fue a echar una ojeada, arrastrando sus viejas y cómodas pantuflas, y, al encender la luz del dormitorio donde dormían Tessie y sus compañeras, comprobó que había cinco camas vacías.

Mademoiselle llevaba una temporada de bastante mal humor. No dormía muy bien y sus alumnas debían extremar el tacto con ella en sus clases. Al presente, estaba muy fatigada por las horas pasadas estudiando y corrigiendo ejercicios, y se sentía realmente enojada con las cinco tunantas.

«*¡Eso es demasiado!* —se dijo, mientras apagaba la luz—. *¡Las muy bribonas! ¿Cómo es posible que estén despejadas a la hora de la lección velando hasta estas horas de la noche? ¡Pensar que se están preparando para los próximos exámenes! ¡Tendré que dar parte a la señorita Theobald!*».

Mademoiselle permaneció un momento inmóvil en el pasillo olfateando. Al principio, no acertaba a determinar de dónde procedía el olor a salchichas. De pronto, percibió un forcejeo y una risita. No cabía duda. ¡El olor y el ruido procedían de la sala de música!

Mademoiselle se acercó a la puerta del aposento y, abriéndola de par en par, miró el acogedor interior con mirada incendiaria.

Sobrevino un profundo silencio. Todas las muchachas se quedaron petrificadas, mirando de hito en hito la corpulenta figura de la indignada profesora de francés.

—¡Oh... Mademoiselle... Mademoiselle! —balbuceó Tessie, al fin.

—¡Sí, soy yo, Mademoiselle! —profirió la profesora, echando chispas por los ojos—. ¿Qué explicación pensáis dar para justificar vuestra conducta a estas horas de la noche?

Tessie no acertó a presentar ninguna excusa y, por último, desesperada, ofreció a Mademoiselle una salchicha ensartada en un tenedor.

—¿Le... le apetece a usted una salchicha? —inquirió completamente trastornada.

Eso fue demasiado para Mademoiselle. Tomando el temor de Tessie por descaro, arrancó la salchicha del tenedor. Por su parte la muchacha temiendo por un momento que Mademoiselle le tirase de las orejas, bajó la cabeza con un rápido ademán, en tanto la estentórea voz de la profesora vociferaba:

—¿Así tratas a tu profesora de francés? ¿Por qué se me ocurriría venir a Inglaterra a enseñar francés a esta pandilla de desagradecidas? ¡Ahora mismo os llevaré a todas a presencia de la señorita Theobald!

Se sucedieron unos instantes de profundo temor y desconcierto. ¿Cómo iban a presentarse ante la señorita Theobald a aquellas horas de la noche, en que la Directora estaría durmiendo tranquilamente? ¡No era posible!

—¡Por favor, Mademoiselle! —suplicó Janet, que estaba reaccionando por momento, con mucha más rapidez que sus compañeras—. ¡No nos obligue usted a hacer esto! Mañana por la mañana será mejor, ¿no cree usted? No nos parece bien molestar a la señorita Theobald ahora. Sentimos mucho haberla trastornado a usted... Creíamos que todo el mundo dormía.

—Sin embargo, una de vosotras llamó a la puerta de mi habitación —declaró Mademoiselle, asombrada—. Hizo así —agregó, golpeando la mesa—. ¡Tac, tac, tac!

—Ninguna de nosotras hizo tal cosa —repuso Janet cada vez más desconcertada—. También llamó alguien a nuestra puerta. ¿Quién habrá sido?

Pero a Mademoiselle todo esto no le interesaba en lo más mínimo. A medida que observaba las pálidas y asustadas caras de las ocho muchachas, su cólera fue cediendo gradualmente y, convencida de que era imposible llevarlas a todas al dormitorio de la señorita Theobald, decidió aguardar a la mañana siguiente.

—Será mejor que no molestemos a la señorita Theobald esta noche —manifestó—. Ahora, volved a acostaros todas, y, mañana por la mañana, preparaos a comparecer ante la Directora para explicar vuestra incalificable conducta.

—¿Podríamos... podríamos terminarnos las salchichas? —aventuró Isabel, anhelosamente.

Su salida tuvo la virtud de despertar de nuevo la cólera de Mademoiselle. Asiendo firmemente a Isabel por el brazo y empujándola fuera de la sala de música, la francesa espetó:

—¿Cómo te atreves a portarte así, tú, una alumna de primer grado? ¡Vamos! ¡Salid todas de aquí! ¡Mereceríais que os abofeteara! ¡Deprisa! ¡Marchaos antes de que lo haga!

Temiendo que Mademoiselle pasara de las palabras a los hechos, las chicas volvieron a sus respectivos dormitorios y se acostaron, temblando de miedo. ¡Qué espantoso final de una fiesta de medianoche!

Mademoiselle apagó la luz de la sala de música. Entonces, viendo el resplandor de la estufa de petróleo, retrocedió a apagarla también.

—¡Qué chicas! —gruñó, frunciendo sus gruesos labios—. ¡Luego dirán de las muchachas inglesas! ¡Qué modo de portarse!

De muchacha, ella no se habría atrevido a conducirse jamás con aquel desecara y desenvoltura en su colegio de Francia. Había trabajado mucho más que cualquier alumna de Santa Clara. No practicaba ningún deporte, apenas salía de paseo o de excursión, y jamás había visto el interior de un gimnasio hasta su llegada a Inglaterra. En realidad, no comprendía a las muchachas de Santa Clara, pese a llevar años allí dando lecciones de francés. Estaba dispuesta a que todas aquellas tunantas recibiesen un merecido castigo.

A la mañana siguiente, informó de lo ocurrido a la señorita Theobald antes del desayuno. Llevó incluso a la sorprendida Directora a la salita de música para mostrarle los vestigios de la fiesta. La señorita Theobald contempló las botellas de cerveza de jengibre, la sartén con las pocas salchichas cuajadas y grasosas que habían quedado en ella, y las migas de bizcocho en el suelo.

—Veré a las muchachas durante el recreo —dijo la Directora—. No debemos permitir esas expansiones, Mademoiselle, pero tenga usted en cuenta que, un día u otro, la mayoría de las colegialas organizan una fiesta de medianoche. ¡No se lo tome usted demasiado en serio!

—¡En mis tiempos, ninguna colegiala soñaba siquiera en semejantes desatinos! —repuso Mademoiselle—. ¡Aparte de que nosotras, las muchachas francesas, sabíamos lo que era trabajar!

—¿Pero sabían ustedes jugar, Mademoiselle? —inquirió la señorita Theobald, afablemente—. Usted sabe que es casi tan importante saber pasar un buen rato como saber trabajar con provecho.

En cuando se fue la señorita Theobald, Mademoiselle lanzó un resoplido. En su opinión, la Directora era demasiado indulgente con las muchachas. Al entrar en el gran comedor para desayunar, la profesora de francés echó una ojeada a la mesa compartida por las alumnas de primer y segundo grado.

No resultaba en absoluto difícil distinguir entre todas ellas a las ocho muchachas sorprendidas la noche anterior. Su palidez y fatigada expresión las traicionaban al punto. Isabel y Susana apenas pudieron probar bocado, en parte por el banquete de la noche anterior, en parte porque temían lo que podía sucederles.

Mademoiselle detuvo a las ocho muchachas cuando éstas salieron del comedor.

—Tú, Janet... y tú, Winnie... y tú, Susana y tú... Las ocho debéis presentaros a la señorita Theobald a la hora del recreo.

—Sí, Mademoiselle —asintieron las chicas.

Luego, se dirigieron con piernas temblorosas a la sala de actos para rezar las oraciones de la mañana y contestar a la señorita que pasaba lista.

—¡Qué pena que nos descubrieran! —cuchicheó Pat a Isabel, en pleno cántico del

himno—. Ahora la señorita Theobald pensará que lo de sacar el máximo de provecho de este trimestre eran habladorías nuestras. ¡Oh! ¡Dios confunda a Mademoiselle! ¡Qué mezquina ha sido! ¡Desde ahora, no pienso estudiar ni pizca de francés! ¡Qué despreciable profesora!

Aquella mañana, las ocho culpables no dieron muestras de saberse mucho la lección. Erica observó a las cinco de su grado, todas ellas haciendo esfuerzos para no bostezar, mientras hacían sus ejercicios de aritmética bajo la mirada de lince de la señorita Jenks.

Después, seguía la clase de francés. En cuanto Mademoiselle entró en el aula, Tessie puso mal gesto, comprobando que aquella mañana detestaba a la profesora de francés. ¡No pensaba esforzarse en lo más mínimo en seguir sus explicaciones!

Claro está que tampoco habría conseguido nada de «*haberse*» esforzado, pues la pobre Tessie tenía realmente la cabeza espesa aquel día. Como no había logrado dormirse hasta las cinco de la madrugada, al presente tenía tanto sueño que se le embarullaban, las ideas. De hecho, estaba medio dormida.

Mademoiselle atribuyó su actitud a una especie de desafío y la riñó por todo lo alto, dándole tal cantidad de ejercicios adicionales para hacer, que la pobre Tessie se echó casi a llorar.

—¡Pero Mademoiselle! —protestó—. ¡Usted sabe que no podré hacer tanta cosa! ¡Es imposible!

—¡Ya veremos! —amenazó Mademoiselle, con expresión ceñuda.

Y Tessie comprendió que tendría que procurar hacerlo como fuese.

Durante el recreo, las ocho muchachas se reunieron ante la puerta del despacho de la Directora. Estaban todas muy nerviosas, incluso Pat, que, por lo regular, no solía inmutarse por nada. Tessie llamó con los nudillos.

—¡Adelante! —profirió la clara voz de la señorita Theobald.

Una vez dentro, las chicas cerraron la puerta.

La señorita Theobald las miró sucesivamente, con grave expresión. Las chicas estaban realmente trastornadas, y Susana se echó a llorar. Entonces la Directora las amonestó, recalcando que era imposible aprovechar las clases después de perder la noche y que, por tanto, era preciso cumplir el reglamento. Dijo, además, otras muchas cosas, en voz baja y apacible y las muchachas la escucharon con suma atención.

—No obstante —concluyó la señorita Theobald—, tened en cuenta que, aunque habéis infringido el reglamento, que prohíbe que las alumnas salgan de su dormitorio durante la noche, vuestra travesura no reviste la gravedad de, por ejemplo, la mentira, la mezquindad o la deslealtad. Eso son cosas más serias. Ahora bien: lo que habéis hecho sería más grave si os permitieseis hacerlo a menudo. De momento, lo considero más bien una estúpida diablura. Pero también las diabluras deben ser castigadas, de modo que, en consecuencia, no podréis ir a la ciudad en el curso de dos

semanas. Eso significa que se acabaron los paseos, las compras y las visitas al salón de té o al cine.

Sobrevino un silencio. Era, en verdad, un horrible castigo. A las muchachas les encantaba su privilegio de ir de dos en dos a la ciudad y gastarse sus ahorrillos en las tiendas o en meriendas. Dos semanas se les antojaban una eternidad.

Pero ninguna se atrevió a protestar. Todas sabían que la señorita Theobald era absolutamente justa.

—Debéis comprender —prosiguió la Directora— que, si os portáis como chiquillas en lugar de como muchachas responsables, me obligaréis a trataros como a chiquillas y, por tanto, a despojaros de vuestros privilegios de mayores. Ahora, podéis retiraros. Tú, Tessie, procura que la sala de música quede limpia y ordenada antes de la hora de almorzar.

—Sí, señorita Theobald —musitó Tessie sumisamente.

Acto seguido, las ocho muchachas salieron de la estancia.

—Me alegro de que todo esté listo ya —comentó Pat, en cuanto estuvieron a prudente distancia del salón—. Además, hay otra cosa que también me ha llenado de satisfacción: que la señorita Theobald haya hecho esa distinción entre las travesuras y las mezquindades. No me gustaría que nos creyese capaces de cometer ninguna bajeza. Una broma es una broma. La nuestra fue demasiado lejos... y eso es todo.

—Sí —convino Isabel, pensativa—. Pero en todo este asunto se mezcla también una acción muy vil, Pat... Me refiero a la llamada en la puerta de Mademoiselle para ponerla sobre aviso de que sucedía algo anormal. ¡Es la bajeza más grande que he visto en mi vida! Será cuestión de averiguar quién la cometió... ¡e imponerle el debido castigo!

Capítulo 7

ERICA PASA UN MAL RATO

Erica tuvo una gran satisfacción al enterarse del castigo impuesto a las ocho muchachas, pero se abstuvo de hacer comentarios por temor a ser descubierta, pues comprendía perfectamente que las chicas debían de preguntarse quién había llamado a las puertas.

Por su parte, las muchachas se propusieron averiguar quién era la soplona y, a tal efecto, se reunieron aquel atardecer, a discutir el asunto.

—La culpable no debe quedar impune —declaró Tessie, con vehemencia—. ¡Hay que ver qué sorpresa tuve cuando Mademoiselle soltó que alguien había llamado a su puerta! Sin duda, fue la misma desalmada que llamó a la nuestra para darnos un susto y aguarnos la fiesta. Ahora siento haberos invitado. Yo he tenido la culpa de todo.

—Fuiste muy amable en invitarnos —repuso Pat—. ¡No te disculpes por eso! Nadie se habría enterado de nada de no haber sido por esa mala entraña.

—Oye, Pat —dijo Tessie de repente—. ¿No crees que, a lo mejor, fue esa boba de prima que tenéis? Ya sabes que lo va pregonando todo por ahí. Supongo que no le dijiste nada, ¿verdad?

—Ni una palabra —replicó Pat, sonrojándose—. Además, Tessie has de saber que, aunque tú, como yo, tienes en un concepto muy pobre a Alison, nuestra prima no es una chismosa. De eso puedes estar segura. Es incapaz de tenerse la lengua, pero por nada del mundo cometería la bajeza de delatarnos a Mademoiselle.

—Te creo —murmuró Tessie—. Lo malo es que no tengo idea de quién pudo ser, ni sé cómo lo averiguaremos. Todas las chicas de nuestro dormitorio parecían dormir tranquilamente cuando volvimos.

—Lo mismo digo de las del nuestro —aseguró Pat—. Es un enigma. Pero estoy dispuesta a averiguar quién fue. Tessie. Siento tal indignación con sólo pensarlo que no descansaré hasta saberlo.

Todas compartían ese sentimiento, pero resultaba imposible descubrir a la culpable, o al menos así lo parecía. Todas sus compañeras negaban haber sabido siquiera que la fiesta iba a celebrarse, aun cuando la mayoría de ellas confesaban que sospechaban algo.

Alison negó rotundamente todo conocimiento del asunto.

—Y, aunque lo hubiese sabido —repuso, con las mejillas arreboladas de enojo—, no lo habría andado diciendo por ahí. Eso deberías darlo, por sentado. Aunque vosotras dos no parecéis tenerme en mucho recientemente, cuando menos deberíais saber eso.

—Lo sabemos —se apresuró a rectificar Pat—. Pero «es» muy raro, Alison, que, pese a que nadie parece saber nada de la fiesta alguien supiese lo suficiente para asustarnos, y poner sobre aviso a Mademoiselle.

Más he aquí que la verdad se puso de manifiesto por pura casualidad. Gladys, la pequeña sirvienta, subió arriba a buscar la sartén prestada a Tessie, pues, como no se la habían devuelto, temía que la cocinera la echase en falta y pudiera reñirla.

Gladys no encontró a Tessie, pero se cruzó con Pat en la escalera.

—¡Oh, señorita Patricia! —exclamó—. ¿Podría usted devolverme la sartén que presté a la señorita Tessie para la fiesta? No encuentro a la señorita por ninguna parte. Podría habérselo preguntado a la señorita Erica, pero ha desaparecido antes de que pudiera interpellarla.

—La señorita Erica no sabe nada de la sartén —repuso Pat—. Ella no fue a la fiesta.

—¡Sí, señorita Patricia! —aseguró la criadita—. ¡Ya lo creo que lo sabe! La encontré el día que subí la sartén arriba, me apartó el delantal y, al ver la sartén, dijo en ese tono altivo tan peculiar suyo: «¡Vaya! ¿Es para la fiesta de la señorita Tessie?».

Pat se quedó boquiabierta. Acaso se trataba de una simple deducción por parte de Erica, pero el caso era que ésta había visto la sartén. En consecuencia, Pat resolvió observar a la chismosa Erica, atar cabos, y averiguar bien pronto todo lo sucedido.

—Yo dije a la señorita Erica —prosiguió Gladys, gozando de lo lindo de aquella conversación con Pat—: «*Bien, señorita, si sabe usted para qué es la sartén, ¿por qué me lo pregunta?*». Por cierto, señorita Patricia, que me he enterado de que la fiesta ha tenido malas consecuencias para ustedes. ¡Cuánto lo siento!

—Voy a por la sartén —murmuró Pat, dirigiéndose a la sala de música.

La sartén se hallaba encima del piano, perfectamente limpia y majestuosa.

Gladys se la llevó abajo, con una sensación de alivio. Tenía tanto miedo de la cocinera como las colegialas de la señorita Theobald.

Pat fue en busca de Isabel para ponerla en antecedentes de lo que Gladys acababa de contarle.

—Salta a la vista que la culpable fue Erica —concluyó Pat, furiosamente—. No me sorprende en lo más mínimo, ¿y a ti? Todo el mundo sabe que es una chismosa. ¡El peor defecto que puede tener una persona! ¿Qué dirá Tessie?

Tessie dijo muchas cosas. Su enojo e indignación no tuvieron límites. ¡Pensar que una muchacha que había compartido sus bombones y su pastel de cumpleaños podía haberle jugado aquella mala pasada!

—Lo mejor será que la tomemos por nuestra cuenta hoy mismo, después del té —propuso Tessie—. Tú ven a la sala común, Pat, y la interpellaremos. Yo me encargaré de avisar a las demás.

—Pero la sala estará llena —objetó Pat, intranquila—. ¿Crees que estará bien que lo oigan las demás?

—¿Y por qué no? —masculló Tessie, coléricamente—. Una soplona merece ser acusada en público. Además, no podemos ir a ninguna otra parte.

En resumidas cuentas, que aquel día, después del té, Erica fue requerida por Pat. La muchacha estaba sentada en un rincón, escribiendo una carta a su familia.

—Ven aquí, Erica —instó Pat, con voz glacial—. Queremos hablar contigo.

Erica palideció. ¿Habrían descubierto las muchachas su fechoría?

—Estoy ocupada —se excusó, enfurruñada—. Tengo que terminar esta carta.

Y siguió escribiendo. Entonces, Pat, perdiendo los estribos, le arrebató la carta al tiempo que vociferaba:

—¡Te digo que vengas! ¿Quieres que Isabel y yo te llevemos a rastras?

Erica comprendió que no tenía más remedio que ir al rincón de la sala común donde la aguardaban las otras seis muchachas.

Así, pues, obedeció, dispuesta a negarlo todo. Tenía el rostro pálido y la expresión huraña.

—Oye, Erica —empezó Pat—. Sabemos que fuiste tú la que llamó a la puerta de la sala de música la otra noche y también la que nos delató a Mademoiselle para que nos castigasen. ¡Eres una despreciable soplona y mereces un buen escarmiento!

—No sé de qué me estáis hablando —repuso Erica, con voz temblorosa, sin atreverse a sostener la mirada de aquellos ocho pares de ojos acusadores.

—Sí lo sabes —replicó Tessie—. Es inútil que finjas. Pat lo ha averiguado todo de arriba abajo. Nos consta que encontraste a Gladys por la escalera cuando la chica subía arriba una cosa para nosotras.

—Yo no sé nada de la sartén —protestó Erica.

—¿Cómo sabes que lo que nos subía Gladys era una sartén? —saltó Pat con la rapidez de un rayo—. ¿Ves como estás enterada? ¡Te has descubierto tú misma!

Las otras chicas reunidas en la sala común se agolparon alrededor del grupo, con curiosidad. Alison acudió también, con sus grandes ojos azules saliendosele materialmente de las órbitas.

—¿Conque fue Erica la que os delató? —exclamó esta última—. ¡Debí habérmelo figurado! Constantemente me atosigaba para que os arrancase el secreto a ti, Pat, y a Isabel.

—Bien, Alison —barbotó Pat, con expresión ceñuda—. Más te vale haber tenido, una vez, el sentido común de callarte. En cuanto a ti, Erica, eres una detestable chismosa, pero, al menos, podrías haber tenido la sinceridad de confesarlo.

—Os repito que no sé nada —insistió Erica, obstinadamente—. Es inútil que me acoséis de este modo. ¡No sé una palabra del asunto!

—¡Vamos, Erica, confiesa! —exclamaron media docena de voces pertenecientes a

alumnas de segundo grado, apiñadas en torno al grupo con creciente curiosidad.

Pero Erica no dio su brazo a torcer, incapaz de comprender que, de haber confesado francamente su culpa y expresado su arrepentimiento, las demás la habrían respetado por ello.

Todo cuanto consiguió negando fue despertar su ira.

—Está bien —profirió Pat—. No confieses. Pero así tendrás dos castigos en lugar de uno. Ya lo sabes. Serás castigada por no confesar.

—Ni más ni menos —corroboró Tessie—. Y el castigo por chismosa consistirá en que, al igual que nosotras, no podrás ir a la ciudad en dos semanas, ¿te enteras?

—Iré —replicó Erica.

—No, no irás —repitió Tessie—. Soy la jefa del segundo grado y, como tal, prohíbo a todo el mundo que vaya contigo. Y tú sabes perfectamente que, según el reglamento, no puedes ir sola. ¡Conque no hay más que hablar!

Erica comprendió que estaba perdida. Ninguna muchacha se atrevía a ir sola a la ciudad, por estar terminantemente prohibido. La chica se ruborizó y no dijo nada.

—En cuanto al castigo por no confesar tu culpa honradamente, lo remitimos al primero y segundo grado —intervino Pat, mirando a sus compañeras con ojos centelleantes—. Estoy segura, Erica, de que ninguna de nosotras querrá dirigirte la palabra, ni tener más tratos contigo que los indispensables. ¡Ése es el castigo que espera siempre a un comportamiento como el tuyo!

—No pensamos hablar con ella —murmuraron varias muchachas.

Todas se sentían realmente enojadas con aquella miserable Erica. ¡Lo pasaría muy mal! Resulta en extremo duro ver miradas de desprecio y antipatía por doquier y sentirse postergada por los demás, sin el privilegio de sus palabras.

Erica volvió a su rincón, pero no pudo dominar el temblor de su mano mientras intentaba concluir su carta. Se sentía a un tiempo avergonzada y enojada... sobre todo con Pat.

«¿Conque fue ella la que lo averiguó y se lo contó a las demás? —pensó Erica—. ¡Está bien, Pat! ¡Te daré tu merecido! ¡Y también a la boba de tu gemela!»

Capítulo 8

MARGERY TIENE UNA OPORTUNIDAD

En realidad, las alumnas de primer grado no solían ver mucho a Erica, pues ésta no compartía sus clases. Pero, si la encontraban por un pasillo, o bien en el aula de pintura o en el gimnasio, miraban hacia otra parte. Por la noche, en la sala común, Erica lo pasaba particularmente mal. Ninguna de las muchachas de segundo grado quería tratos con ella.

Las chicas hacían comentarios en voz alta acerca de los chismosos y los cobardes, con ánimo de que la interesada los oyese. La única persona que se dignaba dirigirle la palabra era la desabrida Margery Fentworthy. Al igual que sus compañeras, Erica no simpatizaba con Margery pero se sentía tan agradecida de que alguien le hablase, aunque fuera la huraña alumna de primer grado, que casi empezó a sentir simpatía por la muchacha.

—Me sorprende que hables a Erica, Margery —reconvino Pat, cuando oyó que ésta pedía prestadas a Erica sus pinturas.

—Métete en tus asuntos —repuso Margery, con su brusquedad habitual—. Ninguna de vosotras os mostráis cordiales conmigo, y sé lo que es soportar las groserías de la gente.

—¡Pero, Margery, tú tienes la culpa! —protestó Pat, con asombro—. ¡Eres tan brusca y adusta! Nunca sonrías ni bromeas.

—Tampoco vosotras «me» sonreís ni os dignáis bromear «conmigo» —replicó Margery—. No me dais una oportunidad.

—¡Oh, Margery, qué mentira! —profirió Pat—. ¡Eres tú la que jamás nos has dado una oportunidad de ser corteses contigo! ¡Siempre estás enfurruñada y malhumorada!

—Si lo que te propones es sacar a relucir mis defectos puedes ahorrarte ese trabajo —gruñó Margery, encolerizada—. Me importáis todas un bledo. Y sí quiero hablar a esa infeliz de Erica, lo haré. ¡Me tienen sin cuidado las opiniones de una pandilla de bobas y un atajo de profesoras cargadas de pretensiones!

Pat se quedó estupefacta. ¡Qué chica más rara era aquella Margery! ¿De veras deseaba tener una oportunidad de trabar amistad con las demás? ¿Era posible que fuese tan tímida? ¿Qué se ocultaba tras aquel extraño carácter suyo?

Pat comentó la cuestión con su hermana gemela.

—Margery se está creando siempre enemigas. Hoy he hablado con ella del asunto, y nos ha acusado de no haberle dado nunca una oportunidad. ¿Crees que deberíamos hacer algo para remediarlo?

—Pregúntaselo a Lucy —propuso Isabel, al ver que Lucy se acercaba a ella para mostrarles su última creación pictórica—. ¡Oh, Lucy! ¡Qué dibujo más maravilloso! ¡Es la viva imagen de Mademoiselle!

Lucy tenía una habilidad especial para el retrato. Con cuatro trazos era capaz de dibujar la cara de cualquier muchacha o profesora con tal semejanza, que todo el mundo adivinaba al punto de quién se trataba. El dibujo que mostraba ahora era excelente.

—Es la reproducción exacta de Mademoiselle cuando dice: Ah, Dorrriis, eres «*insupportable*» —elogió Pat—. Oye, Lucy: estábamos hablando de Margery.

—Voy a dibujarla —decidió Lucy.

Y, tomando asiento, diseñó el agraciado rostro de Margery, con su expresión adusta habitual; a continuación, con cuatro trazos, dibujó a otra Margery, risueña y sonriente, que constituía un regalo para la vista.

—¡Antes de estudiar un curso en Santa Clara... y después! —exclamó Lucy, riendo.

—¡Caramba, qué ingenioso! —ensalzó Isabel—. ¡Es una lástima que Margery no tenga siempre el aspecto que presenta en ese segundo dibujo! Ahora, atiende, Lucy. Esta mañana Margery dijo a Pat que nunca le hemos dado una oportunidad de ser cordial.

—Se equivoca —repuso Lucy, empezando a dibujar otra vez—. ¡La que nunca nos ha dado una oportunidad es ella!

—Lo mismo dije yo —dijo Pat ávidamente—. ¡Oh, Lucy! ¿Ésta es Erica? ¡Cielos! ¡Qué desdichada parece!

—Y lo es —afirmó Lucy—. En cierto modo, me alegraré cuando podamos volver a hablarle. Detesto ser grosera con nadie, aunque se lo merezca. Es algo que me hace sentir despreciable a mí misma.

—Oye, Lucy —inquirió Pat—, ¿opinas que deberíamos dar una oportunidad a Margery, a pesar de su mal carácter? ¿Sabes? Isabel y yo éramos sencillamente horribles el trimestre anterior y no obstante todo el mundo se portó divinamente con nosotras. Por eso nos parece justo hacer lo propio con una alumna nueva que también tiene lo suyo.

—Contad conmigo —decidió Lucy, apartando sus oscuros bucles de su lindo y afable rostro—. Mí padre suele decir: «*Dad siempre una oportunidad a los que se creen despreciados*». Y el caso es que, por una razón u otra, Margery parece contarse entre ellos, convencida de que todo el mundo está contra ella. Sabe Dios por qué le ha dado esa idea, pero lo cierto es que la tiene.

—De acuerdo, si queréis, haré lo imposible por mostrarme amable.

—Pensamos decírselo también a las demás —declaró Pat. La idea fue expuesta a las alumnas de primer grado, y aunque la mayoría de ellas la consideraron estúpida,

pues, de hecho, detestaban a Margery, todas accedieron a secundar a Lucy y o las mellizas. Incluso Alison se prestó a hacerlo, pese a haber sido especialmente víctima de la brusquedad de Margery. Ésta tenía a Alison por una cabeza de chorlito y así se lo había manifestado infinidad de veces.

Total que con lo de hacer el vacío a Erica por una parte, e intentar extremar la amabilidad con Margery por otra, reinaba gran excitación entre las chicas. La primera vez que Margery dio muestras de complacencia fue durante una clase de gimnasia de las alumnas de primer grado. Margery descollaba en el salto, la ascensión y toda clase de ejercicios. Aquel día, cuando la muchacha dio un salto de superior calidad en el gimnasio, todas sus compañeras aplaudieron.

Margery echó una rápida mirada circular, con expresión sorprendida. Luego, esbozando una sonrisa, se volvió a su sitio. La profesora le dedicó, asimismo, unas breves palabras de alabanza. Margery procuró no dar muestras de excesiva satisfacción, pero, contra su voluntad, se sonrojó de complacencia.

Después, Pat le dirigió la palabra, haciendo el siguiente comentario:

—Eres una excelente gimnasta, Margery. Daría cualquier cosa por saber trepar y saltar como tú.

—Me gusta mucho el ejercicio físico —declaró Margery, en tono muy cortés—. Adoro los deportes. ¡Ojalá nos dedicásemos a practicarlos tres veces más de lo que lo hacemos! También me gustaría que practicásemos más la equitación. En ese aspecto, echo mucho de menos mi antiguo colegio.

—¿A qué colegio ibas antes de venir aquí? —inquirió Isabel, satisfecha de comprobar que Margery era capaz de hablar con toda normalidad.

Pero, por un motivo u otro, Margery no quiso decir nada más y, adoptando de nuevo su expresión enfurruñada, dio media vuelta y se alejó, ante la desilusión de las mellizas.

Con todo, consciente de que todas sus compañeras se esforzaban en darle una oportunidad, Margery correspondió en muchos sentidos. No contestaba con tanta brusquedad y, de cuando en cuando, ofrecía su ayuda a alguna compañera en apuros. Se brindó incluso a enseñar a la tontaina de Alison a alcanzar la pelota en el juego de «lacrosse», porque comprendió que las mellizas se sentían realmente avergonzadas de la torpeza de su prima en los deportes.

Pero Alison rehusó el ofrecimiento.

—¿Por qué todo el mundo se empeña en atosigarme para que aprenda a alcanzar la pelota? —gruñó la chica—. Detesto el «lacrosse». Detesto todos los deportes. Detesto tener que correr a través de un sucio campo y quedarme sudorosa y sin aliento. ¡Estamos todas horrorosas cuando terminamos de jugar!

—¡Pero, Alison! —espetó Janet—. ¿Es que no puedes olvidarte alguna vez de tu aspecto personal? Eres más presumida que un pavo real. ¡Te deseo que mañana te

salgan una porción de granos!

—¡No seas mezquina! —protestó Alison, con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Por lo que más quieras, muchacha! —refunfuñó Janet—. ¡Cesa ya de portarte como un bebé! ¡Ten en cuenta que eres ya una chica mayor! ¡Tus primas eran también bastante bobas cuando ingresaron en el colegio el curso pasado, pero, por lo menos, no tenían una esponja en el cogote como tú!

—¡Y que lo digas! —intervino Pat, con vehemencia, dispuesta a atacar a Janet, que aquel día se mostraba excesivamente mordaz.

Pero Janet se tranquilizó con una cariñosa palmada. Simpatizaba sinceramente con las mellizas y nunca quería discutir con ellas.

Aun cuando Margery mostraba mucha más cordialidad con las muchachas, seguía extremando su brusquedad con las profesoras. No se esforzaba en absoluto en aprenderse las lecciones... y lo más curioso era que todas las profesoras semejaban tener infinita paciencia con aquella adusta muchacha.

—¡Cáspita! —solía exclamar Pat un mínimo de media docena de veces por semana—. ¡Si cualquiera de nosotras se mostrase tan brusca con la señorita Roberts como Margery, en seguida nos pararían los pies! No lo comprendo. Además, ¿visteis el ejercicio que entregó Margery a la señorita Lewis? Sólo llenó media página, con una letra espantosa.

—¿Y qué me decís de sus conocimientos de aritmética? —comentó Hilary—. A decir verdad, no creo que haya acertado ni una sola suma esta mañana. Y lo más raro, es que la señorita Roberts no ha despegado los labios.

—Margery nunca ha querido decirnos su edad —observó Pat—. ¡Creo que tiene dieciséis años! Y la mayoría de nosotras, las alumnas de primer grado, tenemos catorce o, todo lo más, quince.

—Eso no importa —repuso Lucy—. Me figuro que ella no tiene la culpa de ser zote. El caso es que es un as en los deportes y, cuando juguemos ese partido contra las muchachas de Oakdene la semana próxima, apuesto a que nos sentiremos orgullosas de Margery. ¿Sabéis que la han incorporado a nuestro equipo?

—¿De veras? —exclamó Pat—. ¡Caracoles! ¡Ojalá me hubiesen incorporado a mí también. No he visto la lista!

—Pues no figuras en ella, muchacha —manifestó Janet—. La he leído y Margery es la única alumna de primer grado que aparece en ella. ¡Y sólo hay dos de segundo! Las demás son todas de tercero. Por lo tanto, es un honor para Margery haber sido elegida. Claro está que lo merece; es una deportista excelente, fuerte y ágil como la que más.

—Si tiene dieciséis años, como decís, es natural que sea ágil y fuerte —comentó Alison, maliciosamente.

—Cierra el pico —ordenó Pat—. No sabemos a ciencia cierta si tiene dieciséis

años. ¡Conque, ahora, «no» vayas pregonándolo por ahí!

—Yo no pregono las cosas —empezó Alison, con voz patética y mirada ofendida.

Pero, en vista de que media docena de chicas exasperadas se las emprendían contra ella, arrojándole cojines por la cabeza, Alison optó por callarse. Nadie podía soportarla cuando se ponía «*pamplinera*», al decir de Janet.

Cuando las dos semanas de castigo tocaban a su fin y las ocho muchachas se disponían a gozar de nuevo de sus salidas a la ciudad, se armó la de San Quintín. Todo giró en torno a la persona de Margery que, en diez minutos, dio al traste con la paciente cordialidad que había empezado a germinar a su alrededor.

La cosa sucedió en la clase de historia y lo echó todo a perder en un momento. Las muchachas se quedaron horrorizadas y, en lo sucesivo, aludieron al hecho con el sobrenombre de «*La de San Quintín*».

Capítulo 9

LA DE SAN QUINTÍN

La señorita Lewis procedía a dar la lección de historia correspondiente al descubrimiento y la conquista de América. Como de costumbre, la clase entera prestaba a la profesora la máxima atención, sabedora de que, si había algo con lo cual la señorita Lewis no transigía, era precisamente con la desatención.

Incluso Margery solía atender más a la señorita Lewis que a las demás profesoras, en parte porque le interesaba la historia, y en parte porque temía un poco a la señorita Lewis, su severa mirada.

Pero aquella mañana algo parecía haber sucedido a Margery. Sus compañeras lo habían advertido ya a la hora del desayuno. Junto al plato de la muchacha había una carta que Margery no abrió hasta que estuvo sola. A partir de entonces, la chica se sumió en su murria y apatía habituales, aunque, claro está, nadie lo achacó a la carta.

Margery estuvo indiferente y desatenta en la clase de aritmética, pero, como de costumbre, la señorita Roberts extremó la paciencia con ella. En la clase de francés, Mademoiselle, tras dirigirle una sagaz mirada, la dejó rumiar a sus anchas, sin volver a prestarle atención.

La chica se animó un poco en la clase de historia, pero se abstuvo de tomar parte en la discusión que a veces permitía la señorita Lewis al principio de la lección.

Entonces, Hilary tuvo una buena idea.

—¡Señorita Lewis! —exclamó la muchacha—. En el Teatro Real de la ciudad vecina están representando una obra llamada «*Drake*». ¿Pertenece al mismo período de la historia que estamos estudiando?

—En efecto —respondió la señorita Lewis—. Es una obra preciosa.

—¡Oh, señorita Lewis! —exclamó Hilary, que adoraba el teatro—. ¿Cree usted que podría llevarnos a verla?

—¡Oh, sí, señorita Lewis! —corearon las demás alumnas, ávidamente—. ¡Sería maravillosa una salida a la ciudad!

—¡Silencio! —ordenó la señorita Lewis dando una palmada en la mesa—. Recordad que tenéis otras clases. ¿Qué días representan la obra, Hilary?

Hilary consultó el programa que tenía en su pupitre y, dando al fin con lo que buscaba, declaró:

—Esta semana, hay una representación extraordinaria el sábado por la tarde. ¡Oh, señorita Lewis! ¡Llévenos! ¡Me gustaría tanto verla!

—Es mi fin de semana libre —repuso la señorita Lewis, apenada—. Me he comprometido a hacer una excursión con la señorita Walker. Lo tenemos todo

planeado.

Cada profesora tenía un fin de semana libre durante el trimestre y, naturalmente, todas lo esperaban con ilusión. Las alumnas, sabedoras del valor que concedía el profesorado a aquellos fines de semana, miraron a la señorita Lewis, desilusionadas. ¡Qué lástima! ¡Precisamente el sábado que daban la función! ¡Habría sido tan divertido ir a verla con la profesora!

—¡Paciencia! —exclamó Pat—. ¡Por lo visto no tenía que ser así! No importa, señorita Lewis. No hay otra solución.

—Pues... no sé —murmuró la señorita Lewis, pausadamente—. Tal vez sí la haya. Habéis trabajado mucho este trimestre y, en recompensa, es posible que renuncie a la fiesta del sábado para llevaros, y vaya a casa el domingo por la mañana a pasar un solo día en ella en lugar de los dos que me proponía. Supongo que la señorita Walker encontrará otra persona para ir de excursión.

—¡Por nada del mundo permitiríamos semejante cosa! —saltó Janet—. No somos tan egoístonas como eso, señorita Lewis.

La profesora se echó a reír. Le gustaba la franqueza de las alumnas de primer grado.

—Ya lo arreglaré —prometió—. Hablaré a la señorita Theobald, y toda la clase podrá venirse conmigo en el autocar de la escuela. Reservaremos localidades en el Teatro Real y, después de pasar un buen rato presenciando la función merendaremos opíparamente.

Las palabras de la profesora fueron acogidas con profusión de suspiros y exclamaciones de alborozo. Todas miraron a la señorita Lewis con expresión radiante de alegría. ¡Qué inesperada invitación! Hasta Margery Fentworthy semejaba complacida.

—¡Qué buena es usted, señorita Lewis! —ensalzó Janet—. ¡Muchísimas gracias! ¿Está usted segura de que no le importa llevarnos, sacrificando con ello su esperado fin de semana?

—¡Ya lo creo que me importa! —profirió la señorita Lewis, con ojos centelleantes—. ¿Suponéis que me seduce la idea de cargar con veinte bulliciosas alumnas de primer grado sin sombra de buena educación?

Todas se echaron a reír. Pese a ser un poco severa en ocasiones, no cabía duda de que la señorita Lewis era una buena persona.

—Ahora, atended —instó la profesora—. Espero que todos trabajaréis de firme para demostrarme que de veras apreciáis la invitación. ¡Es cuestión de apretar este trimestre!

—¡Pierda usted cuidado! —asintieron las muchachas, dispuestas a consagrarse a la asignatura de la señorita Lewis con más aplicación que antes.

A los diez minutos, se armó la de San Quintín. Todas tenían el libro de historia

abierto, siguiendo las explicaciones de la señorita Lewis sobre el mapa. Todas... excepto Margery. También ésta tenía el libro abierto, pero, entre sus páginas, la muchacha había deslizado la carta recibida aquella mañana, y procedía a releerla, con expresión ceñuda.

La señorita Lewis le dirigió la palabra sin obtener respuesta. Margery estaba tan ensimismada en sus pensamientos que ni siquiera la oyó. La señorita Lewis repitió la pregunta, severamente.

—¡Margery! ¡Estás completamente distraída! ¿Qué tienes ahí en tu libro?

—Nada —contestó Margery con un sobresalto, tratando de esconder la carta comprometedora.

—Tráeme esa carta —ordenó la señorita Lewis, enojada.

—Es mía —replicó Margery con expresión hosca.

—Ya lo sé —masculló la señorita Lewis con irritación—. Te la guardaré hasta mediodía. Así no tendrás tentaciones de leerla en ninguna otra clase. No consentiré que vuelvas a repetir semejante acción en «mi» clase. Vamos, tráeme esa carta.

—¿Para qué, para leerla? —soltó Margery, encolerizada—. ¡No permitiré que nadie lea mis cartas personales!

—¿Qué estás diciendo, Margery? —repuso la señorita Lewis, fríamente—. ¿Te figuras que yo leería esa carta? Sabes perfectamente que no haría tal cosa. Pero, ahora, te la retendré todo el día. Me traerás esa carta y vendrás a por ella esta noche. Además, tendrás que presentar tus excusas por tu comportamiento.

—No haré nada de eso —repuso Margery groseramente.

Todas sus compañeras la miraron horrorizadas.

—Cállate, Margery —murmuró Pat, que ocupaba el pupitre inmediato—. ¿Cómo te atreves a hablar así a la señorita Lewis?

—¡«Tú» eres la que debes callarte! —espetó Margery, volviéndose a mirarla con expresión iracunda—. No consentiré que nadie se meta en mis asuntos, ¡ni la propia señorita Theobald! En cuanto a la señorita Lewis con sus ojos de lince y su manía de meter la nariz en mis asuntos particulares, ¡puede estar segura que no me sonsacará nada!

—¡Margery! —exclamaron media docena de voces consternadas.

Nadie daba crédito a sus oídos. Margery estaba colorada como un tomate, con los ojos centelleantes de ira. Presa de verdadera cólera, no le importaba en lo más mínimo lo que decía.

La señorita Lewis se puso muy enfadada. Estaba blanca como un papel, con la nariz súbitamente afilada, como solía ocurrirle cuando se enojaba. Pero aquella mañana, se sentía algo más que enojada. Poniéndose en pie, ordenó con voz fría y serena:

—Sal de esta clase, Margery. Tendré que considerar la posibilidad de volver a

admitirte en mis clases de historia.

—¡Está bien! —farfulló Margery—. ¡Saldré de clase! ¡De buena gana saldría también de este colegio! ¡Yo no quería venir! ¡Sabía lo que sucedería! ¡Las detesto a todas ustedes!

Y la encolerizada muchacha salió del aula, con la cabeza muy erguida. Pero, en cuanto estuvo fuera, se echó a llorar amargamente, apoyando la cabeza en la pared. Se sentía disgustada y trastornada.

La señorita Theobald acertó a pasar por allí en el preciso momento en que Margery se enjugaba las lágrimas, sin saber adonde ir. La Directora miró a la muchacha en silencio.

—Ven conmigo, querida —instó la señorita Theobald—. Parece ser que te ha ocurrido algo, ¿verdad? Debes contármelo todo.

—Es inútil —balbuceó Margery—. Me expulsarán del colegio. Pero no me importa, No me importa en lo más mínimo.

—Eso no es cierto —replicó la señorita Theobald—. Te importa muchísimo. Vamos, Margery, ven conmigo, haz el favor. No podemos quedarnos aquí. Dentro de un momento, saldrán las muchachas de las aulas y llenarán los pasillos.

Margery contempló el grave y apacible rostro de la señorita Theobald. Ésta miró a su vez a Margery con expresión profunda y compasiva. Con un sollozo, la airada muchacha siguió a la Directora.

Entretanto, en la clase de historia reinaba una tremenda algarabía.

—¡Qué insolente! ¿Cómo se ha atrevido a portarse así?

—¡Después de oír decir a la señorita Lewis que renunciaría a su fin de semana por nosotras!

—¡Es perder el tiempo tratar de ser amable con una criatura como ésa! ¡No pienso volver a dirigirle la palabra jamás!

—¡Merece ser expulsada del colegio! ¡No me sorprendería que lo fuera!

—¡Señorita Lewis! ¡Le pedimos todas disculpas por lo de Margery!

—¡Ea, muchachas, tranquilizaos, por favor! —instó la señorita Lewis, poniéndose las gafas para mirarlas—. No hay necesidad de armar este jaleo. Sólo nos quedan cinco minutos de clase. Haced el favor de buscar la página cincuenta y seis. No quiero volver a oír ni una palabra más de Margery.

En consecuencia, las chicas no comentaron más el incidente en clase, pero, una vez fuera del aula, se despacharon a su gusto. ¡Qué indignadas estaban con Margery! También las alumnas de segundo grado se quedaron pasmadas y estupefactas de que alguien se hubiese atrevido a portarse de aquel modo con la señorita Lewis.

—¡Me gustaría haberlo visto! —declaró Tessie, que gozaba siempre presenciando una trifulca mientras, no la atañese a ella directamente—. ¡Cáscaras! ¡Qué furiosa se habrá puesto la señorita Lewis!

—¿Dónde está Margery ahora? —inquirió Pat.

Nadie lo sabía. La muchacha no dio señales de vida en toda la mañana ni la tarde, pero, después de la merienda, entró en la sala común, muy pálida, con expresión retadora, pues adivinaba la hostilidad de sus compañeras.

—¡Ahí viene esa deslenguada! —soltó Janet—. ¡Supongo que estás avergonzada de ti misma, Margery!

Pero Margery se negó a pronunciar una palabra. En lugar de ello, se sentó en un rincón a leer, o a simular que leía, sin contestar a nada de lo que le decían. Las muchachas le hicieron pasar un mal rato. Se olvidaron incluso de Erica. De hecho, después del horrible comportamiento de Margery, Erica resultaba casi inofensiva.

—Me pregunto si Margery obtendrá permiso de asistir a la clase de historia mañana —profirió Janet—. ¡Apuesto a que la señorita Lewis no se lo permitirá!

Pero les aguardaba una sorpresa, ya que, al día siguiente, cuando acudió la señorita Lewis a darles la lección de historia, Margery se hallaba presente también.

—Buenos días, muchachas —dijo la profesora al entrar en el aula—. Oye, Margery, ¿quieres ir un momento a hablar con Mademoiselle? Está en su estudio y desea decirte algo. En cuanto estés lista, vuelve acá.

Margery salió de la clase con expresión sorprendida. Entonces, la señorita Lewis, volviéndose a las muchachas, manifestó:

—Quiero hacer constar que Margery se ha disculpado por su mal comportamiento. Ayer sostuvo una conversación con la señorita Theobald, que la encontró ahí fuera, en el pasillo, y, a última hora de la tarde vino a pedirme perdón. Yo he aceptado sus disculpas y he vuelto a admitirla en mi clase. Espero que jamás volverá a suceder nada parecido y desearía que todas vosotras olvidaseis el incidente cuanto antes.

—Pero, señorita Lewis —repuso Janet, indignada—, ¿no va a ser castigada la culpable?

—Tal vez lo ha sido ya —murmuró la señorita Lewis poniéndose las gafas—. Creo que lo mejor que podemos hacer es dejar el asunto en manos de la Directora, ¿no os parece? Ahora ni una palabra más sobre el caso. Buscad la página cincuenta y seis.

Mientras las alumnas procedían a buscarla, regresó Margery. Mademoiselle la había requerido para una pequeñez, y la muchacha tuvo el presentimiento de que todo había sido un pretexto para alejarla de clase unos minutos y dar tiempo a la señorita Lewis a comentar su caso con las muchachas. Margery se dirigió a su pupitre, con las mejillas encendidas. Estuvo tan atenta a la lección, que la señorita Lewis no tuvo nada que objetar contra ella aquella mañana.

Pero, en el recreo, las chicas volvieron a prodigar mil comentarios a propósito de Margery.

—¡Qué lo olvidemos cuanto antes! —resopló Janet—. ¿Cómo es posible que la señorita Lewis nos haya dado ese consejo? ¡Opino que Margery debería haber sido expulsada del colegio! ¡Pensar que nos esforzamos tanto en ser amables con ella! ¡Ayudar a una chica así es echar agua al mar!

De resultas de eso, Margery volvió a verse sola y olvidada. Todas se abstenían de dirigirle la palabra, y hasta de mirarla.

—¡Es una pena que juegue en el partido! —se lamentó Pat—. ¡De todos modos, no pienso aplaudir aunque marque un gol!

Capítulo 10

UN PARTIDO EMOCIONANTE

Los días transcurrieron raudamente. Las alumnas de primer grado asistieron a la representación teatral y lo pasaron divinamente. Por si fuera poco, luego saborearon una deliciosa merienda. ¡No cabía duda de que la señorita Lewis sabía hacer las cosas bien!

—¡Bollos con mermelada, torta con pasas, merengues, pasteles rellenos de chocolate! —explicó Janet, describiendo el convite a las envidiosas alumnas de segundo grado, de regreso de la merendona—. ¡Un «verdadero» festín! ¡No sé dónde he disfrutado más, si en el teatro o en el salón de té! ¡Todo ha sido maravilloso!

—¿Ha ido Margery también? —preguntó Tessie, curiosamente.

Todas estaban enteradas de la trifulca, incluso las alumnas del grado superior.

—Sí —asintió Pat—. Aunque yo, en su lugar, no hubiese tenido el tupé de ir. No ha abierto la boca en toda la tarde, pero ha dado las gracias a la señorita Lewis por llevarla. Personalmente opino que la señorita Lewis ha sido demasiado buena con ella.

—Lo mismo creo yo —convino Tessie—. Ayer oí decir a Belinda que si Margery no fuese tan buena jugadora de «lacrosse», la excluiría del equipo. Belinda aprecia mucho a la señorita Lewis y se puso furiosa al saber que Margery le había faltado al respeto.

—¡En fin! —suspiró Tessie—. ¡Qué la única cualidad de Margery es su destreza deportiva! Lo malo es que sea tan impetuosa. Confío en que Belinda le dará instrucciones antes del partido. Porque si la chica se las emprende con el equipo de Oakdene con demasiado ímpetu, la expulsarán del campo. Y entonces nuestro equipo quedaría en posición de inferioridad.

Belinda hizo, efectivamente, unas advertencias a Margery. El partido se celebraría en el campo del colegio y, si el tiempo, lo permitía, acudiría a presenciar la escuela en peso. Los equipos de Oakdene y Santa Clara estaban muy igualados. Estaban, pues, empatados.

Por consiguiente, el partido en perspectiva prometía ser muy emocionante.

—Por favor, Margery, no viones las reglas del juego —rogó Belinda a la muchacha, en tanto ésta procedía a vestirse para el partido—. A veces pierdes la cabeza y olvidas que eres muy fuerte. Si juegas con limpieza, serás muy útil. Pero si pierdes los estribos, te expones a ser expulsada del campo.

Margery arrugó el ceño sin hacer ningún comentario. Luego se inclinó a ponerse los zapatos. Pat y Janet entraron en el vestuario en busca de Alison e Isabel.

—Ah, ¿estáis aquí? —exclamó Pat al verlas.

Lo malo fue que, debido a la oscuridad del vestuario no vio a Margery poniéndose los zapatos.

—¿No lo olvidéis, eh? —prosiguió la recién llegada—. Si esa detestable Margery marca un gol, ninguna de nosotras debe vitorearla ni aplaudir, ¿entendido?

—De acuerdo, Pat —asintieron las otras—. ¡No merece ni un miserable «hurra», y no lo tendrá!

—¡Eh, tú, mala bruja! —espetó Margery fulminando a Pat con la mirada—. ¿Conque eso es lo que has tramado, eh? ¡Es muy digno de ti!

Las cuatro muchachas la miraron, consternadas. Ninguna de ellas había reparado en la presencia de Margery en el vestuario.

—¡No me hacen ninguna falta vuestros aplausos ni vuestros vítores! —gruñó Margery dirigiéndose a la salida con paso majestuoso—. Algún día, Pat, nos veremos las caras. ¡Eso que te conste!

La campana llamó a las jugadoras, a fin de que éstas ocuparan sus puestos. Margery salió al campo con semblante hosco.

—¡Compadezco a las muchachas que han de enfrentarse con ella! —dijo Belinda a Rita—. ¡No cabe duda que es una chica extraordinaria!

El pito dio la señal convenida para empezar el partido. Hacía una hermosa tarde, algo fría pero sin viento. Las espectadoras llevaban abrigos de lana y sombreros de fieltro. Con las manos en los bolsillos, se sentaron en los bancos, dispuestos a aplaudir y vitorear cuando la ocasión lo requiriese.

Resultaba siempre muy divertido presenciar un partido. Las chicas consideraban un desahogo poder chillar a su antojo y bailotear de júbilo si ocurría algo emocionante. Su alegría no tenía límites cuando el partido se celebraba en campo propio, ya que ello les permitía ver todas las incidencias del juego, en lugar de tener que esperar que su equipo regresara de campo ajeno.

Al principio, el juego pecó de lento. Las jugadoras no se habían entregado aún a él y extremaban la cautela. En ninguno de ambos equipos figuraban alumnas del grado superior. Las muchachas del Oakdene no se distinguían por lo robustas, pero eran fuertes y veloces. A poco, se pusieron en forma y el partido comenzó a animarse.

—¡Vamos, Susana! ¡Dale, Tessie! —gritaban las alumnas de segundo grado, deseosas de alentar a sus representantes.

A excepción de Margery, Tessie y Susana, todas las demás jugadoras pertenecían al tercer grado. Margery era la muchacha más alta y más fuerte del equipo de Santa Clara. Resultaba incluso más corpulenta que las de tercer grado.

—¡Excelente jugada, Mary! —vociferaban las chicas, al ver que una alumna de tercer grado alcanzaba la pelota que le enviaba Tessie y corría hacia la meta con presteza—. ¡Vamos, marca un tanto!

Pero la jugadora del Oakdene que salió al paso a Mary era también muy veloz y Mary tuvo que esquivar la raqueta para evitar que le arrebatara la pelota de la red. Al ver que no podía alcanzar a su adversaria, la chica del Oakdene gritó a otra jugadora de su equipo:

—¡Detenla, detenla!

Como una liebre, otra muchacha del Oakdene salió corriendo de su puesto en dirección a Mary. Ambas chicas sufrieron un encontronazo de resultas del cual Mary no pudo evitar que se le escapara la pelote de la red, momento que su adversaria aprovechó para recogerla diestramente y lanzarla en dirección contraria.

—¡A ella, Margery! —gritó Belinda entre las espectadoras—. ¡Vamos, corre, vuela! ¡Puedes hacerlo!

Margery Fentworthy salió disparada como una bala de cañón. Era la jugadora más veloz del campo. Corriendo hacia la fugitiva muchacha, dio un hábil rodeo en torno a ella para alcanzar su raqueta de «lacrosse». Una vez la tuvo a su alcance, descargó la suya sobre ella, logrando que la pelota saliera despedida de la red enemiga. Margery la cogió en su red y, antes de que la muchacha del Oakdene consiguiese arrebatársela, atravesó el campo velozmente hacia el lugar donde Tessie aguardaba la pelota. Desgraciadamente, ésta falló y, al punto, sonó el pito.

—No se puede negar que Margery juega maravillosamente —comentó Rita.

Con todo, nadie la había aplaudido por detener a la muchacha del equipo contrario y arrebatarle la pelota. En cambio, todas alentaron a Tessie en su intento de marcar un tanto.

El partido prosiguió entre gran emoción. Las espectadoras gritaron hasta enronquecer. No cabía duda de que ambos equipos estaban muy igualados.

Margery destacaba entre todas las jugadoras. Solía jugar siempre bien, pero aquel día semejaba inspirada. Pat sabía el porqué y se sentía algo molesta.

—Suele jugar mejor cuando está enojada —cuchicheó Pat a su hermana gemela—. ¿Te has fijado en ello? Convierte el juego en una especie de lucha y se entrega a ella en cuerpo y alma. Tal vez así despeja su mal humor.

Margery no tardó en volver a apoderarse de la pelota mediante una breve corrida. Tras esquivar a una adversaria, buscó a una de su equipo para pasarle la pelota. Susana estaba presta a recogerla y Margery se la lanzó. Susana logró alcanzarla, pero viéndose atajada por una rival, volvió a echársela a Margery. El terreno estaba despejado para intentar un tanto. No obstante, Margery titubeó. ¿Qué hacer? ¿Acercarse más a la meta, exponiéndose a ser detenida, o intentar uno de sus lanzamientos a distancia?

Al ver que acudía a atajarle una muchacha, Margery optó por esta última solución y, levantando su red, lanzó la pelota a través del campo. Su adversaria trató de pararla, sin resultado. ¡Parecía una bala! La guardameta la vio llegar y dispuso su red,

pero venía con tal fuerza que no pudo atajarla, y la pelota entró en la meta.

—¡Gol! —gritó el colegio.

Pero casi sin transición, sobrevino un silencio. No hubo aplausos ni vítores. Nadie exclamó: «¡*Bien, Margery!*!». Era una reacción muy rara, porque, después de un gol, todo el mundo solía desgarrarse. Las profesoras que presenciaban el partido se miraron unas a otras con expresión perpleja. Nunca había habido en el colegio una muchacha tan impopular como para no ser vitoreada en un partido.

Durante el descanso previo a la segunda parte, Pat repartió un plato de rajas de limón entre las sedientas jugadoras. ¡Qué bien sabían! Aquel gusto entre agrio y refrescante entonaba el cuerpo a maravilla.

—Tenéis una buena jugadora en vuestro equipo este trimestre —dijo a Pat la capitana del otro bando, al tomar su correspondiente raja de limón—. Es muy grandota, ¿verdad? Parece una alumna del grado superior.

—Pues no lo es —replicó Pat—. ¡Pertenece al primer grado!

—¡Válgame Dios! —exclamó la muchacha, mirando a Margery, asombrada.

Y, al ver que Margery no sólo no hablaba con nadie, sino que ninguna de sus compañeras le dirigía la palabra, la chica del Oakdene comentó:

—No parece muy popular. ¿Qué sucede?

—¡Oh, nada! —repuso Pat, que no pensaba dar explicaciones a nadie de los asuntos de Margery—. ¿Quieres otra raja de limón?

—Sí, gracias. El partido resulta excelente, ¿eh? Los dos equipos están muy igualados. Habéis marcado un tanto, pero apuesto cualquier cosa a que en esta segunda parte empataremos.

Sonó el pito. Pat se apresuró a abandonar el campo. Las jugadoras ocuparon sus puestos, trocando sus respectivas posiciones en el campo. El partido comenzó de nuevo.

El juego se distinguía por lo rápido y vehemente. Todas las jugadoras disfrutaban de él, presas de gran animación. La capitana del Oakdene marcó un inesperado tanto, que Berta, la guardameta, no acertó atajar, pese a no tratarse de una jugada difícil. Todas las espectadoras protestaron. La pobre Berta se puso colorada como un tomate.

—¡Uno a uno! —gritaron las chicas—. ¡Ánimo, Santa Clara!

Si Margery había jugado bien en la primera parte, en la segunda se superó. Rauda como el viento, atajaba el juego de sus adversarias y recogía y lanzaba la pelota a la perfección. Pero, infortunadamente, al ver que una jugadora del Oakdene le arrebató hábilmente la pelota, perdió los estribos y descargó con tal fuerza la raqueta en la mano de la muchacha para obligarla a soltar la pelota, que la perjudicada lanzó un grito de dolor. La chica que ostentaba el puesto de arbitro tocó el pito y llamó a Margery con voz amenazadora.

—¡Demontre! —gruñó Belinda, que deseaba a toda costa la victoria de su equipo

—. ¿Será capaz de expulsarla del campo por violar las reglas del juego? Comprendo que lo merece; cuando se excita parece una salvaje. ¡Pero no podemos exponernos a perderla ahora!

Afortunadamente, Margery no fue expulsada del terreno de juego. Tras soportar una severa reprimenda, la chica volvió a su puesto con su expresión hosca habitual. En lo sucesivo, extremó las precauciones, pues no tenía el menor deseo de ser expulsada del campo en el apogeo de un partido tan emocionante.

Al poco rato, se hizo de nuevo con la pelota y corrió hacia la pelota... Luego pasó la pelota a Mary y ésta volvió a lanzársela. Entonces Margery la impulsó y la pelota dio de lleno en el ángulo de la meta, pese a los frenéticos esfuerzos de la guardameta por detenerla.

—¡Gol! —gritaron las espectadoras.

Pero, una vez más, sobrevino un curioso silencio, sin aplausos ni vítores. Margery lo advirtió al punto. Sus ojos centellearon de ira. ¡Qué desalmadas! ¡Pensar que estaba echando el resto por el colegio y aquellas estúpidas no se dignaban siquiera a alentarla! ¡Todo por culpa de aquella detestable Pat O'Sullivan!

Una oleada de cólera inundó todo su ser. Por fortuna, aquel estado de ánimo le confirió si cabe más fuerza y ligereza que antes. Daba gusto verla correr por el campo, atajando y esquivando a sus adversarias, y ¡haciéndose con la pelota en los momentos más inesperados!

—¡Ojalá el Oakdene no vuelva a marcar ningún gol! —exclamó Pat, presa de gran agitación—. ¡Qué lástima! ¡Parece que van a intentarlo otra vez! ¡Para la pelota, Berta, párala!

Pero la pobre Berta no pudo evitar el tanto aquella vez, pese a tenderse cuan larga era en el suelo para conseguirlo. La pelota se le escabulló y fue a parar al interior de la meta. ¡Dos a dos! ¡Y quedaban cinco minutos de juego!

Afortunadamente, en aquellos cinco minutos, Margery se las agenció para marcar dos goles que figuraban entre los más maravillosos presenciados por el colegio. El primero fue un lanzamiento a distancia, recto y certero, desde el centro del campo. El segundo resultó extraordinario. Comprendiendo que no podía lanzar la pelota por impedírselo dos rivales en las inmediaciones de la meta, Margery rodó por el terreno. Las chicas trataron de arrebatarse la pelota de la red, pero Margery logró retenerla allí, y de pronto, desde su incómoda posición en el suelo, con la nariz casi rozando la hierba, la muchacha blandió su raqueta de «lacrosse». La pelota salió despedida y aterrizó en la meta, pasando a través de las piernas de la sorprendida guardameta.

Al principio, nadie lo dio por gol, hasta que, al fin, el arbitro gritó:

—¡Gol! ¡Cuatro a dos a favor del Santa Clara! ¡Queda un minuto de juego!

Pero antes de que la pelota fuese puesta en juego otra vez, se cumplió el tiempo reglamentario. Sonó el pito y las jugadoras abandonaron el campo. ¡Qué partido más

inolvidable!

Capítulo 11

ERICA SE DESQUITA

Por lo regular, después de un partido, las muchachas que habían obtenido los goles de la victoria eran homenajeadas por sus compañeras con toda suerte de manifestaciones de cariño. Si alguien merecía semejante cosa aquella tarde era, en verdad, Margery, por haber llevado la peor parte y destacado como la mejor jugadora del equipo.

—¡Buena faena! —murmuró Belinda, cuando Margery pasó por allí cerca. Pero, aparte de ella, nadie despegó los labios. Nadie fue a felicitar a Margery, ni a darle palmadas en el hombro. Es más, de hecho, ninguna le hizo el menor caso.

Las muchachas del Oakdene advirtieron con sorpresa aquel raro comportamiento de sus rivales. Margery les sostuvo la mirada con la cabeza muy erguida.

—Me alegro de que hayamos ganado —comentó Pat—, pero siento que la artífice de esa victoria haya sido Margery. He pasado un mal rato absteniéndome de aclamarla. ¿Crees que deberíamos ir a decirle algo, Janet?

—¡Claro que sí! —asintió Janet—. Pero sabéis perfectamente lo que sucedería si lo hiciésemos. Nos mandaría a freír espárragos... ¡y con toda la razón! No. Ya que hemos empezado este desagradable juego de hacerle el vacío, ahora no nos queda otro remedio que aguantar el tipo.

A pesar de su valentía, Margery no tuvo valor de asistir al té ofrecido a las jugadoras. Habitualmente, después de un partido, las componentes de los dos equipos rivales celebraban una merienda solas, aparte del resto del colegio, aunque, claro está, en el mismo comedor. Instaladas a lo largo de la mesa las muchachas charlaban y reían, comentando el reciente partido. El equipo de Santa Clara hacía los honores a las visitantes, entre gran algazara.

—¡Qué agradable es sentarse a comer bollos con mantequilla, tostada, té y galletas de chocolate cuando una se siente feliz y fatigada! —suspiró Tessie—. ¡Y hablar por los codos del partido! ¡Vamos, Susana! Ya estoy lista.

Todo el mundo advirtió que Margery no estaba a la mesa, pero nadie deseaba comentar el hecho. Presintiendo que allí había gato encerrado, las chicas del equipo visitante se abstuvieron de formular preguntas. Las de Santa Clara se preguntaban dónde estaría Margery. Algunas miraron con el rabillo del ojo la mesa donde merendaban las alumnas de primer grado, para ver si estaba allí.

Pero Margery no figuraba entre ellas. Tras cambiarse de ropa en el vestuario, fue a sentarse a su pupitre, en la desierta clase. Se sentía fatigada, colérica y desdichada. Tenía hambre y ansiaba tomar una taza de té. Pero por nada del mundo habría afrontado las hostiles miradas de las otras chicas aquella tarde. Si después de jugar

tan bien y ganar el partido para su equipo, aquellas desalmadas no habían sido siquiera capaces de decirle: «¡Buena faena!», ¿para qué mirarlas a la cara? ¡No quería saber nada de ellas!

La señorita Roberts advirtió la ausencia de Margery y, enterada de la trifulca habida recientemente en la clase de historia, comprendió lo sucedido. Margery estaba siendo objeto del desprecio de sus compañeras por su mal comportamiento. La señorita Roberts llegó a la conclusión de que no podía hacer nada por evitarlo.

A todo esto, la mezquindad de Erica había sido casi olvidada con la agitación de la trifulca y el partido. Pero por su parte, Erica no había olvidado su firme propósito de dar su merecido a Pat por descubrir su jugarreta y a tal objeto llevaba muchos días maquinando la venganza, lo cual no resultaba tan fácil como parecía al principio, ya que ambas muchachas pertenecían a diferentes grados.

Con todo, Erica no tardó en idear una o dos fechorías. Viendo que Pat se estaba haciendo un jersey rojo con muchísima ilusión, permaneció al acecho, en espera de una oportunidad, y una noche, al sorprender a Pat recogiendo su labor de punto en la bolsa que guardaba en el estante, decidió estropeársela.

Aquella noche había una asamblea escolar.

«*Si voy un poco tarde, podré sentarme detrás de todo —pensó Erica—. Así, a media sesión, podré salir unos minutos y volver sin ser vista. Eso me dará tiempo a ir a la sala común a cumplir mi cometido*».

Así, pues, aquella tarde, a las siete y media, a poco de dar comienzo la asamblea, Erica se deslizó en la última fila. Nadie se fijó en ella, ya que en aquel momento estaba hablando la señorita Walker y todo el mundo la escuchaba. Margery Fentworthy se hallaba también en la última fila, como de costumbre, para evitar miradas desdeñosas. Cuando menos, allí nadie la veía.

Erica permaneció un rato sentada, escuchando, y en el momento en que la señorita Walker tomaba asiento y la señorita Lewis se levantaba para hablar, la chica salió de la estancia. Nadie reparó en ella. En dos zancadas, Erica se plantó en la sala común y, dirigiéndose al rincón del estante donde Pat guardaba sus cosas, tomó su bolsa de la labor.

En el interior de ésta se hallaba el jersey, a medio terminar, trabajado con suma pulcritud por las hábiles manos de Pat. Sacándolo de la bolsa, Erica retiró las agujas de la lana y deshizo la mitad de la bella y uniforme labor de punto. Luego, presa de verdadero rencor, volvió a tirar de la lana hasta lograr romperla en media docena de sitios. Por último, metiendo de nuevo la labor en la bolsa, la chica volvió rápidamente a la asamblea. La señorita Lewis seguía hablando con su clara y tajante voz.

Nadie vio entrar a Erica, nadie excepto Margery, que no le prestó atención por hallarse sumida en sus propios pensamientos. Erica se congratuló para sus adentros, satisfecha de su hazaña. En el fondo de su mezquina almita, se alegraba de haber

perjudicado a una compañera por cuya causa había recibido un justo castigo.

Cuando acabó la asamblea, las muchachas bostezaron, desperezándose.

—Son las ocho —murmuró Pat consultando su reloj—. Ya es hora de que vayamos a jugar o a hacer algo a la sala común. ¡Vamos!

—Por radio dan música de baile —sugirió Doris—. ¿Qué os parece si la pusiéramos? ¡Tengo ganas de bailar!

—Yo tengo que terminar unos ejercicios de francés —refunfuñó Sheila—. ¡Qué mala suerte! ¡Ojalá los hubiese hecho antes! No me atrevo a dejarlos de lado. Mademoiselle está de muy mal humor estos días.

—Tienes razón —convino Isabel—. Yo también me he fijado en ese detalle, tanto que empiezo a tenerle miedo. Todas regresaron a la sala común. Las alumnas de tercer grado acudieron a la espaciosa sala que compartían con las de cuarto; y las chicas del grado superior se dirigieron a sus respectivos estudios. El lapso de tiempo previo a la hora de acostarse resultaba siempre cordial, alegre y agradable.

—¿Qué piensas hacer, Isabel? —preguntó Pat—. ¿Quieres que terminemos aquel rompecabezas que nos prestó Tessie?

—No —repuso Isabel—. Tengo que zurcir una media. De lo contrario el ama se enfadará. Me dijo que lo hiciera hace tres días y se me olvidó.

—Bien —accedió Pat, tomando su bolsa de labor del estante—. En este caso charlaremos mientras tú coses y yo hago punto. Tengo ya muy adelantado mi jersey rojo. ¡Mamá se quedará admirada cuando lo vea! Nunca había sido tan constante en una labor de punto.

—Vamos a ver qué aspecto tiene —intervino Janet, acercándose a las mellizas.

Pat tomó su labor, pero, apenas retiró su envoltura, se cayeron las agujas al suelo y apareció la lana rasgada y enmarañada.

—¡Pat! —balbució Isabel, aterrada—. ¡Pero si está todo deshecho! ¡Qué pena!

—¡Válgame el cielo! —exclamó Janet, echando una ojeada a la consternada Pat—. ¿Quién ha hecho esto?

—¡Oh, Pat, cuánto lo siento! —profirió Isabel, sabedora del empeño y el esmero que había puesto Pat en su labor—. ¡Oh, Pat! ¿Pero qué «*ha pasado*»?

Pat contemplaba con consternación su trabajo echado a perder. Su sobresalto había sido tal que estaba a punto de llorar. Con un fuerte parpadeo, intentó tragarse el nudo que se le había subido a la garganta.

—Alguien me ha jugado esta mala pasada para vengarse de mí —musitó.

—¡Ya sé quién ha sido! —exclamó Isabel al punto—. ¡Margery! Te oyó decir que no debíamos aplaudirla ni vitorearla en el partido y la muy perversa ha querido vengarse de ti de esta manera.

Janet se sonrojó de ira. Detestaba toda suerte de mezquindad.

—¡Pues si ha hecho eso, tendrá que sufrir las consecuencias! —espetó la

jovencita—. ¡Mirad, muchachas! ¡Venid a echar un vistazo a la labor de Pat!

Las alumnas de primer y segundo grado se apiñaron alrededor del grupo. Erica acudió también, simulando sorpresa y consternación. ¡Qué bien lo estaba pasando! ¡Con tal que nadie sospechase que era ella la autora del desaguisado!

Pero de quien todas sospechaban era de Margery. Ninguna suponía que la culpable fuese Erica, pues, por entonces, las chicas casi habían olvidado su mezquino comportamiento. Todas compadecían a Pat.

—¡Qué mala suerte! —comentó Tessie—. ¡Pensar que una pasa tan mal rato con sólo que se le escape un punto de las agujas cuando tiene empeño en hacer algo bonito! ¡Me figuro lo horrible que debe de ser encontrárselo todo deshecho y roto en tantos sitios! ¿Qué piensas hacer? ¿Podrás arreglarlo?

—¡Quia! —gruñó Pat—. Tendré que deshacerlo todo y volver a empezar.

Pensar que alguien podía hacerla objeto de semejante jugarreta la llenaba de confusión. El rencor resulta siempre horrible y Pat era la primera vez que lo experimentaba dirigido contra su persona.

—¿Qué pensáis hacer con Margery? —les recordó Janet, furiosamente—. Habrá que encararse con ella, ¿no os parece?

—¿Dónde está en este momento? —inquirió Hilary.

Al tiempo que la muchacha formulaba esta pregunta, entró Margery con un libro que acababa de ir a buscar a la biblioteca del colegio. Inmediatamente, Janet la atacó.

—¡Eh, Margery! ¡Ven acá! ¡Ya hemos visto tu último alarde de mal genio!

—¿De qué estás hablando, Janet? —preguntó Margery fríamente, con expresión asombrada.

—¡No finjas así! —reconvino Janet—. Mira esto. ¿Te atreverás a decir que no has sido tú la que ha echado a perder la labor de Pat?

Margery contempló estupefacta, el deshecho jersey que le mostraba su interlocutora.

Por fin, declaró con inusitada dignidad:

—Yo no he hecho esto. Reconozco que soy huraña e irascible, y hasta es posible que, según todas vosotras, tenga muy pocas virtudes. Pero jamás cometo bajezas como ésa. No simpatizo con Pat y confieso que me gustaría darle su merecido por varias de las groserías de que me ha hecho objeto, pero no en esa forma.

Las muchachas la miraban de hito en hito. Ninguna dio crédito a sus palabras. Pat volvió a meter la labor en la bolsa, colorada como un tomate.

—¡Sabes perfectamente que fuiste tú, Margery! —acusó Isabel, completamente fuera de sí por la ofensa inferida a su hermana gemela—. ¡A buen seguro lo hiciste mientras estábamos en la asamblea!

—Nada de eso —replicó Margery—. Confieso que estaba en la última fila, ¿pero dónde queréis que me pusiera con el vacío que todas me estáis haciendo? Ahora bien:

os aseguro que yo no he cometido ese desaguisado. No podría hacer una cosa así. No tendría inconveniente en dar un sopapo a Pat o en tirarle de las orejas o asestarle un buen golpe con la raqueta de «lacrosse»; pero por nada del mundo cometería una bajeza como ésa.

—¡Harías cualquier cosa! —replicó Janet desdeñosamente—. No te detendrías ante nada con tal de satisfacer tu mal instinto.

—Eso es sacar las cosas de quicio —protestó Margery—. Porque en algunos aspectos tengo muchos defectos, ya os figuráis que soy capaz de cualquier cosa. Y eso no es cierto.

Notando que se le llenaban los ojos de lágrimas, la muchacha volvió la cabeza para ocultarlas. En su opinión, las lágrimas denotaban debilidad. Incapaz de soportar que nadie las viese salió de la estancia dejando tras sí una asombrada y furiosa multitud.

—Bien, ¿os figurabais que existiese alguien que tuviera la desfachatez de negar una cosa tan evidente como ésa? —inquirió Kathleen.

—¡Es una perfecta desvergonzada! —declaró Tessie.

—¡Vamos, callad de una vez! —espetó Pat—. ¡Basta de comentarios! No podemos demostrarlo y, aunque tuviéramos la certeza de que lo hizo, no es preciso estar todo el día dale que dale. Es una cosa detestable, pero es preferible olvidarla.

—Me parece muy bien esa reacción —suspiró Doris, dirigiéndose hacia el aparato de radio—. Desearía saber exactamente cómo y cuándo lo hizo. ¿Os gustaría un poco de música de baile para reconfortaros?

A poco, el aparato de radio lanzaba al aire los estridentes sonos de los bailes de moda, y Doris y Janet bailaban el «fox-trot» por la espaciosa sala, marcando toda clase de pasos ridículos para hacer reír a las demás. Y se daba el caso curioso de que la que se reía más a gusto era Erica.

«¡Qué suerte! —se decía la muchacha—. ¡Nadie se ha acordado de mí y han echado la culpa a Margery! ¡Ahora podré maquinara una nueva venganza contra Pat y esa avinagrada de Margery volverá a cargársela!»

Capítulo 12

LAS MELLIZAS SE ENTERAN DE UN SECRETO

Aquel fin de semana se cumplía medio trimestre de clase. La mayoría de los padres de las alumnas acudían a verlas en tren o en automóvil. Las muchachas cuyos padres no podían visitarlas salían de paseo con sus amigas o bien eran llevadas a la ciudad vecina, al cine o al teatro.

La señora O'Sullivan acudió en coche y llevó a sus hijas de paseo, y también a Alison, cuya madre no había podido ir. Janet se marchó alegremente con sus padres a comer al campo llevándose, asimismo a Hilary. Los padres de Margery no se presentaron y, como nadie invitó a la muchacha con su grupo familiar, la señorita Roberts se la llevó al cine con otras cuatro muchachas.

Isabel seguía preocupada por lo del jersey de Pat y se lo contó todo a la señora O'Sullivan. Alison aludió también a la cuestión. En cambio, Pat apenas hizo comentarios. El acto la había herido profundamente, pues, era una muchacha muy cordial que había tenido muy pocos enemigos en su vida.

—¿Estáis seguras de que Margery fue la que lo hizo? —inquirió la señora O'Sullivan, tras escuchar atentamente las explicaciones de las chicas—. ¿No creéis que deberíais reservaros vuestra opinión hasta tener la absoluta certeza del hecho? No hay nada peor que acusar a una persona injustamente. Y, a juzgar por lo que me decís, es probable que la pobre Margery haya tenido ya algún infortunio en su vida.

La observación de la señora O'Sullivan despertó en las muchachas una ligera sensación de malestar. Estaban seguras de que Margery había estropeado el jersey, pero lo cierto era que no poseían ninguna prueba positiva.

Nadie dijo nada más, pero particularmente Pat e Isabel decidieron seguir el consejo de su madre y no juzgar a Margery hasta contar con una prueba evidente de su culpabilidad. Al fin y al cabo, pese a su mal carácter y brusquedad, jamás había dado muestras de falsía o mezquindad. Alison miró a las mellizas, diciéndose que imitaría su ejemplo si así se lo pedían. Por entonces, Alison empezaba a mejorar y no tenía tantas pretensiones.

Pero un encuentro casual con una antigua amiga suya en el curso de aquella misma tarde dio al traste con sus buenas intenciones. Almorzaron en una gran ciudad situada a unas veinte millas de la escuela, con el propósito de ir después a ver una función de teatro representada en dicha población. Y, en una mesa inmediata, vieron a Pamela Holding, una muchacha que había estado uno o dos años en el colegio Redroofs mientras las mellizas, permanecían allí.

—¡Hola, Pam! —exclamó Isabel al verla—. ¿Celebras también el medio

trimestre?

—¡Hola, Pat, hola, Isabel! —profirió Pam—. ¡Ah! ¿Tú también por aquí, Alison? Pues, sí. Estoy en el colegio de Santa Hilda y mamá me ha invitado a ver la función que dan aquí para celebrar el medio trimestre. ¿Pensáis ir vosotras también?

—¡Sí! —asintió Pat, satisfecha—. Podemos ir todas juntas y luego merendaremos en cualquier sitio.

Las dos mamás se conocían y simpatizaban mutuamente, y, por lo tanto, no tuvieron inconveniente en, aceptar aquella idea. Las cuatro muchachas y las dos señoras se dirigieron al teatro a las dos y media, charlando, riendo y comentando todas las novedades.

Desgraciadamente, no pudieron sentarse juntas en el teatro, pero quedaron en reunirse a la hora del té. Fue entonces cuando las mellizas se enteraron de varias cosas referentes a Margery Fentworthy.

A raíz de un comentario de Pamela con relación a una condiscípula suya que acababa, de ganar el record de carreras a larga distancia, Alison declaró:

—Pues en nuestro colegio tenemos una compañera capaz de ganar cualquier record. Es un as en los deportes y en los ejercicios gimnásticos. Se llama Margery Fentworthy.

—¿Margery Fentworthy? —exclamó Pamela con expresión asombrada—. ¿De veras está en Santa Clara? ¡Cáspita! Todas nos preguntábamos a dónde habría ido a parar.

—¿De modo que estuvo contigo en el Santa Hilda el trimestre anterior? —preguntó Pat, sorprendida—. Nunca ha querido decir a qué colegios ha ido.

—No me sorprende —espetó Pamela, desdeñosamente—. Ya ha estado en seis.

—¿Por qué en tantos? —farfulló Isabel, pasmada.

—¿No lo adivinas? —gruñó Pam—. Según mis cálculos, ha sido expulsada de todos ellos. En Santa Hilda la aguantaron dos trimestres, pero luego saltó de allí. Era demasiado deslenguada. En clase se mostraba tan grosera que ninguna profesora la quería.

Las mellizas se quedaron estupefactas. ¡No había duda que se trataba de Margery! Según eso, había sido expulsada sucesivamente de todos los colegios. ¡Qué vergüenza!

Alison fue la primera en recobrar el habla.

—¡Cielos! —exclamó—. ¡Y ahora, para colmo, parece ser que no tardarán en expulsarla también de Santa Clara! ¿Sabes lo que hizo a Pat?

Y, al punto, salió a relucir toda la historia del jersey estropeado y el incidente en la clase de historia. Pamela escuchaba con creciente interés.

—Sí, esa trifulca que me contáis es muy propia de Margery —comentó—. Podría contaros cosas de ella más o menos parecidas. Ahora bien, lo del jersey ya es harina

de otro costal. Es posible que, en un arrebato de ira, Margery se lo hubiese quitado a Pat de la mano y procedido a deshacerlo delante de ella, pero, que yo sepa, en Santa Hilda, Margery nunca hizo nada a espaldas de nadie. Según eso, ha empeorado.

—¿Porqué fue expulsada de los otros colegios? —inquirió Alison ávidamente.

—Por mal genio, grosera... en una palabra, por eso que llaman indisciplina —respondió Pamela—. En Santa Hilda se negaba a estudiar en lo más mínimo. Ahora tiene dieciséis años, ¿lo sabíais? Y apuesto a que está en vuestro grado.

—En efecto —asintió Pat—. Ya suponíamos que tenía unos dieciséis años. Y, a pesar de todo, no está a la altura de nuestro grado. Es siempre la última de clase... cuando Alison le cede el puesto.

—¡No seas mezquina! —protestó Alison, ruborizándose—. ¡Hace tres semanas que no soy la última! Llevo una temporada intentando progresar.

—Está bien, tontaina —la tranquilizó Pat, jovialmente—. Creo, en efecto, que lo «has» intentado. Pero la verdad es que podrías esforzarte un poco más, porque, según todos los indicios, parece existir una pugna entre tú, Doris y Margery para ver quién es más a menudo la última este trimestre. Las tres primas tuvieron, pues, mucho que hablar de regreso al colegio en el coche. La señora O'Sullivan conducía y las chicas iban sentadas en el asiento posterior.

—¡De modo que Margery tiene dieciséis años! —exclamó Isabel—. ¡Demontre! ¡Qué zote! Para colmo, ¿os imagináis lo que representa haber sido expulsada de tantos colegios? Me sorprende que en Santa Clara la aceptasen.

—Si existe algún colegio capaz de ayudar a esa infeliz muchacha de quien estáis hablando es, sin duda, el Santa Clara —intervino la señora O'Sullivan, inesperadamente—. La señorita Theobald se enorgullece de sacar el máximo provecho de las peores alumnas, y estoy segurísima de que está enterada de la vida y milagros de Margery Fentworthy y confía en que Santa Clara será el único colegio que podrá con ella.

Las tres chicas guardaron silencio. Secretamente, esperaban todas la posible expulsión de Margery de Santa Clara y la excitación consiguiente al hecho. Pero, según lo dicho por la madre de las mellizas, la cosa tomaba otro cariz. Retener a Margery «representaba» un triunfo para el Santa Clara.

—Oye, mamá, ¿no crees que lo mejor que podríamos hacer es no decir nada de Margery a las demás chicas? —interrogó Pat, haciéndose eco del pensamiento de las otras dos muchachas.

—Sin ningún género de duda —aprobó la señora O'Sullivan—. ¿Para qué divulgar cuentos de la muchacha sabiendo, como sabéis, que la pobre tiene un miedo cerval de que alguien se entere de su secreto? Aseguráis que se niega a decir a qué escuelas ha ido. El hecho de que no alardee de haber sido expulsada demuestra que se avergüenza de ello. No se ha portado bien, pero creo que no debéis delatarla.

Las mellizas opinaban lo mismo. A pesar de su profunda antipatía por Margery, no deseaban pregonar la noticia que acababa de darles Pamela. En cambio, Alison se sentía desilusionada.

—¡Habría sido una noticia bomba! —suspiró a su pesar.

—Oye, Alison —empezó Pat muy enojada—. Te advierto que si vas pregonando eso por todo el colegio...

Pero Alison, dándole un empujón, replicó:

—¡Cierra el pico! No se lo diré a nadie. Y otra cosa: ¿quieres cesar de una vez de decir que voy pregonando las cosas? ¡Detesto esa palabra! He procurado no abrir la boca en estos últimos tiempos, pero vosotras os empeñáis en decir lo que no es.

En los ojos de Alison brillaban las consabidas lágrimas que la muchacha reservaba para aquellas ocasiones. No obstante, Pat, comprendiendo que su prima estaba realmente trastornada, exclamó, dándole un cariñoso pellizco:

—¡Cállate, tontina! Ya sé que no dirás una palabra. Me consta que podemos fiarnos de ti.

Pero, aunque las tres muchachas guardaron el secreto, no podían menos de opinar que Margery tenía un pésimo historial y que, por lo tanto, era una mala pieza capaz de cometer verdaderas bajezas y tropelías. Las tres estaban convencidas de que había sido ella la culpable del incidente del jersey y, cuando alguna compañera lo insinuaba, le daban toda la razón.

Margery seguía al margen de todas. Estaba siempre leyendo, y fingía no oír los comentarios de las demás muchachas aventurados en su presencia. Su hermoso rostro ostentaba una expresión más hosca que nunca, y la chica era la desesperación de las profesoras.

Capítulo 13

OTRA VEZ ERICA

Erica estaba a la expectativa por si se presentaba otra buena ocasión de jugar una mala pasada a Pat o a Isabel. ¡Y si podía imputárselas a Margery, tanto mejor!

Pero no resultaba fácil cometer una fechoría a cubierto de sospechas y, en consecuencia, la muchacha aguardó una semana, hasta que la casualidad le brindó una oportunidad.

Para cierta tarde se concertó una excursión con miras a la clase de historia natural, a la cual debían ir todas las alumnas de primer y segundo grado, con sus respectivos saquitos de mano, sus cuadernos de historia natural y sus potecitos de hojalata para recoger plantas y bichos.

La señorita Roberts y la señorita Jenks pensaban acompañarlas. Visitarían bosques y charcas. Habría una porción de cosas que observar, dibujar y recoger.

Las mellizas aguardaban con impaciencia aquella salida para la cual se reservaba toda una tarde. El día previsto para ella hacía un tiempo inmejorable, con un precioso y cálido sol.

—Es posible que haya ya algún renacuajo o ranita en las charcas —dijo Pat—. Por si acaso, me llevaré un tarrito de cristal.

Todas las muchachas prepararon sus bolsas, metiendo en ellas sus cuadernos de historia natural, sus latas y sus tarros. Pat estaba orgullosa de sus cuadernos de historia natural. Había hecho en ellos varios dibujos que, en opinión de la señorita Roberts, merecían ser expuestos en la exposición de fin de trimestre.

—Tengo aún una página en blanco —dijo a Isabel—. Procuraré llenarla esta tarde. ¿Estás lista? ¿Tú vendrás conmigo, verdad?

—¡Naturalmente! —exclamó Isabel.

Ambas hermanas iban siempre juntas. Preferían su mutua compañía a la de cualquiera de sus compañeras, pese a su simpatía por Janet, Hilary y Lucy.

Todas las muchachas formaron parejas. Como ninguna quiso ir con Erica o Margery, sucedió que estas dos chicas se encontraron juntas. Ambas caminaban en silencio debido a la poca simpatía que sentían una por la otra. Al ver a aquella pareja silenciosa, varias de las muchachas se rieron por lo bajo, dándose con el codo.

—¡Valiente par se han juntado! —comentó Winnie—. ¡Me figuro que gozan inmensamente de su conversación! Margery tiene cara de pocos amigos. Seguramente vuelve a estar de mal humor.

En efecto, Margery «se sentía» contrariada por haberse visto obligada a formar pareja con la mezquina Erica, y optó por no despegar los labios, en espera de que

Erica comprendiese que no quería nada con ella y la dejase libre en lo posible.

La tarde transcurrió felizmente bajo la dorada luz del sol. Las muchachas corretearon por los bosques, tomando notas y apuntes y recogiendo plantitas y musgo. Algunas encontraron velloritas tempranas y las lucían en el ojal.

Después, descendieron a las charcas y lanzaron exclamaciones de sorpresa al ver minúsculas ranitas flotando en la superficie del agua.

—¡Quiero coger unas pocas! —decidió Pat al punto.

—No podrás —repuso Isabel—. Está demasiado hondo. Te mojarás los zapatos.

—¿Dónde están la señorita Roberts y la señorita Jenks? —inquirió Pat, echando una rápida ojeada circular—. ¡Míralas! Aún están en lo alto de la colina. ¡Tengo tiempo de quitarme los zapatos y las medias y meterme ahí!

Las chicas se echaron a reír.

—¡Qué cosas se te ocurren, Pat! —comentó Janet—. La señorita Roberts se enfadará y, además se te pondrán los pies llenos de lodo.

—Ya me los limpiaré —replicó Pat.

Y, colgando su bolsa en un tronco no muy lejano, depositó su pequeño tarro de cristal a la orilla de la charca. Luego, despojándose de sus zapatos y sus medias, se metió en el agua.

—¡Ooooooh! —profirió—. ¡Qué fría está! ¡Y cuánto lodo hay en el fondo! ¡Uf, ahora he pisado una babosa o algo parecido!

Sus exclamaciones despertaron la hilaridad de las demás. Todas se apiñaron alrededor, riendo, en tanto la chica vadeaba la charca.

Al llegar junto a las crías, se inclinó a coger unas cuantas, pero se le escabulleron de los dedos con gran regocijo por parte de Isabel.

—¡Haz otra tentativa, muchacha! —le gritó esta última.

Pat hizo cuanto pudo por coger las escurridizas crías, sin resultado. El regocijo de las espectadoras era tal que nadie vio llegar a lo lejos a la señorita Roberts y a la señorita Jenks.

—¡Pat! —exclamó de pronto la señorita Roberts, aterrada—. ¿Qué diablos estás haciendo? ¡Sal de ahí inmediatamente, so traviesa! ¿No ves que vas a pillar un resfriado de miedo, metida en esa agua tan helada?

—¡Por favor, señorita Roberts, déjeme coger unas crías primero! —suplicó Pat, intentando inútilmente tomar otro puñado.

—¡He dicho que salgas, Pat! —insistió la señorita Roberts—. ¡Está visto que no puedo dejaros solas un instante!

Todas las muchachas presenciaban la escena con enorme interés y regocijo. Todas excepto dos: Erica y Margery. Margery se había rezagado en un campo para contemplar unos caballos arando la tierra, y Erica vagaba asimismo, por los alrededores.

Al oír las risas de sus compañeras, Erica acudió a ver a qué se debía semejante animación. Pero, antes de llegar a la charca, vio la bolsa de Pat colgada en un tronco cortado. En ella figuraba el nombre de Pat: P. O'Sullivan.

Erica echó una rápida ojeada a la charca. Ni una sola muchacha miraba en dirección o ella. Además, se hallaba fuera del alcance de la vista, detrás del seto. La chica se volvió a ver dónde estaba Margery. Pero ésta seguía en el campo, contemplando los caballos.

Rápida como una centella, Erica descolgó la bolsa del tronco y, abriéndola, arrojó al fango todos los preciosos cuadernos de historia natural de Pat y las latas con sus hallazgos de aquella tarde. Luego lo pisoteó todo para hundirlo en el barro.

Finalmente, echando la bolsa en el seto, se deslizó tras éste lo más quedamente que pudo hasta llegar junto a la charca, en dirección contraria. Nadie reparó en ella. Al verla, Tessie supuso que Erica había estado allí todo el tiempo.

Pat salió del agua con los pies helados. La muchacha se los secó con un pañuelo y la señorita Roberts procedió a darles unas palmadas para restablecer la circulación de la sangre. Luego ordenó a Pat que se calzara y subiese y bajase de la colina para entrar en calor.

—¡Pensar que después de todo este jaleo me he quedado sin las crías! —se lamentó Pat al reunirse con sus compañeras, advirtiendo que, para colmo, le hormigueaban los pies—. ¿Dónde está mi bolsa? ¿Dónde la he dejado?

—Allí en aquel tronco —dijo Isabel, volviéndose a señalarlo.

Pero la bolsa no estaba allí.

—¡Qué raro! —exclamó Isabel—. ¡Recuerdo perfectamente que la pusiste allí! ¡Mira, ahí va Margery! ¡Eh, Margery! ¡Trae la bolsa de Pat si la ves por ahí!

—¿Qué es aquello que hay en el seto? —interrogó Sheila de pronto, descubriendo la gran bolsa parda con su vista de lince.

—¡Cáspita! —farfulló Pat, asombrada—. ¡Si es mi bolsa! ¿Cómo ha ido a parar allí?

Y echó a correr en su busca. De pronto, se detuvo en seco. Sus ojos acababan de descubrir los cuadernos pisoteados en el barro y las latas abolladas con todo su contenido esparcido por tierra. La muchacha no dijo nada, pero la expresión de su rostro indujo a las chicas a acudir junto a ella.

—¿Qué sucede, Pat? —inquirió Isabel.

Apenas formulada la pregunta, también ella descubrió el desaguisado. No cabía la menor duda de que era obra de una mano maligna. Se apreciaba la borrosa huella de un pie en los cuadernos y saltaba a la vista que las latas habían sido pisoteadas.

—¿No... no habrá sido una vaca? —balbuceó Isabel, resistiéndose a creer que alguien hubiese sido capaz de inferir semejante ofensa a su hermana gemela.

—No, por supuesto que no —repuso Janet, meneando la cabeza—. Creo que

todas sabemos quién lo ha hecho... aunque no lo hayamos visto.

Todas miraron a Margery, que contemplaba la escena por allí cerca, tan sorprendida como las demás.

—¿Quién era la única que no estaba junto a la charca? —interrogó Janet—. ¡Margery! ¿Por qué se rezagó? ¡Pues para cometer esta incalificable fechoría!

—¿Qué ocurre, muchacha? —inquirió la señorita Roberts, acercándose—. ¡Oh, Pat! ¿Qué hacen tus cuadernos ahí en el barro? ¡Qué poco cuidado! ¡Estropear así todos tus hermosos dibujos! ¿Cómo ha sucedido?

—Lo ignoro, señorita Roberts —balbuceó la pobre Pat, sofocada de consternación, sin atreverse a acusar a Margery ni siquiera en aquel momento de excitación.

La señorita Roberts comprendió que se trataba de algo grave. A sus oídos llegó el nombre de Margery pronunciado entre cuchicheos.

—Vamos, recógelo todo inmediatamente —ordenó la señorita Roberts, consultando su reloj—. Nos has entretenido con tus chapoteos. Date prisa. Ya hablaremos después de todo esto.

Las chicas regresaron al colegio a buen paso. Erica tuvo que hacerlo en compañía de Margery, satisfecha de que su fechoría hubiese dado tan buen resultado y de que Margery hubiera cargado de nuevo con una culpa que no había cometido. Margery caminaba como una sonámbula, sin acertar a comprender quién había hecho semejante cosa. ¿Era posible que existiese una persona tan ruin como para cometer aquella bajeza y, encima, permitir que otra cargase con las consecuencias? ¡A buen seguro, ni siquiera Erica habría tenido valor de hacerlo!

No obstante, Margery miró de soslayo a su silenciosa compañera. Había algo en la jactanciosa expresión de su rostro que despertó las sospechas de Margery. De improviso, recordó haber visto a Erica entrar furtivamente en la sala donde se celebraba la asamblea la noche del incidente del jersey. ¿No habría sido Erica la culpable? Todo el mundo sabía que era una despreciable chismosa, ¿pero era posible que llegase a aquel extremo de ruindad?

«Bien —se dijo Margery amargamente—, una u otra tiene que haber sido y, como de costumbre, soy yo la que pago las consecuencias. ¡Qué desgraciada soy!».

Aquella tarde, después de merendar, las muchachas comentaron la última ofensa inferida a la pobre Pat. Incapaz de soportar sus miradas de desdén, Margery fue a la biblioteca en busca de un libro.

Y mientras la muchacha estaba ausente, Alison vació el costal.

—No pensábamos decirlo —empezó la chica, mirando a su alrededor—, pero, en vista de esta nueva fechoría cometida contra Pat, voy a contaros a todas una cosa muy interesante.

—Cállate, Alison —instó Pat.

—No pienso callarme —replicó Alison briosamente—. ¿Crees que voy o consentir que sucedan estas cosas sin dar su merecido a Margery? ¡Vamos, escuchadme todas!

Las muchachas permanecían silenciosas, con el oído atento. ¿Qué les «diría» Alison?

—El fin de semana que celebramos en medio trimestre —empezó Alison—, encontramos a una antigua amiga nuestra, alumna del colegio Santa Hilda. ¡Margery fue expulsada de allí!

Se percibió un murmullo de horror. ¡Expulsada! ¡Qué vergüenza más grande! ¡Pensar que aquella chica estaba en Santa Clara! ¡Ahora se explicaban por qué nunca había querido decirles de qué colegio procedía!

—Y eso no es todo —prosiguió Alison, con ojos centelleantes de indignación—, sino que, además, ha sido expulsada sucesivamente de otros cinco o seis colegios. ¿Os sorprende ahora que esté tan atrasada? ¿Os sorprende que, a los «dieciséis» años, esté aún en primer grado?

Todas empezaron a hablar a un tiempo, a grandes voces. Su sorpresa era tal, que no podían creerlo. No obstante, ¿qué tenía aquello de particular conociendo como conocían el genio de Margery?

—¿Por qué está en Santa Clara? —protestó Tessie, indignada—. ¿Quién nos manda tolerarla?

—¡Echémosla! —propuso Hilary.

—¡Vamos a decirle a la señorita Theobald que no queremos convivir con una chica así! —profirió Winnie.

—¡Mi madre no me permitiría estar aquí si supiera que es alumna del colegio una chica como Margery! —intervino Erica.

—Tú cállate —ordenó Tessie, dándole un empujón.

¡Sólo faltaba que aquella chismosa levantase el gallo!

—Bien —declaró Doris—. Ahora ya sabemos la vida y milagros de nuestra querida Margery, la chica que ha sido expulsada de seis colegios y pronto lo será del séptimo. ¡Así no podrá volver a descargar su cólera contra Pat!

Procedente de la puerta, llegó un quedo rumor. Las muchachas se volvieron a mirar. Margery estaba allí, blanca como un papel. Acababa de oír las palabras de Doris y se hallaba paralizada de horror. ¡Su pobre secreto había sido descubierto! Ignoraba cómo, pero saltaba a la vista que alguna lo había averiguado. ¡No tendría más remedio que abandonar el Santa Clara!

Margery contempló a las muchachas con sus profundos ojos castaños y, tras intentar en vano decir algo, dio media vuelta y se alejó. Las silenciosas muchachas percibieron sus inseguros pasos por el pasillo.

—¡Bien! —exclamó Isabel, algo asustada—. ¡Ya está hecha la gracia! ¡El secreto

ha salido a relucir y mañana a estas horas todo el colegio lo sabrá!

Capítulo 14

MARGERY HACE UN DESCUBRIMIENTO

Las mellizas se sentían extraordinariamente molestas con relación a Margery. Con todo, no podían reprochar a su prima por haber contado el secreto de la muchacha. Alison se había indignado con la mala pasada jugada a Pat y, arremeter contra Margery, era su forma de apoyar a su prima.

—Oye —dijo Pat a Isabel—, ¿crees qué Margery huirá del colegio? ¿Sabes, Isabel? Si me ocurriera a mí semejante cosa no podría permanecer ni un momento más en Santa Clara. No lo resistiría. Tendría que marcharme a casa.

—A lo mejor, Margery no tiene casa donde ir —repuso Isabel—. Nunca habla de su casa como hacemos las demás, ni dice nada de su padre o su madre, ni si tiene hermanos o hermanas. Siempre me ha llamado la atención ese detalle.

—Opino que no debemos dejar las cosas así —intervino Lucy Oriell, con expresión grave—. Seguramente, la señorita Theobald está enterada de la mala reputación de Margery y habrá intentado acogerla aquí, en Santa Clara. Además, hay otra cosa: creo que todas las profesoras están en el secreto y han sido invitadas a ser indulgentes con ella para darle una oportunidad.

Las muchachas se hallaban pendientes de la seria carita de Lucy. Ésta era una chiquilla tan afable que todas la escuchaban con agrado. Ninguna recordaba haberle oído decir nunca nada desagradable de nadie.

—Creo que tienes razón, Lucy —convino Pat—. Muchas veces me he preguntado por qué Margery nunca es reprendida por su desatención y brusquedad y, en cambio, nosotras nos la cargamos si incurrimos en las mismas faltas. Me consta que no es una cuestión de favoritismo, ya que ninguna profesora simpatiza con Margery. Ahora comprendo el motivo.

—Sí, Lucy tiene razón —corroboró Hilary—. Todas las profesoras estaban en el secreto y procuraban ayudar a Margery para ver si cambiaba y se encontraba a gusto en Santa Clara. ¡Qué ilusiones!

—No puedo con la mezquindad —declaró Pat—. Toleró los malos modales, la brusquedad e incluso las malas caras, pero detesto la ruindad.

—Estoy de acuerdo contigo —murmuró Janet—. Con un carácter mezquino no hay gran cosa que hacer. Bien... ¿Qué partido pensáis tomar con lo de Margery? Tú, Lucy, acabas de decirnos que no podemos dejar las cosas como están. ¿Qué sugieres que hagamos?

—Sugiero que reflexionemos todas sobre ello y que mañana vayamos una o dos de nosotras a contar a la señorita Theobald todo cuanto sabemos —propuso Lucy—.

Si Margery no puede enfrentarse con nosotras después de lo sucedido, le daremos una oportunidad de marcharse. Pero si, por el contrario, quiere quedarse y arrastra las consecuencias, tampoco podemos impedirselo. No obstante, la que debe decidir es la señorita Theobald, no nosotras. No conocemos bien el caso. En cambio, la señorita Theobald probablemente sabe el motivo de la extraña conducta de Margery.

—De acuerdo —asintió Janet—. Mañana será otro día. Mi madre suele decir que es una buena cosa consultar con la almohada. Los problemas cambian mucho después de una noche de sueño. Quedamos, pues, en que mañana iremos a ver a la señorita Theobald para contarle todo lo que sabemos.

—Sugiero que vaya Lucy —propuso Hilary—. Lucy tiene mucha diplomacia. Como no siente rencor puede mostrarse imparcial. Pat e Isabel podrían acompañarla, ya que, al fin y al cabo, todas esas detestables bajezas han sido dirigidas contra Pat.

—Entendido —accedió Lucy—. De hecho, preferiría «no» ir, porque detesto mezclarme en esta clase de asuntos. Pero alguien debe hacerlo. Así, pues, quedamos de acuerdo, ¿eh?

Pero, aunque las muchachas trazaron sus planes con extraordinario esmero y seriedad, dichos proyectos no estaban destinados a ser puestos en práctica, ya que, aquella noche, sucedió algo que los trastornó por completo y lo modificó todo en pocas horas.

Las muchachas se acostaron todas, como de costumbre. Erica se quejó de dolor de garganta. El ama le tomó la temperatura y, como estaba a treinta y ocho y medio, tuvo que mandarla a la enfermería, donde había ya otras dos muchachas con un fuerte resfriado.

—Tú también has pillado uno —dijo el ama—. Ahora bebe esto y métete en la cama inmediatamente. Dentro de un rato pasaré a verte. Probablemente mañana estarás bien y, si eres sensata, podrás reanudar las clases pasado mañana.

Erica no se preocupó, en absoluto. Por una parte, le hacía ilusión perder uno o dos días de clase, mayormente con todo aquel jaleo de Margery. Pese a su mezquindad, Erica no había podido menos de horrorizarse al ver la expresión de Margery cuando ésta oyó lo que las muchachas decían de ella.

«De haber sabido que las chicas iban a descubrir que Margery ha sido expulsada de varios colegios y a despreciarla por ello, no habría hecho esas malas pasadas a Pat ni permitido que fuesen atribuidas a Margery —se dijo Erica, sintiendo por vez primera ciertos remordimientos de conciencia—. Ojalá no las hubiese cometido. Pero detesto a esa horrible Pat. ¡Qué bien le estuvo lo del jersey y lo de los cuadernos de historia natural!».

Tras desvestirse, Erica se acostó. Estaba sola en una pequeña habitación situada en lo alto de la enfermería, que era un edificio aislado del resto del colegio, orientado al oeste. Allí ingresaban las muchachas con casos infecciosos, como el sarampión y

otros, o bien las que se dislocaban un tobillo. El ama cuidaba de ellas hasta que estaban en condiciones de reanudar las clases.

Erica fue instalada sola en una habitación porque el ama no estaba segura de si su resfriado derivaría en algo infeccioso. Había habido un caso de sarampión entre las muchachas de Oakdene que habían jugado el partido contra los de Santa Clara y, desde entonces, las profesoras estaban en guardia por si acaso la chica del Oakdene se lo había contagiado a sus discípulas.

En consecuencia, Erica fue separada de las otras dos muchachas resfriadas, por si acaso tenía el sarampión, enfermedad que hasta entonces no había sufrido.

La habitación que le fue destinada era un lindo e independiente aposento situado en lo alto de la enfermería. Antes de acostarse, Erica contempló el cielo estrellado por la ventana de la pequeña estancia y, tras descorrer las cortinas para que entrara el sol a la mañana siguiente, se metió en cama.

A poco, acudió el ama con una botella de agua caliente y una limonada con miel, también caliente. Erica la saboreó con fruición. Luego, el ama la arropó y, tras apagar la luz, se retiró.

Erica no tardó en dormirse. Su conciencia no le quitó el sueño, pues no se distinguía por lo escrupulosa. En su lugar, Pat o Isabel no hubiesen podido conciliar el sueño en toda la noche. En cambio, Erica se durmió plácidamente, y gozó de un sueño tan profundo como el de cualquier muchacha de su grado.

La única que no durmió aquella noche fue Margery. La jovencita permanecía despierta en su dormitorio, pensando en lo que había oído decir a sus compañeras. Siempre, adondequiera que fuese, trascendía su secreto, y tarde o temprano debía marcharse. No quería estar en el colegio, ni tampoco en casa. Lo que deseaba con toda su alma era encontrar un empleo y ganarse la vida con su trabajo. ¡Era horrible ir de colegio en colegio, constantemente y siempre de mal en peor!

Las otras muchachas dormían profundamente. Una de ellas emitía un leve ronquido. Margery se recostó sobre el costado izquierdo y cerró los ojos. ¡Si al menos pudiera dormir! ¡Si al menos pudiera cesar de pensar! ¿Qué sucedería a la mañana siguiente? Ahora que todas las chicas sabían su secreto, sería horrible permanecer allí.

No podía ir a casa. Tampoco podía escaparse, pues sólo disponía de unos pocos chelines. Su única solución era quedarse allí, llena de angustia y de dolor. Cuando se hallaba en ese estado de ánimo, todo le importaba un bledo, y eso favorecía su rudeza, su indiferencia, su tristeza y su mal humor.

«No tengo otra alternativa —pensó la muchacha—. No puedo hacer nada. ¡Si al menos encontrase un medio de evadirme! Pero no hay solución».

Y, volviéndose del costado derecho, cerró los ojos de nuevo. A los pocos instantes, volvió a abrirlos. Era imposible dormir. Luego intentó acostarse sobre la

espalda. Mas tampoco así le entró sueño. Oyó las campanadas del reloj del colegio dando las once, las doce, la una, las dos. ¡Qué noche más larga! A aquel paso, nunca amanecería.

«Voy a buscar un vaso de agua —musitó Margery incorporándose—. Tal vez eso me ayudará pronto a conciliar el sueño».

Y, tras ponerse la bata y las zapatillas, encendió la linterna eléctrica, cuya luz iluminó las dormidas formas de sus compañeras. Ninguna de ellas se meneó siquiera cuando Margery pasó ante sus respectivas alcobas, en dirección a la puerta.

Tras abrirla la muchacha salió al pasillo. Allí cerca, había un cuarto de baño con varios vasos. Margery llenó uno de agua y se acercó tranquilamente a la ventana para beberlo.

Entonces, mientras permanecía allí de pie, bebiendo el agua helada, fue cuando sus ojos vislumbraren algo que la llenó de desconcierto. Sin acordarse de terminar el agua, la muchacha depositó el vaso en una repisa y atisbo por la ventana.

Ésta daba a la enfermería, un edificio de cuatro pisos, alto y algo angosto. Por entonces, se hallaba en completa oscuridad, excepto en un punto.

De cuando en cuando, parpadeaba una luz en lo alto del tercer piso. Dicha luz procedía de una ventana de allí. Margery se quedó desconcertada. ¿Qué sería aquello?

«Parece la vacilante luz de una llama —se dijo—. ¿Pero quién duerme en el tercer piso? Vamos a ver... probablemente eso no es la ventana de una habitación. A buen seguro, se trata de la ventanita que da luz a la escalera de acceso a último piso».

Margery miró atentamente el lugar, para cerciorarse. Pero, debido a la oscuridad, no pudo dilucidar si se trataba de la ventana de la escalera o la de una habitación. La luz fluctuaba incesantemente, al igual que el resplandor de la chimenea de un dormitorio, ora llameando, otra amortiguándose.

«Será mejor que me vuelva a la cama —se dijo Margery con un escalofrío—. Probablemente, es la habitación donde está Erica. Sin duda, el ama habrá encendido la chimenea para caldear la atmósfera, y eso que se ve es el resplandor del fuego».

Así, pues, se volvió a la cama, pero, una vez en ella siguió un poco preocupada por aquella curiosa luz, hasta que, al fin, se levantó de nuevo para comprobar si continuaba viéndose.

Y aquella vez, al mirar por la ventana del cuarto de baño, no le cupo la menor duda de lo que era. ¡Era fuego, fuego, fuego!

Capítulo 15

UN MARAVILLOSO SALVAMENTO

En cuanto Margery vio la luz por segunda vez, lanzó un grito. ¡La ventana de la escalera estaba completamente en llamas!

—¡Fueego! —vociferó Margery, precipitándose a la habitación de la señorita Roberts.

Y, golpeando la puerta, chilló:

—¡Señorita Roberts, señorita Roberts! ¡Pronto! ¡Venga a ver! ¡Hay fuego en la enfermería! ¡Por favor, dese prisa!

La señorita Roberts se despertó sobresaltada. Su habitación daba a la enfermería y la profesora vio al punto el resplandor que acababa de descubrir Margery. Bregando por ponerse una bata, la señorita se precipitó a la puerta.

—¡Señorita Roberts! —exclamó Margery, deteniéndola—. ¿Quiere que vaya a ver si el ama está enterada? ¡Estoy segura de que no lo sabe!

—¡Sí, ve inmediatamente! —asintió la señorita Roberts—. Pero no despiertes a ninguna de las chicas de este edificio, Margery. No hay necesidad de que se enteren. ¡Ahora date prisa! Yo iré en busca de la señorita Theobald y, luego, nos reuniremos con vosotras.

Margery bajó la escalera en volandas y, descorriendo el pestillo de la puerta lateral, atravesó velozmente la extensión del césped que separaba la enfermería del colegio.

—¡Ama, ama! —gritó golpeando la puerta—. ¿Está usted ahí?

El ama se hallaba profundamente dormida en el segundo piso y no se despertó. Fue Queenie, una de las muchachas que guardaban cama con un resfriado, la que oyó las voces de Margery.

—¿Qué sucede? —preguntó, precipitándose a la ventana.

—¡Hay fuego en la enfermería! —gritó Margery—. ¡El tercer piso está en llamas! ¡Despierta al ama!

La muchacha se precipitó a la habitación del ama y, zarandeándola, la llamó con voz asustada. El ama se despertó al punto y se echó un abrigo sobre los hombros.

La señorita Theobald apareció en compañía de diversas profesoras. Una de ellas había telefoneado ya a los bomberos. Por todas partes surgían muchachas, a pesar de las órdenes de las profesoras de que se volviesen a la cama.

—¡Ahora estaba pensando! —exclamó Janet, siempre dispuesta a disfrutar de cualquier experiencia que le saliera al paso—. ¿Quién es el guapo que se vuelve a la cama con un magnífico incendio a la vista? ¡Caracoles! ¡En mi vida he visto ninguno!

Y éste no pienso perdérmelo. ¡Además, no hay nadie en peligro!

Pululaban muchachas por doquier. El ama intentó hallar a las tres resfriadas, esto es, a Queenie, Rita y Erica.

—No deben exponerse al frío de la noche —dijo muy preocupada—. ¡Ah! ¿Estás aquí, Queenie? Ve inmediatamente al dormitorio del segundo grado y métete en la primera cama que veas allí. ¿Está Rita contigo? ¿Y Erica?

—Rita está aquí —respondió Queenie—. En cuanto a Erica, creo haberla visto por alguna parte.

—¡Pues búscala y llévala en seguida a la cama! —ordenó el ama—. ¿Y las dos sirvientas? ¿Están a salvo?

Sí, ambas estaban a salvo, tiritando en las inmediaciones, con los abrigos puestos, en tanto contemplaban las llamas, cada vez más grandes.

—Oiga usted, ama —inquirió la señorita Theobald—. ¿Ha salido todo el mundo de la enfermería? ¿Está usted segura? ¿Están a salvo todas las muchachas y las sirvientas?

—He visto a Queenie y a Rita —declaró el ama—. Por su parte, Queenie dice haber visto a Erica. Ésas son las tres únicas muchachas que había en la enfermería. Y las dos sirvientas están ahí.

—En este caso no hay cuidado —suspiró la señorita Theobald, aliviada—. ¿Por qué no llegaran aún esos bomberos? Temo que el cuarto piso arda por completo.

Lo malo era que Queenie no había visto a la verdadera Erica, sino a una muchacha de cuarto grado llamada Erica. Ignoraba que el ama se refiriese a la Erica del segundo grado. Erica se hallaba, pues, aún en la enfermería.

Nadie lo sospechó hasta que, súbitamente, Mademoiselle, lanzando un chillido, señaló con mano temblorosa la ventana del piso superior.

—¡«*Oh, que c'est terrible*»! —gritó—. ¡Hay alguien allá arriba!

La pobre Erica estaba asomada a la ventana. La había despertado el olor a humo y se encontró con que su habitación se hallaba invadida por la maloliente humareda que se colaba por debajo de la puerta y por los intersticios de su marco. Luego, la muchacha percibió la crepitación de las llamas.

Presa de verdadero pánico, Erica saltó de la cama e intentó en vano dar la luz. Los cables exteriores se habían quemado, dejando a oscuras la habitación. Entonces, la muchacha echó mano de su linterna eléctrica.

Guiada por su luz, se precipitó a la puerta, pero al abrirla, entró una gran bocanada de humo que le produjo una sensación de asfixia. Por la escalera no había salida posible. Estaba completamente en llamas.

El incendio había sido ocasionado por un cable eléctrico de la escalera cuyas chispas prendieron en la madera seca. Como la escalera era vieja no tardó en arder violentamente. No había salida posible para Erica. La muchacha trató de meterse en

la habitación contigua, de cuya ventana partía una escalera de escape, pero el humo era tan denso que la chica tuvo que retroceder a su dormitorio para no asfixiarse. Tras cerrar la puerta, se precipitó a la ventana.

—¡Auxilio! —gritó con voz débil, aspirando ávidamente el aire puro de la noche—. ¡Socorro!

Nadie la oyó, pero Mademoiselle la avistó allí en lo alto. Al oír el grito de la profesora de francés, todo el mundo levantó la vista a la ventana con un murmullo de espanto.

La señorita Theobald palideció, notando al punto que se le aceleraba el ritmo del corazón. ¡Una muchacha allí arriba! ¡Y la escalera ardiendo!

—¡Dios mío! —sollozó—. ¡Y todavía no han llegado los bomberos! ¡Si al menos tuviésemos una escala que alcanzase a esa ventana! ¿Cuándo llegarán, Señor?

Alguien había encontrado la manguera del jardín y procedía a echar agua sobre las llamas. Pero la escasa presión del líquido no bastaba para atajar la violencia del fuego. Erica volvió a gritar:

—¡Socorro! ¡Sálvenme, sálvenme!

No comprendía por qué ninguna de aquellas personas que la contemplaban desde abajo acudía a salvarla. Ignoraba que los bomberos no habían llegado aún y que nadie disponía de una escalera de mano lo suficiente larga para alcanzarla.

—¿Dónde está la escala larga del jardín? —inquirió Margery de pronto al ver a un jardinero por los alrededores—. Vayamos a por ella. A lo mejor podemos echarle una cuerda o algo aunque la escalera no alcance.

Varios hombres fueron en busca de la escalera de mano más larga y, tras apoyarla en el muro, uno de ellos subió a lo alto de la misma. Pero la escalera no alcanzaba ni mucho menos la ventana de Erica.

—Es inútil —dijo el hombre al bajar—. No alcanza. ¿Qué hacen esos bomberos? ¿Es posible que tarden tanto?

—Es que han tenido que acudir a otro incendio —explicó una de las profesoras, que acababa de reclamar por teléfono—. ¡Vienen inmediatamente!

—¡Será tarde! —replicó Margery—. ¡Erica no tardará en ser alcanzada por las llamas!

Y, antes de que nadie pudiera detenerla, la muchacha se despojó de su bata y trepó por la escalera como un mono, desatendiendo los gritos de la señorita Theobald instándola a volver.

—¡No podrás hacer nada, imprudente! —vociferaba la directora—. ¡Vamos, baja de ahí en seguida!

Todas las miradas estaban fijas en Margery en tanto ésta se encaramaba a lo alto de la escalera. Las llamas iluminaban la escena, y la oscura figura de la muchacha era perfectamente visible.

—¿Qué se propone hacer esa chica? —farfulló la señorita Roberts, desesperada—. ¡Se caerá!

Pero Margery había visto algo que acababa de darle una idea. A la derecha de la escalera, había un tubo de hierro. Tal vez podría trepar por él y alcanzar la ventana de Erica. Ignoraba lo que haría después, pero, de momento, ¡era preciso hacer algo!

Una vez en lo alto de la escalera, agarró el fuerte tubo de hierro confiando en que estaría bien sujeto al muro. Afortunadamente lo estaba. Margery pasó de la escalera al tubo, asiéndose a él con manos y rodillas con todas sus fuerzas.

¡Cuán útil le resultó entonces todo el entrenamiento efectuado en el gimnasio! Las innumerables veces que había trepado por las cuerdas le habían fortalecido los brazos y las piernas, confiriéndoles firmeza y vigor. Resultaba incomparablemente más difícil trepar por un tubo rígido que por una flexible cuerda, pero Margery venció la dificultad y ascendió por el tubo valiéndose de las manos, las rodillas y los pies. Erica la vio llegar.

—¡Oh, sálvame! —suplicó la muchacha, medio loca de terror.

Margery llegó a la ventana. A la sazón, venía lo más difícil: pasar del tubo al antepecho de la ventana.

—¡Erica! —gritó Margery, tendiendo la mano sobre la repisa—. ¡Agárrate a algo y dame la mano! ¡Si tiras de mí podré entrar ahí!

Erica obedeció. Asiéndose a una recia librería instalada junto a la ventana, tendió la mano a Margery y ésta, tomando impulso, pasó del tubo al antepecho. Al hacerlo, se hizo una terrible rascadura en la rodilla, pero, de hecho, ni siquiera notó el dolor. En un abrir y cerrar de ojos, se encontró dentro de la habitación. Erica se abrazó a ella, llorando.

—Vamos, no seas tontaina —murmuró Margery, desasiéndose.

Al propio tiempo, echó una mirada circular a la estancia, llena de una humareda densa y negra. Las llamas alcanzaban ya la puerta y el suelo se notaba caliente bajo los pies.

—No hay tiempo que perder. ¿Dónde está tu cama?

Erica la señaló con el dedo, a través del humo. Margery se precipitó a ella, tosiendo bajo los efectos de la humareda, y tiró de las sábanas y mantas. Luego, volviendo junto a la ventana, asomó la cabeza al exterior para aspirar una bocanada de aire fresco. Seguidamente, rasgó las sábanas por la mitad.

—¿Qué estás haciendo? —exclamó Erica, creyendo que Margery se había vuelto loca—. ¡Sácame por esa ventana!

—En seguida, muchacha —la tranquilizó Margery, anudando firmemente los cuatro jirones de sábana.

En el momento en que Margery buscaba con la mirada algo a propósito para atar un extremo de aquella cuerda improvisada, se desplomó la puerta con gran estrépito y

las llamas se propagaron a la habitación.

—¡Por favor, date prisa! —chilló Erica—. ¡Voy a saltar!

—Nada de eso —repuso Margery—. Podrás salvarte inmediatamente. Atiende. ¿Ves estas sábanas atadas al pie de tu cama? Pues ahora ayúdame a arrastrar la cama junto a la ventana. Eso es.

Margery echó el otro extremo de la tira al exterior. ¡Casi alcanzaba a lo alto de la escalera! ¡Aquella vez no habría necesidad de descender por lo tubería!

Margery se sentó en el antepecho de la ventana y obligó a Erica a hacer lo propio. Abajo, una multitud de muchachas y profesoras contemplaban sus movimientos, conteniendo la respiración. Uno de los jardineros se había encaramado a lo alto de la escalera, con la esperanza de poder ser de alguna utilidad.

—¿Te crees capaz de descender por esta cuerda improvisada? —preguntó Margery a la temblorosa Erica—. Fíjate, es muy fácil.

—¡Oh, no, no podré! —sollozó Erica, aterrada.

En vista de ello, Margery tuvo un rasgo de valentía. Se cargó a Erica a la espalda, y con la asustada muchacha adherida a su cuerpo, procedió a descender por la tira de sábanas. Afortunadamente, éstas eran nuevas y recias, y soportaron el peso.

Margery descendió lentamente, con los brazos casi desarticulados por el peso de Erica. Qué alivio experimentó al tentar con los pies el peldaño superior de la escalera y oír una voz exclamando:

—¡Magnífico, señorita! ¡Yo las ayudaré!

El jardinero en lo alto de la escalera tomó a Erica en sus brazos. Mientras el hombre ayudaba a bajar a la llorosa muchacha, Margery se deslizó por los últimos palmos sobrantes de tira.

Lo que sobrevino a continuación nadie logró ponerlo nunca en claro. Sin duda Margery estaba fatigada por su emocionante ascensión y no menos emocionante rescate; lo cierto fue que, al poner los pies sobre la escalera, perdió el equilibrio y se vino abajo. La espalda del jardinero mitigó un poco la fuerza de la caída, pero, con todo, la muchacha cayó al suelo desde una altura de dos metros o dos metros y medio.

Todas las espectadoras se precipitaron a ella. Pero Margery estaba inmóvil. Por lo visto, se había quedado inconsciente a consecuencia de un golpe recibido en la cabeza. Con sumo cuidado, fue trasladada al colegio en el preciso momento en que llegaba el coche de los bomberos lanzando al aire los estridentes sonos de su potente sirena. Al punto, fuertes chorros de agua cayeron sobre las llamas y, a los cinco minutos, el fuego fue dominado.

Pero, como la señorita Theobald se temía, el piso superior quedó completamente destruido. La habitación donde había estado durmiendo Erica era un montón de maderos carbonizados.

Las chicas recibieron orden de acostarse y esta vez obedecieron. Pero en los labios de todas vibraba un nombre aquella noche, el nombre de una auténtica heroína.

—¡Qué maravillosa ha estado Margery! ¡Ha salvado la vida de Erica! ¿Cómo es posible que pudiera trepar por aquella tubería? ¡Quiera Dios que no se haya hecho mucho daño! ¡Qué admirable muchacha!

Capítulo 16

UNA CONFESIÓN

A la mañana siguiente, todas quisieron enterarse del estado de Margery. Unas pocas se acordaron de preguntar por la pobre Erica, pero lo que verdaderamente les preocupaba era Margery.

—¡Se ha roto una pierna! ¡Pobre Margery! Además, se ha lastimado la cabeza. Afortunadamente, no es nada grave. Está en la trasalcoba de la habitación de la señorita Theobald. ¡La directora esto orgullosísima de ella!

—¡No me sorprende! —repuso Janet, ferviente admiradora de toda clase de intrepidez—. Ahora me tiene sin cuidado la conducta de Margery en el curso de las últimas semanas. ¡Lo he olvidado todo! ¡Una chica capaz de una proeza como ésta puede permitirse el lujo de ser todo lo brusca y huraña que se le antoje!

—Después de esto, todavía me parece más inverosímil que Margery pudiera cometer tales bajezas —comentó Lucy—. Tengo la impresión de que nos equivocamos. ¡Probablemente la culpable fue otra persona! El valor de que Margery dio pruebas anoche no es propio de los caracteres mezquinos. ¡Es imposible!

—Ojalá lo supiéramos con certeza —intervino Alison, presa de un sentimiento de culpabilidad por haber revelado el secreto de Margery y haber permitido que todas sus compañeras se enterasen de que la muchacha había sido expulsada de tantos colegios.

No tardaron en saber quién era la verdadera culpable. Lucy lo averiguó casualmente al visitar a Erica, instalada en un pequeño aposento anexo a uno de los dormitorios. La aventura no había contribuido en gran medida a empeorar su estado, pero la chica no cesaba de compadecerse a sí misma.

Erica había permanecido despierta toda la noche, pensando en el incendio y en Margery, su salvadora.

¡Y su conciencia pareció salir de su letargo! ¡Pensar que aquella muchacha que tan valerosamente le había salvado la vida, era la misma que había arrastrado las consecuencias de su mezquindad! Sólo de pensarlo, Erica sentía un vivo ardor en las mejillas, deseosa de que la perjudicada hubiese sido cualquier otra muchacha excepto Margery, su salvadora.

Lucy acudió a ver a Erica al terminar las clases de la mañana. Ninguna obtuvo permiso para ver a Margery, pues ésta debía observar absoluto reposo por espacio de unos días. Nadie se preocupó de ver a Erica, pero la bondadosa Lucy, como de costumbre, se acordó de la muchacha abandonada a la soledad del pequeño aposento y preguntó al ama si podía visitarla.

—Por supuesto —accedió el ama—. Esta mañana se encuentra casi perfectamente, aparte de un poco de resfriado y el susto consiguiente. Tu visita le hará mucho bien y estará contenta.

En consecuencia, Lucy entró en la estancia y se sentó junto a Erica. Tras cambiar unas pocas impresiones, Erica preguntó por Margery, sin atreverse a mirar a Lucy al hacerlo, por temor a traicionar su culpabilidad.

—¿No te lo han dicho? —exclamó Lucy, sorprendida—. La pobre Margery se ha roto la pierna derecha. Eso significa que tendrá que renunciar una temporada a la gimnasia y a los deportes, y, como eso es lo único que le importa, le espera un verdadero suplicio. Además, se dio un golpe en la cabeza, aunque no grave. ¡No cabe duda que Margery se portó como una «*heroína*», Erica!

Erica se sentía profundamente trastornada. ¡Ella que se figuraba que Margery estaba perfectamente y en plan de ser objeto de la loa de todo el colegio! ¡Y, en lugar de ello, he ahí que se hallaba en cama con una pierna fracturada y la cabeza contusionada!

Erica se volvió de cara a la pared, tratando de reflexionar sobre el asunto, con un aspecto tan abatido que Lucy se compadeció de ella. No simpatizaba con Erica, pero convencida de que toda aflicción debe ser aliviada, murmuró, tomando la mano a la muchacha:

—No te preocupes, Erica. La pierna se le curará y pronto volverá a correr por ahí. Todas nos sentimos muy orgullosas de ella.

—¿Todavía... todavía la consideras culpable de aquellas bajezas? —farfulló Erica, sin mirar a su interlocutora.

—No —repuso Lucy, al punto—. Esa clase de travesuras no son propias de un carácter enérgico e intrépido como el de Margery. Tiene muchos defectos, algunos muy malos, pero, a mi modo de ver, no es traidora ni mezquina.

En aquel momento, el ama asomó la cabeza por la puerta.

—Vamos, Lucy —dijo—. Ya han pasado diez minutos.

—¡Por favor, por favor, no te vayas aún! —suplicó Erica, asiendo la mano de Lucy ante el temor de quedarse a solas con sus pensamientos.

Pero Lucy tuvo que marcharse y Erica pasó un mal rato a partir de aquel momento. Mala cosa es saberse despreciado por los demás; pero todavía resultaba más duro sentir desprecio por uno mismo. Y ése fue precisamente el sentimiento que embargó entonces a la pobre Erica con gran disgusto por su parte, se consideró mezquina, rencorosa, hipócrita y perversa.

Siempre de cara a la pared, se negó a probar bocado a la hora de comer. Preocupada, el ama le tomó la temperatura y al ver que ésta era normal, le preguntó:

—¿Te preocupa algo, Erica?

El tono afable de aquella voz, conmovió a la muchacha.

—Sí —murmuró con los ojos llenos de lágrimas—. Estoy profundamente preocupada, sin poderlo remediar.

—Cuéntamelo todo —instó el ama.

—No —repuso Erica, volviéndose de nuevo a mirar a la pared.

Pero, comprendiendo que no podría reprimirse por mucho tiempo más, gritó al ama en el momento en que ésta salía de la habitación:

—¡Ama! ¡Quiero que venga Lucy!

—¡Lucy está en clase, chiquilla! —replicó el ama—. Si lo deseas, vendrá a verte a la hora del té.

Erica prorrumpió en un llanto tan copioso y en unos sollozos tan conmovedores que el ama, precipitándose junto a ella, le preguntó:

—¿Pero qué te ocurre, muchacha?

—¡Por favor, ama! —sollozó Erica—. ¡Vaya usted en busca de Lucy! ¡Hágalo, se lo suplico!

El ama mandó a por ella, diciéndose que cuanto antes expusiera Erica el motivo de su preocupación tanto más pronto se recuperaría de aquel estado de inquietud. Lucy acudió, sorprendida.

—Erica está inquieta por algo, Lucy —explicó el ama—. Procura sonsacarla, ¿quieres? Si sigue así le subirá la temperatura y se pondrá enferma de verdad.

Lucy entró en la pequeña estancia y se sentó en la cama de Erica. Ésta había cesado de llorar, pero tenía la cara pálida y contraída. Sus ojos, secos ya de lágrimas, se posaron en la recién llegada.

—¿Qué te sucede, muchacha? —inquirió Lucy, con su afable carita llena de cordialidad.

—¡Oh, Lucy! —balbuceó Erica, desesperadamente—. Yo fui la autora de todas aquellas tropelías contra Pat. Margery es inocente. La culpable soy yo.

—¿Qué dices, Erica? —exclamó Lucy, profundamente impresionada—. ¡Pobre, pobre Margery!

Erica no despegó los labios. Una vez más, se volvió de cara a la pared, en actitud inmóvil. Se sentía enferma.

Por su parte, Lucy permaneció, asimismo, unos instantes silenciosa tratando de encajar lo que Erica acababa de decirle. Luego, con un esfuerzo, tomó la helada mano de la muchacha, comprendiendo que debía mostrarse amable con ella, pese a lo que por su culpa había tenido que arrastrar Margery.

—¡Me alegro de que me lo hayas confesado, Erica! —exclamó—. Supongo que comprendes que ahora debo decírselo a las demás, ¿verdad? No podemos consentir que nadie crea ni por un momento que Margery cometió semejante desatino. La hemos acusado injustamente y hemos de reparar nuestra ofensa. ¿Te haces cargo, verdad?

—¿Es absolutamente preciso? —se lamentó Erica, prorrumpiendo en llanto una vez más—. ¿Con qué cara me presentaré entonces ante ellas?

—No sé, Erica —murmuró Lucy—. Eso debes decidirlo tú. Lo cierto es que has sido terriblemente mezquina y rencorosa. Ahora que te has franqueado conmigo, ¿por qué no se lo cuentas todo a la señorita Theobald, a ver qué opina ella?

—No, no me atrevo a hacerlo —repuso Erica, temblando con sólo recordar el severo rostro de la directora—. Díselo tú, Lucy. ¡Oh, Lucy! ¡Quiero marcharme de aquí! ¡Me he portado tan mal! Nadie ha simpatizado nunca conmigo, ni lo hará en adelante. ¡Ahora menos que nunca! Y, si nadie se muestra cordial conmigo, no tendré ocasión de rectificar. Sé que soy una cobarde. Pero me siento incapaz de hacer frente a las circunstancias.

—Lo sé —masculló Lucy, gravemente—. No obstante, tarde o temprano, tendrás que aprender a enfrentarte con ellas, Erica, y tratar de corregir ese carácter mezquino y rencoroso que tienes. De lo contrario, nunca serás feliz. Veré a la señorita Theobald. Tú no te preocupes demasiado. Me alegro de que hayas sido tan franca conmigo.

Y, dejando a Erica sumida en sus pensamientos, Lucy acudió al ama y le dijo:

—Erica me ha contado el motivo de su preocupación, ama, y, ahora, debo comunicárselo a la señorita Theobald. ¿Puedo ir a verla?

—Por supuesto —accedió el ama, diciéndose que Lucy Oriell era una de las muchachas más excelentes que habían pasado por el colegio de Santa Clara—. Ve ahora mismo. Ya me encargaré de pasar aviso a la señorita Roberts.

Total, que Lucy fue a ver a la señorita Theobald y le contó el culpable secreto de Erica con su clara y afable vocecilla. La directora la escuchó gravemente, sin interrumpirla ni una sola vez. Por fin, exclamó:

—¿De modo que Margery ha sido acusada injustamente? ¡Pobrecilla! ¡Qué desdichada es! No obstante, anoche se portó maravillosamente. ¡Qué valor mostró! Su carácter tiene dos facetas, y la más admirable de ambas se puso de manifiesto ayer.

—Señorita Theobald —declaró Lucy, posando los ojos en los de la Directora—. Sabemos que Margery ha sido expulsada de muchos colegios, y hemos adivinado que las profesoras tienen orden de ser indulgentes con ella para darle una oportunidad de enmendarse, porque reina un maravilloso espíritu en esta escuela. Por mi parte, lo he captado y me entusiasma. Estoy satisfechísima de que mis padres me hayan enviado a este internado.

Contemplando el afable y sincero semblante de Lucy, la señorita Theobald esbozó una de sus raras dulces sonrisas.

—Y a mí también me satisface que tus padres te mandasen aquí —declaró la Directora—. Eres el tipo de muchacha que contribuye a crear ese espíritu y a convertirlo en algo vivo y poderoso, Lucy.

Lucy, se ruborizó de alegría, ebria de satisfacción.

—Ahora —prosiguió la señorita Theobald, volviendo al asunto que les ocupaba—, hemos de decidir una o dos cosas.

Lucy se sintió orgullosa de sí misma. ¡Pensar que la señorita Theobald había hablado en plural y que ambas iban a tomar decisiones!

—A propósito de Margery. Ve a verla y cuéntale todo lo que acabas de decirme. Es preciso que sepa cuanto antes que os equivocasteis y que lo lamentáis sinceramente. Además, debe saber que la culpable fue Erica. ¡Qué casualidad que haya tenido que ser ella precisamente la salvadora de la muchacha que le ha hecho tanto daño! Me figuro el trastorno que habrá sufrido Erica con todo esto.

—Eso cambiará mucho las cosas en favor de Margery —comentó Lucy con ojos centelleantes—. ¡Ahora todo el mundo la considerará una heroína, en lugar de una chica brusca y huraña, siempre enojada con todo el mundo! ¡Qué oportunidad para Margery!

—Sí, creo que en lo sucesivo se le simplificarán mucho las cosas —pronosticó la señorita Theobald—. Sin duda habréis adivinado que el hogar de Margery no es un hogar normal, Lucy, y naturalmente eso no ha contribuido a endulzarle la vida. No puedo decirte nada más. ¡Debes contentarte con esto! Ahora, queda en pie la cuestión de Erica. ¿Qué te parece a ti?

Ambas se miraron gravemente. El orgullo de Lucy fue en aumento al ver que la señorita Theobald confiaba en su opinión.

—A Erica se le complicarán mucho las cosas, señorita Theobald —manifestó al fin la jovencita—. Tiene muy poca energía y, después de esto, será incapaz de hacer frente a la hostilidad de las muchachas. Si tuviera el valor de hacerlo, sería su salvación. Pero estoy absolutamente segura de que no lo tendrá. Creo que la mejor solución por su parte sería marcharse y empezar de nuevo en otro colegio. No me refiero a una vergonzosa expulsión, sino a algún arreglo pacífico.

—Sí, ya comprendo —asintió le Directora—. Puedo poner en antecedentes a su madre (la muchacha no tiene padre, ¿sabes?), y sugerirle que Erica regrese a su hogar lo que resta de trimestre y pase luego a otro colegio el próximo verano, con la firme determinación de portarse mejor. ¡Pobre Erica! ¡Qué gran cosa ha sido que, cuando menos, tuviera el valor de confesarte su culpa!

Lucy dejó a la directora muy satisfecha de aquel cambio de impresiones. Era consolador saber que una persona juiciosa y buena tomaba las riendas de un asunto tan espinoso como aquél.

Como por entonces era ya hora de merendar, Lucy se dirigió al comedor con un hambre canina.

—¿Dónde has estado? —inquirieron una docena de voces, al verla entrar en la sala—. ¡Nos ha sorprendido que te perdieras la clase de dibujo con lo que te gusta a ti

dibujar!

—¡Oh, sí! —exclamó Lucy, tristemente—. ¡Qué lástima! ¡Ni siquiera me he acordado! En fin, no he podido evitarlo.

—¡Pero, Lucy! —intervino Pat—. ¿Dónde has estado y qué ha sucedido? ¡Cuéntanoslo! ¡Estás muy acalorada!

—Me he enterado de una porción de cosas muy interesantes —declaró Lucy, sirviéndose una rebanada de pan con mantequilla y mermelada—. Os lo contaré después del té, en la sala general. Ahora estoy demasiado hambrienta para hablar. ¡Conque tened un poco de paciencia, muchachas!

Capítulo 17

MARGERY RECIBE AYUDA

Las alumnas de primer y segundo grado se reunieron en su sala común después de merendar, ansiosas de escuchar lo que Lucy tenía que contarles. Sabían perfectamente que se trataba de algo emocionante.

Sentada ante su mesa, Lucy procedió a ponerlas en antecedentes con su clara y pausada voz. Su relato sufrió muchas interrupciones, ya que el enojo de las muchachas fue inenarrable al oír que, encima de estropear el jersey y los cuadernos de Pat, Erica había tenido la desfachatez de consentir que la culpa recayera en Margery.

—¡Qué desalmada! ¡Qué detestable desalmada!

—¡Me gustaría arrancarle todo el pelo! ¡Sólo de pensar que eché la culpa a la pobrecilla Margery me entran deseos de abofetearme!

—¿Se habrá visto qué rencorosa? ¡No volveré a dirigirle la palabra mientras viva!

—¡Aguardad a que vuelva a clase! ¡Le haré pasar un mal rato de miedo! ¡Pensar que Margery se ha roto la pierna para salvar a «esa» despreciable criatura!

—Ahora atended —instó Lucy, tratando de atajar aquella algarabía de gritos y exclamaciones—. ¡«Atended»! Tengo otra cosa que deciros.

Todo el mundo guardó silencio. Lucy les contó entonces que Erica iba a volver a casa, no en plan de expulsada, sino para ingresar en otro colegio y empezar una nueva vida escolar.

—Es de esperar que habrá aprendido la lección y no volverá a ser tan mezquina en el futuro —concluyó Lucy.

—Esa lección sólo la aprendería debidamente en el caso de que la señorita Theobald la obligase a volver a clase —masculló Janet, enfurruñada.

—Sí, pero sería contraproducente —arguyó Lucy—. Además de sentirse muy desdichada, se asustaría terriblemente. Y, francamente, todas sabemos que nadie es capaz de hacer nada bueno bajo los efectos del miedo y el dolor.

—¡Cómo de costumbre Lucy intercede en favor de los desgraciados! —profirió Pat, dando un cariñoso abrazo a la hija del pintor—. ¡Eres muy buena, Lucy! y, como siempre, tienes toda la razón.

Sucedió, pues, que Erica no volvió a ser vista en Santa Clara. La única que tuvo ocasión de hacerlo fue Lucy, con motivo de ir a despedirse de ella, dos días más tarde, en cuanto Erica se levantó de la cama, con expresión pálida y desdichada. Por una parte, la muchacha se alegraba de marcharse, pero temía la reacción de su madre.

—Lo mejor es que confieses a tu madre sinceramente que has sido una muchacha

mezquina y rencorosa —le aconsejó Lucy—, y que, como te has dado cuenta de ello, estás dispuesta o enmendarte y a convertirte en lo contrario. Puedes y debes hacerlo. Escríbeme el próximo trimestre diciéndome cómo sigues.

Así, pues, la chismosilla Erica desapareció de Santa Clara para emprender una nueva vida en otro colegio. Nadie la echó de menos ni acudió a despedirla cuando se fue en un taxi con su equipaje. Había sido la artífice de su propio castigo y, naturalmente, éste le resultaba mucho más difícil de sobrellevar que cualquier otro.

—¿Cómo sigue Margery? —preguntaban todas al ama, innumerables veces al día.

Hasta que al fin, ésta, desesperada, puso una tablilla en la puerta con el siguiente parte:

«*Margery sigue reponiéndose rápidamente*».

—¡Caracoles! —exclamó Janet al leerlo—. ¡Cómo los reyes! ¡Cuándo el rey está enfermo ponen una tablilla en la entrada de palacio, dando cuenta de su estado!

Lucy y Pat fueron las dos primeras que obtuvieron permiso para ver a Margery. Cargadas de flores y uvas, entraron en la acogedora trasalcoba, iluminada por un chispeante fuego.

—¡Hola, muchacha! —exclamó Pat, ofreciéndole las flores—. ¿Cómo está la heroína?

—¡No digáis majaderías! —protestó Margery—. ¡Cielos! ¡Qué preciosidad de narcisos! ¡Vaya, qué sorpresa! ¿Cómo os habéis enterado de que mis favoritas son esas grandes de color púrpura?

—Te traigo esto de parte de Isabel —declaró Pat, tendiéndole un rompecabezas—. Y esto de parte de Janet. Todo el mundo te guarda un pequeño obsequio, pero el ama no quiere demasiado jaleo a un tiempo.

Margery se ruborizó de satisfacción, contemplando el rompecabezas de Isabel y el libro de Janet. El goce de sentirse tan mimado le hizo olvidar el dolor que sentía en la pierna.

—¿Cómo está Erica? —inquirió.

—Se ha ido —respondió Lucy—. Se ha ido para no volver.

—¿Qué se ha ido? —exclamó Margery con un sobresalto—. ¿Por qué? ¿Está enferma?

—No —repuso Lucy—. Se ha marchado porque no se sentía con fuerzas para enfrentarse con el colegio ahora que todo el mundo sabe que ella fue la que echó a perder el jersey y los cuadernos de Pat.

Margery se las quedó mirando presa de un completo desconcierto.

—¿Pero no decíais que la culpable era yo? —balbuceó al fin—. ¿Cómo habéis averiguado que fue Erica? ¡Me gustará saberlo!

Tras ponerla en antecedentes, Lucy concluyó:

—Todas te debemos una humilde disculpa por haber sido tan injustas. Ten la

bondad de aceptarla, Margery. Cuando te restablezcas, te la presentaremos en masa.

Rara vez lloraba, pero, en la presente ocasión, Margery notó que se le llenaban los ojos de lágrimas. Avergonzada, trató de disimularlas. Por espacio de unos instantes se quedó sin saber qué decir. Por fin masculló:

—No me sorprende que me atribuyeseis semejantes fechorías. Mi conducta ha sido francamente detestable. Es la pura verdad que he sido expulsada de seis colegios por grosería y brusquedad. Lo que ocurre es que, como en mi casa nadie se ocupa de mí me siento muy desgraciada, y ese estado me induce al mal comportamiento.

—No te esfuerces en darnos explicaciones —interrumpió Lucy—. Pero si te sirve de alivio, cuéntanoslo todo. Puedes estar segura de que seremos comprensivas.

—En realidad no hay mucho que contar —suspiró Margery, posando los ojos en el cordial semblante de Lucy—. Probablemente, la principal culpable soy yo. Veréis. Mi madre murió cuando yo era chiquitina. Era un sol. A su muerte, mi padre volvió a casarse y mi madrastra me tomó ojeriza. Contaba tales atrocidades de mí, que mi padre se pasaba el día reprendiéndome. Yo le quería muchísimo, y sigo queriéndole, naturalmente. Daría cualquier cosa porque él me tuviese en buen concepto. ¡Es tan maravilloso!

Margery hizo una pausa. Las otras guardaron silencio. Por último, mordiéndose el labio, la muchacha prosiguió:

—Mi madrastra tenía tres chicos y mi padre estaba satisfecho con ellos, porque toda su ilusión eran los muchachos. A consecuencia de ello, yo quedé relegada a un segundo término con la sensación de que nadie me quería. Y, naturalmente, empeoré a pasos agigantados y cada vez me puse más insoportable. Hacía la vida imposible a mi madrastra con mi rudeza y brusquedad, y mi padre se enfadó mucho conmigo. Total, que me convertí en la oveja negra de la familia y cesé de sentir interés en nada.

—Y te mandaron a un internado, donde seguiste triste y amargada —corrigió Lucy, tomando la recia mano de Margery en su menuda diestra—. ¡Oh, Margery! ¡Cuánto lo siento! ¡Has sido muy desafortunada!

—¡Pero tu padre tendrá un alegrón de miedo cuando se entere de tu hazaña con Erica! —exclamó Pat.

—No pienso decírselo —gruñó Margery—. No lo sabrá. ¡No se lo creería aunque alguien se lo dijera! Me tiene por un ser inútil. Es un hombre maravilloso, intrépido y valiente. ¡Escaló el Everest!

—¡Atiza! —profirió Pat, admirada—. Debe de ser un hombre admirable. Y tú te pareces a él, no cabe duda. Basta ver lo fuerte que eres y la destreza que muestras en los deportes y la gimnasia. Además, tienes una valentía sin límites.

Súbitamente, los ojos de Margery se iluminaron. La muchacha los mantenía fijos en Pat, como si ésta hubiese dicho algo maravilloso.

—Nunca se me había ocurrido pensar semejante cosa —murmuró al fin la

jovencita—. ¡Claro que sí! ¡Me parezco a él! ¡Qué gusto da pensarlo! Sí, soy muy fuerte y me figuro que, además, soy valerosa, aunque, en realidad, eso no tiene mucho mérito, porque la gente fuerte suele ser valiente. ¡Oh, Pat! ¡Me has hecho muy feliz con esas palabras! ¡Creo que mi padre me tendría en mucho mejor concepto si supiese que me parezco a él!

El ama entró en el pequeño aposento en aquel interesante punto de la conversación. Complacida al ver la alegre expresión de Margery, exclamó:

—Parece ser que vuestra visita le ha hecho un gran bien. Pero ya es hora de que os retiréis. ¡Caramba, qué preciosidad de flores! Oye, Lucy. Dile a Isabel que mañana podrá venir a visitar a Margery con Janet.

Tras despedirse, ambas muchachas salieron de la estancia. En cuanto estuvieron en el pasillo, Pat asió a Lucy por el brazo y mirándola con ojos brillantes de excitación, exclamó:

—¡Oh, Lucy, Lucy! Tengo una idea fantástica.

—¿De qué se trata? —preguntó Lucy.

—¡Atiende! —empezó Pat—. ¿Sabes qué pienso hacer? ¡Recortar la fotografía de Margery aparecida en el periódico local y la gacetilla con el relato de como salvó a Erica, y enviárselo todo a su padre con una carta expresando lo orgullosísimas que nos sentimos todas de ella en Santa Clara!

—¡Caramba! —exclamó Lucy—. ¡Tienes razón! ¡Qué magnífica idea! ¡Ojalá se me hubiese ocurrido a mí! La señorita Theobald nos facilitará las señas. Estoy segura de que, cuando el padre de Margery se entere de lo orgullosas que nos sentimos de ella en Santa Clara, recapacitará un poco. ¡Qué contraste con la opinión que tenía de ella en los otros colegios! Bien, ya es hora de que Margery tenga un poco de suerte. Sospecho que, en parte, la desavenencia con su madrastra fue culpa suya, pues tiene un carácter muy complejo. Pero el trato recibido en su casa sólo sirvió para estropearla más. ¡Qué bobos son algunos padres! Cuando pienso en el mío, tan bueno y comprensivo, siento una inmensa piedad por Margery.

Tras esta larga conversación, ambas muchachas no volvieron a hablar hasta su llegada a la sala común. Allí Pat tomó el periódico local y procedió a recortar el suelto con la fotografía de Margery y el titular: «*La heroicidad de una valerosa colegiala*».

—¿Qué estás haciendo? —inquirió Isabel, curiosamente.

—Te lo diré en secreto —cuchicheó Pat.

Una vez se lo hubo contado, procedió a redactar la carta dirigida al padre de Margery, ayudada por su hermana gemela y Lucy.

Dicha carta, obra de las tres muchachas, rezaba así:

«*Apreciado señor Fentworthy*»:

Sabemos por Margery que es usted un hombre muy valiente. Tal vez tenga usted noticias de lo valiente que es también Margery, aunque es posible que no esté usted enterado de todos los detalles. Por si acaso, ahí van.

Margery trepó por una cañería de hierro hasta el antepecho de una ventana de una habitación en llamas, para salvar a una muchacha llamada Erica. Tras rasgar las sábanas, ató la cuerda improvisada con ellas a la cama y descendió por ella con Erica al hombro. Después, tuvo la desgracia de caerse de la escalera de mano y, además de fracturarse una pierna, sufrió un golpe en la cabeza. Salvó la vida de Erica y, por consiguiente, es una verdadera heroína.

Margery es extraordinariamente fuerte. Debería usted verla en el gimnasio. Además, es casi la mejor deportista del colegio. Ganó el último partido de «lacrosse» en favor del Santa Clara. Suponemos que se parece a usted y estamos seguras de que es ya lo suficiente fuerte y valerosa para escalar montañas y emprender otras hazañas parecidas. Ahora se encuentra algo mejor, pero, a nuestro juicio, se siente un poco sola. ¡Qué maravilloso sería que pudiera usted venir a verla!

Estamos todas orgullosísimas de ella, y esperamos tenerla en Santa Clara hasta que termine sus estudios escolares. Nos ha parecido que debía usted saber todo esto para enorgullecerse de ella lo mismo que nosotras.

Le saludan atentamente tres de las amigas de Margery,

Pat e Isabel O'Sullivan, y Lucy Oriell.

Muy satisfechas de esta carta, las muchachas la cursaron aquel mismo día. La misiva surtió un efecto inmediato, ya que, al día siguiente, Margery recibió un telegrama que la llenó de alborozo. Lo enviaba su padre y decía así:

«Estoy orgulloso, muy orgulloso de ti. Iré a verte hoy. Abrazos de papá».

Margery se lo mostró a Isabel con el ruego de que diera cuenta de su recibo a Pat y Lucy...

—¡Soy tan feliz! —repetía—. ¡Tan extraordinariamente feliz! ¡Qué milagro que mi padre pierda el tiempo en venir a verme! ¡También él está orgulloso de mí! ¡Es

sencillamente maravilloso!

Todas las muchachas aguardaban ávidamente la llegada del padre de Margery. Resultó ser un hombre alto, elegante, ancho de espaldas y muy bien parecido. Era igual que Margery. Fue recibido en el despacho de la señorita Theobald y luego conducirlo al aposento de Margery.

Lo sucedido entre Margery y su padre no pudo dilucidarlo nadie, pues Margery guardó celosamente su preciado secreto. Ni siquiera osó decir a Lucy los inolvidables momentos vividos cuando su padre la tomó en sus brazos, prodigándole afecto y alabanzas. Todo había salido a pedir de boca. Margery tenía al fin lo que tanto había deseado y echado de menos, y, en cuestión de unos breves instantes, todas las facetas positivas de su carácter salieron a flote.

—¡Pat, Isabel y Lucy! —exclamó la jovencita al día siguiente con mirada radiante—. ¡Ya sé que escribisteis a mi padre! Me enseñó vuestra carta. ¡Qué buenas sois todas! ¡Eso lo ha cambiado todo! Mi padre no tenía idea de cómo era yo, pero ahora lo sabe y está satisfechísimo de haber comprobado que soy su viva estampa. ¡Las próximas vacaciones iré con él a practicar el alpinismo! ¿Os dais cuenta de lo que eso significa? Además, me permitirá permanecer en el Santa Clara hasta que tenga dieciocho años y, entonces, me llevará a un colegio de entrenamiento para que obtenga el título de profesora de deportes. ¡El sueño dorado de toda mi vida!

—¡Qué aspecto más distinto tienes, Margery! —exclamó Pat, maravillada de su radiante expresión.

Toda la hosquedad de aquel bello rostro se había esfumado como por encanto.

—¡Ahora estudiaré con verdadero gusto! —exclamó Margery—. ¡No volveré a ser la última de la clase!

—¡Quia! —profirió Lucy, riendo—. No me sorprendería que ahora pasases directa al grado superior y nos requirieras a nosotras, las infelices de primer grado, para prepararte el té y limpiarte los zapatos. ¡No te crezcas demasiado, muchacha! ¡Y, si lo haces, prepárate a oír a Janet!

Capítulo 18

MALA SUERTE PARA LUCY

Margery no tardó en obtener permiso para andar con muletas. Pese a verse obligada a renunciar a la gimnasia y a los deportes no mostraba la menor impaciencia. Al presente, nada parecía importarle. Estaba contenta y feliz y trabajaba tanto que las profesoras comenzaban a cobrarle afecto y simpatía.

Margery y Lucy trabaron una firme amistad. A Margery todo le parecía poco para la alegre y cordial Lucy, que sólo le llegaba al hombro. Estaban siempre juntas y daba gusto oírlas reír y bromear.

—Lucy merece ser siempre feliz —cementó Pat un día viéndola ayudar a Margery a recorrer el pasillo con sus muletas—. Es una de esas personas que se hacen querer.

—No creo que exista nada que se oponga a su felicidad —repuso Isabel—. Tiene una madre encantadora y un padre famoso. Además, es una chica muy linda e inteligente. Está entusiasmada con Santa Clara. Ayer me dijo que aspira a ser algún día la alumna encargada del colegio. ¡Apuesto a que lo conseguirá!

Pero la semana siguiente la pobre Lucy sufrió una racha de mala suerte. La señorita Theobald recibió un telegrama y, después de leerlo, mandó a por Lucy, a la sazón en la clase de historia. La muchacha acudió al despacho de la directora, muy asustada. ¿Qué sucedería?

La señorita Theobald la aguardaba con expresión grave. En cuanto la vio entrar, le tendió la mano y la atrajo hacia sí, diciendo:

—Oye, Lucy. Tengo malas noticias para ti. ¿Estás dispuesta a ser valiente?

—Sí —musitó Lucy con labios temblorosos—. Dígame en seguida de qué se trata, por favor.

—Tu padre ha sufrido un accidente de automóvil —declaró la señorita Theobald—. Está gravemente herido y quiere que vayas a verle.

—¿No..., no morirá, verdad? —balbuceó Lucy muy pálida.

—Espero que no —murmuró la señorita Theobald—. Ve a decir a una de las muchachas que te ayude a preparar una maletita con lo indispensable. Luego te acompañaré a la estación. Lo siento muchísimo, querida, pero confío en que la cosa no será tan grave como parece. Procura ser valiente.

Lucy fue corriendo a solicitar ayuda a Margery. Esta se quedó muy apenada al ver a Lucy tan trastornada.

—¡Ánimo! —murmuró, abrazándola—. Si Dios quiere, todo irá bien. Déjame que te prepare la maleta. Dime lo que deseas llevar.

A poco, la pobre Lucy se hallaba camino de la estación en compañía de la señorita Theobald. Las alumnas de primer grado se quedaron tristes y preocupadas. Margery echó muchísimo de menos a su amiga. Parecía imposible que una muchacha alegre y cariñosa como Lucy tuviese que atravesar aquella prueba.

—Voy a rezar mucho por el padre de Lucy —decidió Janet—. Todo lo que pueda.

Las demás hicieron lo propio, con el pensamiento siempre centrado en Lucy y en los posibles acontecimientos. A los cuatro o cinco días Margery recibió carta de su amiga. Tras leerla, expuso su contenido a las demás.

—El padre de Lucy está fuera de peligro —manifestó—. Pero le ha sucedido algo horrible. Jamás podrá volver a valerse debidamente de la derecha... ¡Y es pintor! ¡Qué contrariedad!

Las muchachas la escuchaban, consternadas.

—No sólo constituye una tragedia para él —prosiguió Margery—, sino también para Lucy, porque como su padre no podrá ganar más dinero haciendo retratos al óleo, ella no podrá continuar en Santa Clara.

—¡Eso no es justo! —protestó Tessie—. ¡Lucy es la mejor muchacha que ha pasado por aquí!

—¡Pensar que soñaba en ser encargada algún día! —suspiró Pat—. ¡Dios mío! ¡Qué mala suerte! ¡Pobre Lucy! Además del trastorno de lo sucedido a su padre, ¡qué pena debe de pasar al ver cómo ha cambiado su porvenir en un momento! ¡Es terrible!

—Me figuro que tendrá que dejar la escuela y buscar un empleo —murmuró Hilary—. Santa Clara es un colegio muy caro. ¡Qué lástima que no obtenga una beca o algo por el estilo!

—Podría hacerlo si perteneciese al tercer grado —explicó Tessie—. Mediante un examen, previsto para el final del próximo trimestre se puede aspirar a una beca y la ganadora tendrá derecho a asistir a un colegio especial, a elegir, entre una docena, completamente gratis.

—Pero Lucy sólo está en el primer grado —se lamentó Pat—. ¡Oh, Señor! ¡Ojalá hubiese alguna solución! ¿Sabes si piense volver este trimestre, Margery?

—Si —asintió Margery, consultando la carta—. Dentro de dos días, cuando su padre salga de la clínica. Cuando regrese, debemos procurar no abrumarla. Con ello sólo conseguiríamos trastornarla. Portémonos con sencillez y cordialidad. Ella comprenderá perfectamente nuestra actitud.

A su regreso, Lucy fue objeto de un gran recibimiento. Estaba pálida y demacrada, pero mantenía la cabeza erguida y conservaba su dulce sonrisa. ¡A su manera podía ser tan valiente como Margery!

Las muchachas se abstuvieron de decirle gran cosa. Margery se encargó de ponerla al corriente de las actividades de la clase durante su semana de ausencia.

—¡Qué buena eres conmigo, Margery! —exclamó Lucy, oprimiendo el brazo de su amiga—. Gracias por todo. Me mandaste una carta muy cariñosa. Me hizo mucho bien ¡Pobre papá! No puedes imaginarte lo valiente que es. Sabe que probablemente no podrá volver a pintar jamás, pero se propone intentarlo con la mano izquierda. ¡Qué temple tiene! Ahora se lamenta de no haber ahorrado nunca dinero, pues mamá y yo nos encontramos casi sin un penique. Ganaba todo el que quería y se lo gastaba íntegro. Ninguno de nosotros nos preocupábamos de ahorrar. Creíamos que papá ganaría siempre el que quisiera.

—¿De veras tendrás que abandonar el Santa Clara después de este trimestre? —inquirió Margery.

—Naturalmente —afirmó Lucy—. No podemos costear los gastos. ¡Ojalá hubiese podido obtener una beca para otro colegio o quedarme aquí! Pero lo cierto es que tendré que renunciar. Mamá me está buscando un empleo. Como soy bastante despejada, está segura de que podría convertirme rápidamente en una secretaria.

—Te echaré muchísimo de menos —balbuceó Margery—. ¡Una vez en mi vida que consigo tener una amiga! ¡Ojalá pudiese hacer algo por ti!

Margery no era de esas personas que se cruzan de brazos ante la adversidad. En lugar de ello dio vueltas y más vueltas a la cuestión tratando de buscar un medio de ayudar a Lucy. De pronto, se le ocurrió una idea. ¡Si al menos diera resultado! Sin decir nada a nadie, ni siquiera a Lucy, fue directa a ver a la señorita Theobald.

La Directora tenía una visita. Cuando Margery llamó a la puerta, la invitó a pasar. La señorita Theobald se maravilló del cambio tan rápido operado en aquella linda mujercita.

—¡Oh, señorita Theobald! —exclamó la muchacha, desilusionada—. ¡Pensé que estaba usted sola! ¡Quería hacerle una pregunta muy importante!

La señorita Walker, la profesora de dibujo se hallaba en el despacho conversando con la directora. La señorita Theobald advirtió la impaciencia de Margery.

—¿De qué deseas hablarme? —preguntó—. ¿Se trata de algo privado?

—Pues, sí. Se trata de Lucy.

—¡Qué casualidad! —exclamó la señorita Theobald—. La señorita Walker también ha venido a hablarme de Lucy. Bien, creo que puedes hablar libremente en presencia de la señorita Walker. Ya sabes que se interesa mucho por Lucy, pues es una de sus mejores discípulas.

—Pues verá usted, señorita Theobald —empezó Margery—. Como usted sabe, Lucy abandonará el colegio a fin de trimestre, con gran pesar de su parte, ya que profesa un gran afecto a Santa Clara. Aparte de que usted la considera la alumna ideal, todas sus compañeras la queremos mucho. Tengo una idea, señorita Theobald.

—¿De qué se trata? —preguntó la Directora, reprimiendo una sonrisa ante la impaciencia de Margery.

—Señorita Theobald, usted cree que Lucy es extraordinariamente inteligente, ¿verdad? Es siempre la primera de clase y tiene una memoria excelente. ¡Con sólo mirar una página la retiene toda de memoria!

—Eso es un don —comentó la señorita Theobald—. Me consta que Lucy lo posee. Es muy afortunada. Bien, continúa, Margery.

—¿No cree usted que Lucy es lo suficiente inteligente para presentarse a los exámenes para la obtención de la beca con las alumnas de tercer grado, el próximo trimestre? Estoy segura de que la conseguiría. ¡Es tan estudiosa! ¿No podría usted darle esa oportunidad, señorita Theobald? Lucy se lo merece todo.

—No es preciso que me lo digas —sonrió la señorita Theobald—. Todas sabemos que Lucy merece cualquier ayuda. Yo no tendría inconveniente en retenerla en Santa Clara, a un precio reducido, pero sé que sus padres no querrán oír hablar de ello. En cuanto a tu proposición, Margery, ten en cuenta que Lucy sólo tiene catorce años, mientras que las demás muchachas que se presentarán a exámenes cuentan ya dieciséis. Me consta que es muy lista, pero dudo que lo sea hasta ese punto. Seguramente, después de darse un hartazgo de estudiar, sólo conseguiría una desilusión. Como tú sabes, hay una o dos muchachas muy listas en el tercer grado.

Margery quedó consternada. ¡Había cifrado tantas esperanzas en aquella idea! ¡Estaba tan segura de que Lucy era lo suficiente inteligente para obtener cualquier beca con unos pocos meses de estudio!

—No acabo de comprender el hecho de que, presentándose a la beca, Lucy consiga quedarse en Santa Clara —intervino la señorita Walker.

—¡Pues claro está, señorita Walker! —repuso Margery—. He consultado la lista de colegios con becas disponibles y, entre ellos, figura el Santa Clara este año. Y, naturalmente, Lucy elegiría el Santa Clara si obtuviese dicha beca.

Ante la vehemente determinación de Margery, la señorita Theobald exclamó, echándose a reír.

—Según todos los indicios, la dirección de este colegio va a serme arrebatada de las manos: primero fue Lucy que decidió el caso de Erica y propuso escribir aquella carta a tu padre, Margery; y ahora vienes tú sugiriéndome la forma de retener a Lucy entre nosotras. La verdad es que tengo la sensación de que, en realidad, no hace falta directora en Santa Clara.

—¡Por Dios, señorita Theobald! —murmuró Margery, sonrojándose—. Todas sabemos que es usted la que lleva el colegio y lo ha convertido en lo que es. Pero no tiene usted idea de lo popular que es Lucy y del empeño que tenemos todas en retenerla. Es la primera amiga que he tenido en mi vida y me he estado devanando los sesos pensando algún modo de ayudarla. Me imaginaba que la idea que le he expuesto podía dar resultado.

—Bien, Margery —suspiró la señorita Theobald—. De todos modos no creo que

así fuera. No me parece acertado forzar el brillante talento de Lucy, dos años menor que lo exigido para la concesión de la beca, a menos que tenga grandes posibilidades de obtenerla. La señorita Walker también me ha expuesto sus ideas acerca de Lucy, y ambas hemos estado comentándolas.

—¡Oh, qué amable es usted, señorita Walker! —ensalzó Margery, que hasta entonces no había sentido gran simpatía por la profesora de arte.

Al presente, reconocía que ella era la única culpable de aquella tirantez, pues jamás había mostrado el más mínimo empeño en aprovechar las excelentes clases de la señorita Walker. Pero, en vista de que ésta se había interesado tanto por Lucy, Margery estaba dispuesta a aplicarse en lo posible.

—Bien —empezó la señorita Walker—, a mi modo de ver, deberíamos intentar retener a Lucy aquí un par de años y luego presentarla a una beca de dibujo. Sus excelentes facultades permiten suponer que un día llegará a ser una artista de verdad. Debe ir a la mejor escuela de arte del país, pero es demasiado joven todavía. ¿Qué necesidad tiene de aprender taquigrafía y mecanografía y buscar un empleo de mecanografía, pudiendo aprovechar el tiempo aquí y luego obtener una plaza en una escuela de arte londinense?

—He propuesto a Lucy permanecer aquí dos años a un precio módico, con objeto de que, más adelante intente obtener una beca de arte —manifestó la señorita Theobald—, pero sus padres no han querido oír hablar de eso, ni tampoco Lucy, Margery, aunque supongo que ella no te ha dicho nada sobre el particular. Al parecer, quiere contribuir al sostenimiento de la familia en vista de que su padre no puede seguir pintando.

—Oiga usted, señorita Theobald —instó Margery, ávidamente—, ¿no podría usted retener a Lucy un trimestre más y dejarla presentar a la beca? Entonces, si la obtuviese, podría permanecer aquí dos o tres años y luego intentar la obtención de la beca de arte. ¡Eso no le costaría nada!

—Está bien, Margery —accedió la señorita Theobald—. Procuraremos buscar una solución. Es una idea que a mí no se me había ocurrido, pero no estoy segura de poder ponerla en práctica. Tendré que hablar con las demás profesoras para hacerme más cargo de lo que Lucy puede dar de sí. En cuanto hayamos decidido algo, te lo comunicaré. Entretanto, te doy las gracias, querida, por tu valiosa ayuda. No sabes lo contenta que estoy de que vinieses a Santa Clara, Nosotras te hemos ayudado. Pero, ahora, serás tú la que vas a ayudarnos a nosotras de verdad.

Capítulo 19

Y OTRO POCO DE BUENA SUERTE

Margery salió del despacho apoyándose en sus muletas, con el rostro radiante de esperanza. ¡Seguramente ahora el problema de Lucy hallaría una solución satisfactoria! Margery se propuso no decir una palabra a nadie de lo que acababa de sugerir a la directora, y menos aún a Lucy, por si acaso la idea no daba resultado.

—Sé que la señorita Theobald será fiel a su palabra y considerará a fondo la cuestión —se dijo Margery, contemplando la triste carita de Lucy sentada al otro extremo de la clase.

Lucy era valiente, pero no podía menos de sentirse triste, por entonces. ¡Las cosas habían cambiado tanto! Todo su brillante futuro semejaba haberse esfumado como el humo.

La señorita Theobald cumplió su palabra. Convocó una junta de profesoras de primero, segundo y tercer grado, con inclusión de Mademoiselle y de la señorita Lewis, la profesora de historia, y les expuso sucintamente la idea de Margery.

La cuestión fue discutida muy a fondo. Todas las profesoras simpatizaban con Lucy Oriell y admiraban su agilidad mental y su excelente memoria. La señorita Lewis dijo al punto que podía preparar a Lucy para la sección de historia de los exámenes y que estaba segura de que Lucy descollaría en aquella asignatura, aparte de lo que pudiera hacer en las demás.

—¡Y el francés lo sabe a la perfección! —declaró Mademoiselle—. ¡Ha pasado gran parte de sus vacaciones en Francia, y habla el francés casi tan bien como yo!

Las matemáticas eran el punto débil de Lucy. Como no le gustaban, le parecían difíciles, no obstante lo cual su inteligencia vencía también las dificultades. Pero las matemáticas eran la especialidad de la señorita Theobald. La directora pasaba por una excelente profesora de dicha asignatura.

—Podría darle una preparación especial —propuso la interesada—. La muchacha merece un esfuerzo extraordinario. Como ustedes saben, ahora no doy clases, pues la dirección del colegio me ocupa casi todo el tiempo, pero, por Lucy Oriell, no tendría inconveniente en hacer una excepción.

La junta terminó al cabo de una hora y las profesoras se reintegraron a sus respectivas clases. Margery, que sabía que las profesoras habían sido requeridas en el despacho de la señorita Theobald, se preguntaba si habrían discutido el problema de Lucy. No tardó en saberlo, pues la señorita Theobald mandó a por ella.

—Bien, Margery —empezó la Directora, yendo al grano inmediatamente—. Hemos estado discutiendo el porvenir de Lucy y creemos que tienes razón; creemos

que es posible que obtenga la beca. En consecuencia he escrito a sus padres, exponiéndoles la idea. Veremos lo qué dicen. Pronto lo sabremos.

La contestación llegó al día siguiente por teléfono. La señora Oriell estaba encantada con la sugestión de la Directora. Sabía el empeño de Lucy en permanecer en Santa Clara y opinaba que merecía la pena aprovechar aquella oportunidad de obtener una beca que permitiría a la muchacha continuar sus estudios en el colegio completamente gratis y pasar, más tarde, a una escuela de arte.

—Me alegro muchísimo de que opine usted así, señora Oriell —celebró la señorita Theobald, complacida—. Gracias por su rápida contestación. Se lo diré a Lucy esta misma noche.

La señorita Theobald mandó a por Lucy y, en pocas palabras, le expuso la cuestión. La muchacha la escuchó con ojos brillantes. Todo parecía demasiado maravilloso para ser verdad, después de la terrible impresión y la desilusión experimentadas.

—¡Oh, señorita Theobald, muchísimas gracias! —barbotó Lucy—. Haré lo que pueda, se lo prometo. Estudiaré con tesón, incluso durante las vacaciones. Procuraré obtener esa beca, como sea, para quedarme aquí. ¡Se me partía el corazón sólo de pensar que debía marcharme del colegio precisamente cuando era tan feliz en él!

—Bien, así quedamos de acuerdo —concluyó la señorita Theobald—. He discutido el asunto con las demás profesoras y todas ellas están dispuestas a darte una preparación especial. Yo me encargaré de tus matemáticas, pero debemos empezar esta misma semana, pues es cuestión de no perder ni un solo día. Dispondré un horario especial para ti, porque, en adelante, tendrás clases diferentes. De todos modos, sé prudente y no extremes la nota. Pienso decir a Margery Fentworthy que te vigile y te obligue a descansar cuando estés excesivamente fatigada.

—¡Qué contenta estará Margery! —exclamó Lucy, pensando en su amiga con alegría—. Se lo diré a ella primero que a nadie.

—Sí, estará encantada —asintió la señorita Theobald—. Anda, ve a decírselo ahora mismo. Las alegrías no deben demorarse.

Lucy encontró a Margery en la sala común en compañía de una o dos compañeras. Al verla tan excitada, Margery se sobresaltó.

—¡Oye, Margery! ¡Atiende! ¡Tengo que darte una gran noticia! ¡No lo creerás! ¡Me quedo en Santa Clara!

—¡Oh, Lucy! —farfulló Margery, lamentando no tener mejor la pierna para saltar y bailar—. ¿Según eso, te permitirán presentarte a la beca?

—¡Pero, Margery! —exclamó Lucy, asombrada—. ¿Cómo lo sabes?

—Porqué fue idea mía —contestó Margery, entusiasmada—. Se me ocurrió a mí y fui a exponérsela a la señorita Theobald. Pero preferí no decirte una palabra de ello hasta que fuese un hecho, para evitarte una posible desilusión. ¡Oh, Lucy, qué

contenta estoy!

—¡Qué buena amiga eres! —murmuró Lucy con admiración, contemplando el enérgico y resuelto semblante de Margery—. ¡Qué afortunada soy de disfrutar de tu amistad! ¡Cuánta molestia te has tomado por mí! ¡Oh, Margery! ¡Nunca, jamás olvidaré esto! Recordaré tu bondad toda la vida.

—No seas tontina —repuso Margery—. ¡La afortunada soy yo, no tú! Ahora te tendré aquí en Santa Clara, en lugar de quedarme sola. Lo malo es que te verás obligada a trabajar muchísimo. Tendré que vigilarte y procurar que, de cuando en cuando, te distraigas.

—¡Qué gracioso! —exclamó Lucy, riendo—. ¡Eso es precisamente lo que ha dicho la señorita Theobald! Bien, supongo que con todas las profesoras atentas a mis estudios y tú velando para que me distraiga estaré en la gloria, ¿no es verdad?

—¿Qué sucede? —preguntó Pat desde un rincón de la sala—. ¿De qué estáis hablando las dos con ese acaloramiento? ¿Os ha dado algún «excelente» Mademoiselle?

—¡Quia! —replicó Margery—. Ya sabes que hace una temporada que Mademoiselle no da un «excelente» ni por pienso. No, nuestra alegría se debe a que Lucy va a quedarse, por fin, aquí, para presentarse a la beca del tercer grado al final del próximo trimestre. ¿Qué os parece la noticia?

Todas las muchachas se acercaron a expresar su enhorabuena. Lucy volvía a sentirse feliz. ¡Qué agradable resultaba verse tan apreciada! ¡Qué dicha constituía tener una amiga capaz de hacer tanto por ella! A no ser por lo de la mano de su padre, la muchacha se habría sentido incluso más feliz que antes del accidente.

—Oye, Lucy —dijo Margery aquella noche un momento antes de acostarse—. Se me ha ocurrido una cosa estupenda. Escucha.

—¡Válgame Dios! —exclamó Lucy, regocijada—. ¿Otra idea? ¿Tan pronto?

—Sí, pero esta vez es cosa mía, no tuya —respondió Margery gravemente—. Verás, tengo dieciséis años, y no me parece bien estar tan atrasada. La cosa se debe a mi constante cambio de colegios. Naturalmente, mi educación se ha resentido de ello. Pero, si me propongo utilizar el seso, no soy tan tonta como eso. Y he decidido utilizarlo hasta el máximo, para pasar a un grado superior y ponerme a tu nivel. No podría soportar quedarme en el primer grado, mientras tú te convertías en una de las alumnas superiores, pese a tener dos años menos que yo. ¡Resultaría tan difícil ser amigas de verdad estando nuestros estudios en clases diferentes!

—¡Oh, Margery! —profirió Lucy—. ¡Eso sería magnífico! Sí, supongo que el próximo trimestre pasaré a un grado superior, si tengo la suerte de obtener esa beca. ¡Qué ilusión si a ti te ocurriera lo mismo! ¡Trabaja, trabaja mucho y lo conseguirás!

Y, ante la estupefacción de todas las profesoras, sucedió que Margery Fentworthy, la zote del primer grado, desplegó súbitamente tal capacidad y constancia en los

estudios que, en el plazo de una semana, compartía el primer puesto de la clase con Lucy.

—¿Pero qué milagros son esos? —comentó la señorita Roberts al leer la puntuación a sus alumnas—. ¡Margery! ¡Antes de que te des cuenta pasarás a segundo grado! ¡Cielos, que sorpresa! Oye, Doris ¿y si tú me dices también una grata sorpresa? Llevas tres semanas en último lugar. ¿Y si la semana próxima te plantases en el primero para hacer la competencia a Lucy y a Margery?

Todos se rieron, con inclusión de Doris. Daba gusto compartir el ambiente de la clase elemental en el curso de aquellas postreras semanas del trimestre.

Capítulo 20

JANET REANUDA SUS TRAVESURAS

Mademoiselle estaba en plan de empeorar las cosas de día en día. Había tenido siempre un genio muy vivo, pero en la actualidad, se mostraba especialmente irascible y sus alumnas se veían obligadas a soportar sus exabruptos en todas las clases.

Janet perdió la paciencia. Poseedora, asimismo, de un genio muy violento, se resultaba difícil dominarse cuando Mademoiselle le hacía alguna observación mordaz.

—¡Vaya, Janet! —exclamó Mademoiselle cierto día, tachando una frase con un lápiz azul con tal fuerza que por poco rasga la hoja del cuaderno—. Otra vez has vuelto a hacer la misma falta que te he corregido al menos un centenar de veces en lo que va de trimestre. No tengo ningún gusto en enseñar a una muchacha torpe y desaplicada como tú.

—Ni yo en ser enseñada —refunfuñó Janet, enojada.

Lo dijo a media voz, pero Mademoiselle captó lo suficiente para exclamar, mirándola con expresión incendiaria:

—«¿*Qué dites-vous?*» ¿Qué has dicho? Haz el favor de repetirlo.

Toda la clase escuchaba, sin aliento. Mademoiselle tenía una de sus rachas de mal humor. Aquellos incidentes resultaban emocionantes, con tal que fuese otra persona la perjudicada.

Janet era lo suficiente atrevida para repetir lo que acababa de decir y así lo hizo, en voz alta, a fin, de que toda la clase lo oyera.

—He dicho: «Ni yo en ser enseñada» —repitió la muchacha.

—«¡*Mechante filie!*» —rugió Mademoiselle—. ¿Qué os pasa a todas este trimestre? Sois una pandilla de groseras, desaplicadas y antipáticas.

Las muchachas sabían que, en realidad, la culpa era de Mademoiselle, no suya. ¡Tenía tan mal genio! Todas se callaron, con expresión turbulenta, como si estuviesen dispuestas a amohinarse. Incluso Lucy se abstuvo de mirar a Mademoiselle mientras ésta paseaba su colérica mirada por la clase.

—Janet —ordenó Mademoiselle, con voz temblorosa de ira—. Te aprenderás toda la poesía francesa que hay en este libro y la copiarás tres veces por escrito.

Todas las chicas se quedaron boquiabiertas. ¡La poesía sumaba tres páginas de longitud!

—¡Oh, Mademoiselle! —protestó Janet sobrecogida—. Usted sabe que eso es imposible. Me llevaría mucho tiempo. Además, no tengo disposición para aprender

poesías francesas de memoria. Todo lo más que puedo retener son ocho versos, y esa poesía tiene por lo menos cien.

—Así aprenderás a reportarte cuando te dé por mostrarte grosera conmigo otra vez —gruñó Mademoiselle, sacando los gafas de su estuche para ponérselas sobre su enorme nariz.

Estaba sofocada y la cabeza le estallaba. ¡Vaya con aquellas chicas inglesas! ¡Qué requetemalísimas eran! ¿Cómo era posible que hubiese simpatizado tanto con ellas tiempo atrás? En cambio, ahora no podía soportarlas.

Después de la clase, Janet comentó airadamente su castigo.

—Eso no es justo —se lamentó—. La culpa de todo la tiene Mademoiselle. ¡Valiente gruñona está hecha! ¿No comprende que no podemos soportar sus irónicas observaciones cuando no las merecemos? Estoy segura de que estudiamos igual que el último trimestre. Fijaos en Lucy. Con lo que domina el francés, y, no obstante, ayer Mademoiselle la puso de vuelta y media.

—¿Así antes no tenía ese mal genio? —inquirió Lucy, intrigada.

—¡Ni hablar! —repuso Janet—. Llevo ya cuatro trimestres en el primer grado, y antes Mademoiselle era una persona simpática. Siempre ha tenido el genio vivo, pero nunca la había visto de tan mal humor como ahora.

—Oye, Janet —se ofreció Kathleen—. Te copiaré una vez esa poesía. Como tengo una letra parecida a la tuya, Mademoiselle no lo notará. No tendrás tiempo de copiarla tres veces en un solo día.

—¡Oh, gracias, Kath! —exclamó Janet—. Eres un sol. Eso «será» una ayuda. A ser posible, no permitiría que nadie cargase con mis castigos, pero ¡válgame el cielo!, Mademoiselle debe de estar loca si se figura que voy a tener tiempo de hacer todo lo que me ha dicho.

Kathleen copió una vez la poesía en el cuaderno de francés de Janet. Sheila la copió también otra vez, aprovechando que su letra tampoco difería gran cosa de la de Janet. Por su parte, Janet la garabateó por tercera vez, y con penas y trabajos, se la aprendió de memoria. Cuando logró dominarla a la perfección todas sus compañeras estaban hasta la coronilla de la poesía de tanto oírse la repetir.

A las siete en punto, Janet fue a presentar el trabajo escrito a Mademoiselle y a recitarle la poesía. La dijo con voz áspera, sin mirar a la profesora francesa ni una sola vez. Por entonces, Mademoiselle estaba un poco más calmada y se sentía algo arrepentida de haber impuesto un castigo tan excesivo a la muchacha. Pero Janet se abstuvo de sonreírle y ni siquiera le dio las buenas noches al salir de la estancia.

—¡Qué descortesas son estas chicas inglesas! —suspiró Mademoiselle—. Les convendría ir a un colegio francés. ¡Entonces sabrían lo que es buen comportamiento y qué cosa es estudiar!

Janet no perdonó a Mademoiselle por su dureza. Cuando le daba por hacer

travesuras y gastar bromas era una muchacha francamente temible. Sin ir más lejos, se había metido en un apuro muy grande el trimestre anterior por echar petardos a la chimenea de la clase. En cambio, aquel trimestre no había hecho nada reprochable hasta el momento. No obstante, en vista de la conducta de Mademoiselle, decidió tenerla «en vilo» en el curso de las dos o tres últimas semanas de clase.

—Si Mademoiselle se figura que puede tratarme como un trapo sucio sin mi correspondiente desquite, está muy equivocada —dijo Janet a las demás—. Pienso darle su merecido. ¡Conque preparaos a divertirlos!

Sus compañeras se sentían presas de una agradable excitación. Conocían las travesuras de Janet y las apreciaban, de veras, por lo ingeniosos y originales. ¿Qué estaría maquinando ahora?

—No sabéis lo divertido que fue el trimestre pasado cuando echó petardos al fuego de la chimenea —explicó Pat a Margery y a Lucy—. En realidad, nos proponíamos gastar una broma a la señorita Kennedy, una tímida profesora de historia que ocupó el puesto de la señorita Lewis el último trimestre. Lo malo es que se presentó la señorita Roberts en, el momento en que Janet acababa de echar cincuenta petardos a las llamas, y excuso decir que la que se convirtió en un verdadero castillo de fuegos artificiales fue la propia señorita Roberts. ¡Cómo nos puso! ¡Qué de improperios nos lanzó!

—¿Qué hará Janet? —murmuró Doris, congratulándose por los futuros acontecimientos, pues adoraba las bromas y era asimismo muy aficionada a gastarlas—. Mi primo me dio una cosa muy original por Navidad. ¡Parece tinta derramada!

—¿Por qué no la has enseñado? —reconvino Janet, alborozada—. Ya sé a qué te refieres. Es un truco estupendo. ¿Lo tienes a mano?

—Me lo traje al colegio con intención de dar un susto a alguien con, ello —confesó Doris—, pero no sé dónde lo he metido. Debe de estar en algún rincón.

—Ve a buscarlo ahora mismo —suplicó Pat con una risita—. Búscalo en tu caja de golosinas, por ejemplo. No has vuelto a abrirla desde principios de trimestre, cuando nos las comimos todas.

La cosa se hallaba, en efecto, en la olvidada caja de golosinas. Doris la cogió, regocijada. Era un objeto que, puesto plano en un libro semejaba un enorme borrón de tinta, brillante e irregular, casi como el producido por el derramamiento de un tintero.

Janet lo tomó, alborozada.

—¡Qué bonito! —exclamó—. ¡Préstamelo! ¿Quieres?

—¡Claro que sí! —accedió Doris—. ¿Qué harás con él?

—Aguarda a mañana y verás —respondió Janet.

Todas aguardaron impacientes la clase de francés y la irrupción de Mademoiselle en el aula, jadeante como de costumbre.

Aquella mañana tocaba dictado de francés. Mademoiselle echó una mirada circular a la clase. La súbita docilidad de sus alumnas la indujo a recelar.

—Vamos a hacer «dictée» —ordenó la profesora—. Sacad vuestros cuadernos y empezad a escribir.

Al final del «dictée», todas debían entregar sus respectivos cuadernos a Mademoiselle para su debida corrección. Cuando le llegó el turno, Janet depositó el suyo, abierto, sobre el escritorio de la profesora. Apenas ésta levantó su estilográfica, apareció una enorme y reluciente mancha de tinta sobre el limpio y primoroso cuaderno de Janet.

—¡Oh, Mademoiselle! —exclamó Janet, con voz lastimera—. ¡Mire usted lo que ha hecho en mi cuaderno! ¡Debe de haber sido su estilográfica! ¿Pierde tinta? ¡Pensar que he puesto tanto empeño en mi «dictée» esta mañana!

Mademoiselle contempló el enorme borrón, horrorizada.

—¡Janet! —farfulló, sin dar crédito a sus ojos—. ¿Cómo ha sido esto?

La mujer examinó su estilográfica. Esta parecía hallarse en perfectas condiciones. Y, no obstante, allí estaba aquel descomunal borrón, en medio del pulcro cuaderno de Janet.

—Voy a secarlo, Mademoiselle —decidió Janet, tomando cuidadosamente su cuaderno como si quisiera evitar que la tinta se corriera a toda la página.

Sus compañeras se esforzaron en ahogar sus risas, ocultando la cabeza entre las manos o debajo de sus pupitres.

Janet se metió disimuladamente en el bolsillo el borrón de pega y fingió afanarse mucho con el papel secante. Entretanto Mademoiselle sacudía su estilográfica con expresión desconcertada, sin comprender cómo era posible que hubiese soltado tanta tinta en solo momento.

Janet volvió a presentarle su cuaderno perfectamente limpio. Mademoiselle se lo quedó mirando con estupefacción.

—¿Pero dónde está la mancha? —preguntó, asombrada—. ¡Es imposible que la hayas limpiado tan bien!

—Verá usted, Mademoiselle —declaró Janet, con voz solemne—. Es que tengo un papel secante especial. Seca la tinta como por arte de magia.

—¡Y que lo digas! —exclamó Mademoiselle, satisfecha—. Ahora tu «dictée» vuelve a estar impecable. ¡Gracias, «ma chère» Janet! ¡Sentía tanto haber echado a perder tu ejercicio!

Se percibieron una o dos risas ahogadas de Doris y Kathleen. Mademoiselle levantó la vista vivamente.

—No sé a qué vienen esas risas —reconvino—. «¡Toisez-vous!».

Pero, claro está, las risas estaban absolutamente justificadas, y, cuando Janet deslizó hábilmente el borrón de pega sobre el pupitre de Doris en el preciso momento

en que Mademoiselle se inclinaba a examinar su ejercicio, la clase casi prorrumpió en carcajadas.

—¡Oh, Mademoiselle... esa dichosa pluma suya! —profirió Doris en son de reproche—. ¡Fíjese cómo ha ensuciado mi pupitre!

Mademoiselle contempló la mancha con sorpresa y horror. ¿Qué pasaba con los borrones aquella mañana? Parecían seguirla por doquier. Una vez más, examinó su estilográfica, sacudiéndola con fuerza. Una lluvia de gotas de tinta cayó sobre el suelo.

—¡Es su pluma! —vociferó Doris—. ¡Fíjese en las manchas que ha hecho en el suelo! ¡Por favor, Mademoiselle! ¿Puedo pedir a Janet que me preste su maravilloso papel secante para secar mi pupitre? La señorita Roberts se enfadará conmigo si lo ve manchado en la próxima clase.

—No lo comprendo —murmuró la pobre Mademoiselle, contemplando el grande y reluciente borrón sobre el pupitre de Doris, como si estuviese soñando—. En mi vida había hecho semejantes borrones.

Incapaces de reprimirse las muchachas prodigaron sus risitas ahogadas. Mademoiselle salió de sus casillas.

—¿Qué tiene de gracioso lo de mis borrones? —protestó—. ¡Silencio! ¡Si vuelvo a oír una risita os tendré encerradas aquí todo el recreo!

Eso bastó para apaciguar a la clase un rato, aunque los pañuelos resultaron muy útiles a más de cuatro para sofocar nuevos accesos de hilaridad. Janet se quedó encantada con el éxito de su broma e inmediatamente empezó a planear otra.

—Voy a meter escarabajos en el estuche de las gafas de Mademoiselle —comunicó a las demás, cuando se hallaban todas en la sala común, después de merendar, comentando con regocijo el éxito del borrón de tinta. Las de segundo grado gozaron inmensamente con el relato y se lamentaron de no haber podido participar en el hecho.

—¡Nada de «escarabajos», Janet! —protestó Sheila, estremeciéndose—: ¿Cómo vas a cogerlos para meterlos dentro?

—Además —intervino Pat—, ¿cómo te las arreglarás para apoderarte de ese estuche?

—Muy sencillo —replicó Janet—. Mademoiselle suele dejarlo siempre por ahí. La primera vez que se le olvide en nuestra clase lo cogeré y meteré dentro los escarabajos. ¿Os imagináis el grito que pegará? ¡Eso la enseñará a no volver a hacerme aprender de memoria sus horribles poesías francesas!

La ocasión no se hizo esperar. Al día siguiente, Mademoiselle se olvidó las gafas y su estuche encima del escritorio de la clase elemental. Janet guiñó el ojo a las demás. En seguida las vio. Así que Mademoiselle salió del aula para ir a dar la lección a las alumnas de segundo grado, Janet, levantándose como una exhalación,

tomó el estuche de encima del escritorio y se lo metió en el bolsillo. Luego volvió a su sitio, en el preciso momento en que acudía la señorita Roberts a darles la lección de aritmética.

A los cinco minutos escasos de comenzar su clase, se presentó una muchacha de segundo grado con la siguiente petición:

—Por favor, señorita Roberts. Mademoiselle siente interrumpirla, pero ¿podría recuperar sus gafas? Se las ha olvidado en el escritorio, dentro del estuche.

La señorita Roberts echó una mirada circular al pupitre y, acto seguido, lo abrió. Pero no apareció ningún estuche de gafas, lo cual no tenía nada de sorprendente habida cuenta que el citado estuche se hallaba reposando tranquilamente en el fondo del bolsillo de Janet.

—Parece ser que no está aquí —dijo la señorita Roberts.

—Probablemente, Mademoiselle se lo encontrará en el bolsillo.

Las muchachas sonrieron para sus adentros. Sabían perfectamente que Mademoiselle no haría semejante descubrimiento. El grave y majestuoso aspecto de Janet despertó la hilaridad de las demás.

—¡Muchachas! —reprendió la señorita Roberts, impacientemente—. ¿A qué vienen esas risas? ¿Qué tiene de gracioso que Mademoiselle pierda sus gafas?

En realidad, la cosa tenía muchísima gracia... pero, naturalmente, la señorita Roberts lo ignoraba. Por fin, las chicas se apaciguaron.

—Verá usted, señorita Roberts —disculpóse Doris—. Es que Mademoiselle siempre se está olvidando las gafas por ahí.

—Bien, ya basta de esa cuestión —masculló la señorita Roberts, secamente—. Buscad la página cuarenta y siete, por favor. ¡Kathleen, si sigues mirando a las musarañas te pondré de espaldas a la clase! ¿Qué os pasa esta mañana?

Las muchachas no tuvieron más remedio que reportarse. La señorita Roberts las hizo trabajar tanto que la mayoría de ellas no volvieron a acordarse de la próxima travesura de Janet hasta la hora del recreo. Entonces se apiñaron todas alrededor de ella para ver cómo metía los pobres y sorprendidos escarabajos en el estuche de las gafas de Mademoiselle.

Capítulo 21

MADemoISELLE TIENE OTRO SUSTO

Durante el recreo, Janet buscó varios escarabajos y gorgojos debajo de las vallas. Entre una sucesión de risas, las alumnas de primer grado y segundo grado la observaron en la tarea de introducir en el interior del estuche, insectos medio aletargados por el sueño invernal. Luego, Janet cerró la caja con un chasquido.

—Confío en que podrán respirar —murmuró Kathleen con voz velada.

A Kathleen le gustaban los animales con delirio, y su cariño por ellos se extendía incluso a las arañas, escarabajos y polillas.

—Pues claro que podrán respirar —aseguró Janet—. Para ellos este estuche equivale a una habitación.

—¿Qué piensas hacer con él? —inquirió Hilary—. ¿Vas a dejarlo otra vez encima del escritorio para que Mademoiselle pueda abrirlo en la próxima clase?

—Pues claro, boba —asintió Janet—. Todas queremos ver el espectáculo, ¿no es eso?

—Escucha, Janet —intervino Lucy—. ¿No temes que Mademoiselle se ponga hecha una furia? Apuesto a que se lo dirá a la señorita Theobald. Te aconsejo que seas prudente, no sea que vayas a meterte en un berenjenal en vísperas de fin de trimestre. Podría costarte caro.

—Me tiene sin cuidado —repuso Janet—. ¡Tengo que darle su merecido a esa cascarrabias de Mademoiselle!

Los escarabajos y gorgojos lo pasaron muy bien en el interior del estuche sin dar muestras de ninguna inquietud, no obstante lo cual Kathleen no cesó de preocuparse por su suerte insistiendo en abrir el estuche de cuando en cuando para darles un poco de aire. A la mañana siguiente, Janet depositó el estuche sobre el escritorio de la señorita Roberts un momento antes de que acudiera Mademoiselle a darles su lección diaria de francés. Toda la clase estaba en vilo. Las muchachas habían intentado disimular su desasosiego durante la clase de la señorita Roberts, pues ésta solía ser muy perspicaz cuando sucedía algo insólito entre sus alumnas.

Estuvo algo severa con ellas, pero no pareció sospechar nada. Cuando se fue a dar la clase a las de segundo grado, se presentó Mademoiselle. Ésta había pasado muy mala noche. Llevaba varios días sin poder descansar y estaba muy ojerosa.

—«*Bon jour*» —saludó el entrar en clase.

Y, dirigiéndose al escritorio, dejó sus libros sobre él. Tras darle los buenos días, las muchachas tomaron asiento. Mademoiselle fue a la pizarra y escribió varias preguntas que las alumnas debían contestar por escrito, en correcto francés.

De pronto, Mademoiselle descubrió el estuche de las gafas y, cogiéndolo, alborozada, exclamó:

—¡Ah, aquí están mis gafas! ¡Qué raro! ¡Ayer mandé a por ellas y me dijeron que no estaban aquí! ¡Las estuve buscando todo el día!

Las muchachas la miraban de hito en hito, presas de una gran excitación. Las de las últimas filas estiraban el cuello para verlo mejor. Las de delante no cabían en sí de gozo por su privilegiada situación.

Mademoiselle se sentó. En lugar de abrir el estuche inmediatamente, ordenó, dando una mirada circular a la clase:

«¡Dépechez-vous!» ¿Qué os pasa hoy que estáis tan indolentes?

Las chicas tomaron sus plumas. Mademoiselle bostezó. Mientras tenía la boca abierta, se golpeó ligeramente con el lápiz sus enormes dientes blancos. ¿Por qué — se preguntaban las muchachas— no abría el estuche de una vez?

¡Por fin! La profesora tendió la mano para tomar el estuche. Lo abrió lentamente... ¡y de su interior emergieron los veloces escarabajos y gorgojos, perfectamente despiertos ahora debido al calor de la habitación!

Mademoiselle se los quedó mirando y, sacándose el pañuelo, se frotó los ojos con él. Luego posó de nuevo su mirada recelosa en el estuche, como aquel que no da crédito a lo que ve.

«¡Es imposible! —se dijo la pobre Mademoiselle—. Mis ojos me dicen que hay escarabajos y gorgojos paseándose por mi escritorio, pero mi sentido común me asegura que ahí dentro sólo puede haber mis gafas. No cabe duda de ello. ¡Es mi cansancio el que me hace ver visiones!».

Las muchachas se esforzaban en ahogar sus risas. ¡Ponía una cara tan cómica Mademoiselle! Saltaba a la vista que estaba tan sumamente asombrada que no daba crédito a sus ojos.

Por su parte, Mademoiselle procuraba pensar serenamente. Detestaba todo lo que se arrastraba, y una de sus pesadillas más frecuentes era que una serie de escarabajos se arrastraban sobre ella. Al presente, éstos emergían del estuche de sus gafas. ¿Era posible? ¡Quia! Los escarabajos no vivían en los estuches de aquella clase. Sin duda, no veía bien. Debía volver al oculista para que le cambiase las gafas. ¡A lo mejor era aquel el motivo de que le doliese tanto la cabeza en aquellos últimos tiempos! Mientras la pobre Mademoiselle se hacía todas estas reflexiones, sus alumnas la observaban disimuladamente por encima de sus libros, esperando los acontecimientos con avidez.

«No es posible que esos insectos sean reales —se repetía firmemente Mademoiselle—. ¡No son más que fruto de mi imaginación! A buen seguro, mis gafas están dentro del estuche, aunque a mí me parezca que, en lugar de ellas, hay insectos. Debo ser valiente y meter la mano en el estuche para tomar mis gafas.

Luego, cuando las tenga puestas en la nariz, comprobaré que no hay escarabajos que valgan».

Pese a sus esfuerzos, las chicas prorrumpieron en risitas ahogadas al ver el asombro y desconcierto de Mademoiselle. Ni por un momento pareció ocurrírsele que se trataba de una broma y, convencida de que sus gafas estaban en el estuche tendió la mano para sacarlas.

Naturalmente, todo cuanto sacó fueron escarabajos y gorgojos, Al notárselos en los dedos, pegó un tremendo chillido. Las chicas contemplaban la escena, regocijadas. ¡Era sencillamente insuperable!

—¿Qué sucede, Mademoiselle? —preguntó Doris con gazmoñería, guiñando el ojo a las demás.

—¡Oh, Doris. Janet... venid aquí a decirme qué hay encima de mi escritorio! —farfulló la pobre Mademoiselle, contemplando horrorizada cómo un escarabajo se precipitaba dentro del tintero.

Doris y Janet se levantaron de un brinco.

—Sus gafas están en el estuche —declaró la picara Janet, mirando solamente a Mademoiselle—. Póngaselas, Mademoiselle. Tal vez con ellas verá correctamente.

—¡Mis gafas no están ahí! —profirió Mademoiselle—. ¿Pero es que no veis esos insectos, muchachas?

—¿Qué insectos? —interrogó Doris, inocentemente, en tanto la clase en peso prorrumpía en risitas ahogadas.

Pero Mademoiselle apenas se dio cuenta.

—¡Por lo visto no estoy bien! —gimió la infeliz—. Hace varias semanas que me lo temía. No soy la misma. Tengo un genio espantoso. Estoy de pésimo humor. Y ahora, para colmo, veo visiones. ¡Veo escarabajos encima de este escritorio! ¡Si al menos pudiera encontrar mis gafas!

Janet tomó el estuche vacío e, introduciendo rápidamente en él las gafas de Mademoiselle, que llevaba en el bolsillo, volvió a sacarlas del estuche como si hubiesen estado allí todo el tiempo. Luego se las tendió a la estupefacta profesora de francés.

—¡Lo que faltaba! —exclamó Mademoiselle—. ¡Eso complica aún más las cosas! ¿De modo que estaban ahí y ni siquiera las he visto? ¡Cielos! ¡Y los escarabajos siguen arrastrándose por encima de mi escritorio! ¡Estoy enferma! ¡Tendré que dejaros! Seguid haciendo vuestros ejercicios de francés muy quietecitas hasta que vuelva la señorita Roberts. Estoy enferma... «*tres malade, tres malade!*».

Mademoiselle salió del aula, encorvada como una vieja. Las chicas se quedaron asustadas y acongojadas. ¡Aquel final no era el propio de una broma! Mademoiselle se lo había tomado demasiado en serio. Había creído a pies juntillas a Doris y a Janet cuando éstas le aseguraron que no corría ningún bicho por allí. Las muchachas se

miraron, consternadas. Janet recogió los insectos y los sacó cuidadosamente por la ventana.

—Oye, Janet —dijo Lucy con su clara voz—. Todo esto no me gusta ni pizca. Hemos dado un verdadero susto a Mademoiselle. Me ha parecido comprender que no se encuentra muy bien últimamente y que ha achacado nuestra broma a su enfermedad. Ojalá no lo hubiésemos hecho.

Todas pensaban lo mismo. Nadie se reía. Janet se lamentaba de que Mademoiselle no hubiese comprendido la broma ni impuesto el correspondiente castigo. Aquello resultaba mucho peor que cualquier castigo. Las muchachas tomaron sus plumas y continuaron sus ejercicios, con una sensación de malestar.

Al cabo de unos diez minutos, se presentó la señorita Theobald. Las muchachas se pusieron al punto en pie. La directora miró alternativamente la pizarra y los cuadernos de las alumnas. Al ver que éstas estaban trabajando, les dijo, complacida, con su grave y agradable voz:

—Muchachas: siento deciros que Mademoiselle cree estar enferma. Por consiguiente, no volverá a daros clase esta mañana. He avisado al doctor. Haced el favor de seguir trabajando hasta que vuelva la señorita Roberts.

Dicho esto, la directora se retiró. Las muchachas se sentaron de nuevo, más molestas que nunca. Janet estaba muy sofocada. Al presente se arrepentía de haber gastado aquella broma. Pensó en Mademoiselle y en su mal genio. Aquella irritabilidad, ¿no podría ser debida a que la señorita no se encontraba bien últimamente?

Aquella mañana estuvieron todas tan quietas que la señorita Roberts no pudo menos de asombrarse. ¿Qué les sucedía?, se preguntaba sin apartar la vista de las inclinadas cabecitas de sus alumnas, Pero nadie la sacó de dudas.

A última hora de la mañana, se percibía un murmullo de conversaciones en la sala común.

—¿Sabíais que Mademoiselle está muy enferma? ¿En qué clase estaba cuando se sintió mal? ¡Ah! ¿En la tuya, Margery? ¿Qué sucedió? ¿Se desmayó?

Nadie delató a Janet. Todas comprendían que la muchacha sentía de veras la travesura y, como estaban también avergonzadas, prefirieron no mentar para nada la broma. Ésta había salido muy mal y, para colmo, era de difícil enmienda.

Mademoiselle se metió en cama, y el ama fue a verla. Lo que más preocupaba a la pobre Mademoiselle eran sus ojos. Explicó al ama reiteradamente lo de los insectos que había visto, y manifestó que temía dormirse por si acaso se renovaba su pesadilla.

Después del té, Janet fue a preguntar al ama cómo seguía Mademoiselle. El doctor la había visitado y, en consecuencia, el ama pudo informar cumplidamente a la muchacha.

—Todo es exceso de trabajo y agotamiento nervioso —dijo a Janet—. La

hermana de la pobre Mademoiselle estuvo enferma durante las vacaciones de Navidad, y ella tuvo que ir a cuidarla. Estuvo pendiente de ella día y noche, sin apenas dormir ni descansar. Regresó aquí, pues, rendida de cansancio, y, en lugar de tomarse las cosas con calma, abusó de sus fuerzas. Sé que todas vosotras os habéis quejado de su mal genio este trimestre. ¡Ya tenéis la explicación!

—¿Ha... ha dicho algo del estuche de sus gafas? —inquirió Janet.

—¿Qué sabes de ese estuche? —barbotó el ama, mirando a Janet, sorprendida—. De hecho, algo parece preocupar terriblemente a la pobre Mademoiselle. No cesa de repetir que tiene mal la vista porque vio salir del estuche de sus gafas una porción de insectos... y no se atreve a dormir, tomándose con ello el descanso que necesita, porque teme soñar que esos bichos se le pasean por encima. ¡No cabe duda que se halla en un estado de verdadera postración!

Janet fue a contárselo a las demás. ¡De modo que aquella era la explicación del humor de Mademoiselle aquel trimestre! La pobre había estado cuidando a su hermana día y noche, sin tomarse el menor descanso en todas las vacaciones. Tal fue la conclusión a la que llegó Janet, sabedora del sentido del deber y la responsabilidad que caracterizaba a la profesora de francés. A pesar de su genio vivo, Mademoiselle tenía un corazón de oro.

—Siento en el alma esa broma —confesó Janet a Pat—. Te lo aseguro. Tanto que estoy dispuesta a ir a la habitación de Mademoiselle a contarle la verdad para que se tranquilice. No me atrevo a decírselo a la señorita Roberts o a la señorita Theobald.

—En este caso, ve a contárselo a Mademoiselle —aprobó Pat—. Me parece una buena idea. Llévale unas flores de mi parte. Y también otras pocas de parte de Isabel.

Todas las muchachas de la clase contribuyeron con dinero para obsequiar con flores a Mademoiselle. Aprovechando que el día siguiente era sábado fueron a comprarlas a la ciudad. Compraron narcisos, anémonas y velloritas. Se sentían todas tan culpables que gastaron mucho más dinero del que podían permitirse.

Al verlas regresar con las flores, la señorita Roberts preguntó, pasmada de asombro:

—¿Qué es esto... una exposición floral?

—Son para Mademoiselle —declaró Hilary.

El asombro de la señorita Roberts fue en aumento, pues había oído las amargas quejas de las alumnas de primer grado respecto a la ingente cantidad de trabajo que les daba Mademoiselle aquel trimestre y el mal genio que mostraba cuando no se lo hacían a su gusto.

—No se puede negar que esas chicas tienen muy buen corazón —se dijo la señorita Roberts.

Luego, hablando en voz alta, agregó:

—Sois muy amables. Mademoiselle estará encantada. No obstante, como ha

pasado muy mala noche, no creo que ninguna de vosotras obtenga permiso para verla. De todos modos, podéis llevar las flores al ama y ella se encargará de entregárselas.

Esto echaba por tierra el plan de Janet. Pero la muchacha se prometió que, prescindiendo de lo que dijera el ama, ella se saldría con la suya y vería a Mademoiselle.

Capítulo 22

ÚLTIMA SEMANA DEL TRIMESTRE

Aquel día, después del té, Pat e Isabel procedieron a vigilar al ama con el fin de avisar a Janet cuando la mujer no merodease por los alrededores y facilitar así la entrada de la muchacha en la habitación de la profesora de francés. Janet no llevaría las flores consigo. Estas se hallaban escondidas en una alacena y Janet abrigaba el propósito de ir a buscarlas para ofrecérselas a Mademoiselle en señal de paz en cuanto se lo hubiese confesado todo.

La pobre Janet estaba muy pálida. No le seducía en absoluto la idea de enfrentarse con Mademoiselle, ni siquiera estando ésta enferma. Pero no había otra alternativa.

Al ver salir el ama del dormitorio de Mademoiselle con la bandeja del té, Pat e Isabel se acercaron a ella para preguntarle:

—Ama, ¿podría darnos una toalla limpia?

—¿Qué habéis hecho de la vuestra? —preguntó el ama, sin detenerse—. Venid y os daré una. No puedo perder el tiempo.

Pat volvió la cabeza e hizo un guiño a Janet para advertirle que el ama estaría ausente unos minutos. Las mellizas se proponían entretenerla hablando, con objeto de dejar el campo libre a Janet.

Ésta se acercó a la puerta de Mademoiselle y llamó con los nudillos. Una voz profirió «¡Entrez!» y Janet se apresuró a obedecer, Mademoiselle se hallaba en la cama, mirando al techo. Semejaba muy desdichada, presa aún de la obsesión de la súbita y misteriosa indisposición de sus ojos. De un momento a otro, esperaba ver insectos paseándose por todo el techo. A buen seguro, la infeliz no habría pensado en tales cosas de no haber estado tan rendida de cansancio.

Al ver a Janet no pudo menos de sorprenderse, pues el ama le había advertido que aquel día no recibiría visita alguna.

—¿Está usted mejor, Mademoiselle? —inquirió Janet, acercándose a la cama—. Tenía deseos de verla. Debo decirle algo.

—¡Me alegra mucho verte, «*ma chère*» Janet! —exclamó Mademoiselle, siempre muy sensible a cualquier prueba de afecto o atención—. ¿Qué es lo que tienes que decirme, «*ma petite*»?

—Mademoiselle..., la verdad es que no se cómo decírsela, señorita —farfulló Janet—. ¡Se enfadará usted tanto! Pero le ruego que me crea sí le aseguro que siento en el alma lo ocurrido, que lo sentimos todas... y que no lo habríamos hecho de haber sabido que se sentía usted enferma... y que...

—Pero, querida, ¿qué intentas decirme? —inquirió Mademoiselle, pasmada de

asombro—. ¿Qué es esa cosa tan horrible que habéis hecho?

—Mademoiselle... nosotras... es decir... yo... yo metí aquellos escarabajos y gorgojos en el estuche de sus gafas para vengarme del castigo que me impuso el otro día —espetó Janet, consternada—. Y, además, puse en mi cuaderno un falso borrón de tinta. Le suplico...

Mademoiselle miró a Janet como aquel que no da crédito a sus oídos.

—¿Así aquellos... aquellos insectos eran «*de verdad*»? —tartamudeó al fin.

—Sí, Mademoiselle —confesó Janet—. Absolutamente de verdad. Los cogí de debajo de la valla del jardín. No... no me imaginaba que iba usted a creer al verlos que tenía mal la vista. Ahora que está usted enferma, nos sentimos todas avergonzadas.

Mademoiselle permaneció un buen rato inmóvil. Según aquello sus ojos y su mente estaban completamente normales. Aquellos insectos no eran fruto de su imaginación, sino seres reales. ¡Todo había sido una broma! ¡De haber gozado de buena salud y sido dueña de sí misma se lo habría figurado al punto! Pero estaba tan fatigada que no razonaba debidamente. ¡Qué contenta estaba de que Janet le hubiese hecho aquella confesión!

Al volverse a hablar a la muchacha, advirtió que ésta había desaparecido. A poco, Janet se presentó de nuevo con una brazada de flores que dejaron boquiabierta a la enferma.

—Mademoiselle —declaró Janet—. En nombre de todas las alumnas de primer grado, le entrego este ramo de flores. Sentimos muchísimo que se halle usted enferma y le suplicamos que nos perdone. ¿Querrá usted hacerlo, señorita? ¿Puede usted creer que habríamos soportado todos sus malos humores y rarezas si hubiésemos sabido que estaba usted tan fatigada!

—Ven acá —murmuró Mademoiselle, tendiendo su manaza a Janet.

La muchacha la estrechó tímidamente.

—¡Lo cierto es que he sido «*abominable*» este trimestre! —prosiguió Mademoiselle, esbozando una sonrisa—. «¡*Insoportable y abominable!*». Puedes decírselo de mi parte a las mellizas O'Sullivan, Janet. Sé que el trimestre anterior me pusieron el apodo de «*Mademoiselle Abominable*», por la frecuencia con que les decía que sus ejercicios eran abominables. Pero este trimestre me he ganado de veras ese mote.

—Se enojaba usted con nosotras constantemente —declaró Janet, con toda sinceridad—. Pero ahora no nos importa. Nos hacemos cargo.

—¡Ah, estas chicas inglesas! —exclamó Mademoiselle, olvidando todas las cosas adversas que había dicho y pensado de ellas aquel trimestre—. ¡No hay nadie como vosotras cuando os proponéis ser amables! Transmite mis cariñosos recuerdos a las demás, Janet... juntamente con mis más expresivas gracias por estas hermosas

flores... Diles también que, si ellas me perdonan, yo las perdonaré a mi vez, y a ti también, por descontado... «¡*Mechante filie!*» ¡Picaruela! ¡Ah... pero qué buena y valiente has sido de venir a decírmelo todo!

Janet miró a Mademoiselle y ésta posó en Janet sus grandes ojos oscuros. De pronto, la profesora, que, en ocasiones tenía un gran sentido del humor, exclamó, echándose a reír:

—¡Pensar que metiste aquellos escarabajos allí y no caí en que se trataba de una broma! ¡Y aquel borrón de tinta! ¡Qué traviesas sois! ¡Menos mal que ahora me lo tomo a risa!

Y Mademoiselle soltó una sonora carcajada. El ama que, en aquel momento pasaba ante la puerta, se quedó estupefacta al oírla. Pensando por un instante que Mademoiselle se había vuelto loca, la mujer abrió la puerta y entró en la habitación. Su sorpresa no tuvo límites al ver el enorme ramo de flores... ¡y a Janet!

—¡Janet! ¿Qué haces aquí, entrometida? Nadie te ha dado permiso para entrar. ¡Sal inmediatamente!

—No, ama —replicó Mademoiselle, ante el asombro de la recién llegada—. No quiero que se marche Janet. Se quedará aquí a poner las flores en agua. Me ha traído buenas noticias. Ya me siento mejor. Esta «*méchame filie*» me ha hecho reír de verdad.

Mademoiselle tenía, efectivamente, mejor aspecto. Tras dirigirle una mirada, el ama se volvió a Janet para hacerle seña de que podía quedarse a poner las flores en agua. Janet se apresuró a arreglar el ramo lo mejor que pudo.

—¡Qué hermosas flores! —suspiró Mademoiselle, contemplando a la muchacha con satisfacción—. ¿Se da usted cuenta, ama, de la preciosidad de ramo que las muchachas han enviado a su gruñona e insoportable vieja Mademoiselle?

—Sí, señorita —respondió el ama—. Ahora, Janet, debes marcharte. Y conste que, si vuelves a entrar aquí sin permiso, te daré una azotaina.

Janet salió de la estancia con una sonrisa en los labios. Excuso decir que le faltó tiempo para ir a la sala común a contar todo lo sucedida a las demás. ¡Cuánto se alegraron las muchachas al saber que Mademoiselle había reaccionado tan bien e incluso prodigado sus risas!

—Tal vez las cosas mejorarán esta última semana de trimestre —comentó Doris, una de las más perjudicadas por el mal genio de Mademoiselle— si Mademoiselle se repone lo suficiente para volver al darnos clase los últimos días del trimestre, supongo que se portará mejor. En caso contrario, me alegraré infinito de ahorrarme esa terrible clase de francés.

—¡Qué de prisa «*ha*» pasado este trimestre! —exclamó Pat—. Parece que fue ayer que celebramos el medio trimestre, y ya estamos como aquel que dice en las vacaciones de Pascua. ¡Cuántas cosas han sucedido este trimestre! ¡Casi tantas como

el anterior!

—Más —repuso Isabel—. El otro trimestre no tuvimos ningún incendio ni tampoco una heroína.

Margery se ruborizó. La muchacha había aprendido a manejar las muletas a la perfección, y la pierna se le curaba por momentos.

—¡Margery se pone siempre colorada si alguien la llama «heroína»! —profirió Lucy, guiñándole el ojo—. ¿Sabes, Pat? ¡Margery vendrá a pasar una semana conmigo durante las vacaciones! —agregó, dirigiéndose a las mellizas—. Ahora somos pobres, pero Margery se ha ofrecido a ayudarnos en lo posible en los quehaceres domésticos, ¿no os parece que es un sol? Yo tendré que pasarme casi todo el tiempo estudiando, pero procuraré estar con Margery en los pocos momentos libres de que disponga.

—Y después iré a pasar unos días con mi padre —manifestó Margery—. ¿Qué proyectos tenéis vosotras dos para las vacaciones? —agregó, dirigiéndose a las mellizas.

Las vacaciones se presentían ya, efectivamente, en el ambiente. Todo el mundo hacía planes para Pascua. Algunas proyectaban ir de compras para adquirir vestidos nuevos. Alison, naturalmente, no pensaba en otra cosa.

—¡La muy presumida! —reconvino Pat, tirándole del pelo para hacerla enfadar—. Bien, aprovechando que vas a venir a pasar parte de las vacaciones con nosotras, podrás traerte tus trapos nuevos para enseñárnoslos, pero conste que sólo te permitiremos alardear de ellos una vez. ¡Después, ni uno palabra más!

—De acuerdo, Pat —convino Alison, que cada día se mostraba más sensata—. Me despacharé a mi gusto una vez, y luego procuraré ser fuerte y guardar silencio.

—¿Tú, silencio? —exclamó Isabel, burlonamente, pese a que al presente, simpatizaba mucho más con su frívola primita—. ¡Si no pudieras hablar, reventarías!

La última semana de clase trascurrió muy felizmente. Mademoiselle se puso mucho mejor y las muchachas fueron a visitarla a su habitación para entretenerla. Después de aquellos días de reposo, la profesora de francés volvía a ser la jovial Mademoiselle de antaño, con otro concepto muy distinto de «*las chicas inglesas*». Tan animosa estaba que hacía planes ya para el próximo trimestre. Pero, claro está, las muchachas se negaron a escucharla.

Lucy llevaba una temporada trabajando de firme para presentarse a la beca el siguiente trimestre. Había tenido buenas noticias de su padre y esto la animaba a estudiar con mucho más gusto y optimismo. La señorita Theobald y las demás profesoras le prepararon un programa de trabajo para las vacaciones y le tributaron muchos elogios por lo mucho que había progresado ya. Así, pues, Lucy semejaba más feliz, y reía y bromeaba como en otros tiempos.

Las mellizas se sentían, asimismo, muy satisfechas. Aquel trimestre las cosas

habían marchado viento en popa. Obtuvieron la puntuación máxima en cinco asignaturas. Lucy no se presentó a los exámenes trimestrales para no abusar de sus fuerzas; pero, de haberlo hecho, hubiera obtenido sobresaliente en todo excepto en matemáticas. Doris y Alison tuvieron notas muy bajas en casi todas las asignaturas, pero ambas se lo tomaron a guasa.

—Alguien tiene que ir a la cola —dijo Doris a Alison—. Creo que aún deberían darnos las gracias por prestarnos a ocupar los últimos puestos en todo.

—¿Prestaros? —replicó Pat—. ¡Di mejor que a la fuerza ahorcan, so guasona! ¿Pero qué importa eso? La cuestión es que nos hace reír como nadie. ¡Conque, adelante, muchacha! ¡Lo de ir a la cola es lo de menos!

Llegó, por fin, el último día con la consiguiente excitación de preparar las maletas y proceder a las despedidas de rigor. Mademoiselle se había levantado ya de la cama y no cesaba de hacer chistes mientras anotaba las señas de todas. Se percibían risas por todas partes, y, de cuando en cuando, se alzaba la voz de la señorita Roberts, llamando al orden en tono plañidero.

—¡Kathleen! ¿Hay necesidad de vociferar así? ¡Sheila! ¡No te favorece nada eso de revolcarte por el suelo para hacer tu equipaje! ¡Pat, Pat! ¡Cesa ya de golpear a Janet! ¡Cielos! ¡Qué gallinero! ¡Si seguís así os pondré cien líneas de redacción para hacer durante el viaje y os obligaré a mandármelas mañana!

La amenaza fue acogida con risas y exclamaciones. Era maravilloso volver a casa, esperar con ansia la Pascua y los huevos de Pascua, dar paseos por los floridos bosques y reunirse en el hogar con gatos y perros y, sobre todo, con los papas, las mamas y los hermanitos y hermanitas.

—¡Hasta el próximo trimestre! —exclamó Pat—. ¡No te olvides de escribir, Janet! ¡Sé buena, Doris! ¡Por favor, Isabel, no tires así de mí! ¡Ya voy! ¡Salimos en el primer coche! ¡Adiós a todo el mundo! ¡Hasta el próximo trimestre!

Sí, hasta el próximo trimestre. Eso es lo que esperamos nosotros: ¡volver a verlas a todas en el próximo trimestre!

Notas

[1]Lacrosse: Juego por equipos parecido al hockey sobre hierba, pero que se practica con un palo o raqueta que lleva una bolsa de red y se juega principalmente en los países anglosajones.<<